

El amor está en la página 52

Franziska Surber

•

Premios DEMAC Suiza 2008



México, 2010

Primera edición, enero de 2010

El amor está en la página 52, Franziska Surber
En otro lado, Martha Reyes

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2010, por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253,

Col. Campestre

01040, México, D.F.

Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208

Correo electrónico: demaclibros@demac.com.mx

demac@demac.com.mx

Impreso en México

ISBN XXX-XXX-XXXX-XX-X

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

EL AMOR ESTÁ EN LA PÁGINA 52

Franziska Surber

Página 1, elogio del desatinao	11
Página 17, lo bueno de los Estados Unidos es que está cerca de México	19
Página 19, con sabor a libertad	39
Página 21, México de mis amores	53
Página 25, la casa del caminito a Contreras	67
Página 32, en la marcha otra vez	90
Página 43, <i>Let me know if you have any idea about what I should do with the rest of my life</i>	108
El amor está en la página 52	136

Mis más hondos agradecimientos a todos ustedes que de alguna manera hermanaron sus historias con la mía; mil gracias a Adriana y Ángeles por tu cuidadosa relectura y tus acertadas correcciones; a Silvia por tu confianza, por haber impregnado tu página con tu propio testimonio y por haberme hecho entender que, absortos en la construcción del *Hombre nuevo* habíamos relegado a su papel histórico a la *Mujer nueva*; gracias a Bea, Christian, Corine, Bonjour y Bôleli por haber contribuido, desde el inicio, a llenar estas páginas de amorosas historias; a Ayari, Tania y Natalia, regalos de todos los días; a Mateo, mi muso, por esperarme mientras remontaba el tiempo; y gracias a todo el equipo de DEMAC, por ser los instigadores de esta aventura.

PÁGINA 1, ELOGIO DEL DESATINO

En mi otra vida quiero ser un pájaro.

—¿Un águila?

—No, es demasiado grande.

—¿Un colibrí?

—No, no quiero ser siempre la más chiquita.

—¿Un pavo real?

—No, porque las mujeres del pavo real son menos bellas, y quiero una vida justa.

—¿Una gaviota en la playa?

—No, ya sabes, no me gusta el pescado.

—¿Un avestruz?

—No quiero ser tan miedosa.

—¿Una gallina?

—No quiero ser tan gorda ni tampoco servir a los hombres.

—¿Una cigüeña?

—No, ¡porque siempre están borrachas!

—¿Cómo así?

—Sí, ¡porque festejan cada niño que traen!

—¿Un perico entonces?

—No, son muy platicadores. Bueno, yo también soy muy platicadora, pero en la otra vida no tanto.

—¿Un tucán?

—No, porque tienen narizota y la gente los quiere atrapar para meterlos en zoológicos. Yo quiero ser pájaro para ser libre.

Natalia, 7 años

Pisé por primera vez el suelo de mi verdadera patria, del águila y el nopal, a los 17 años.

Por equivocación o por empeño didáctico, la cigüeña me había entregado en un hogar de la conservadora Suiza, señora de las finanzas, del orden, la pulcritud, la precisión, atributos todos ellos perfectamen-

te ajenos a mí. Sin embargo, varios yerros más adelante, el desatino inicial sería enmendado y entraría a México por su puerta de salida, Tijuana, pidiéndole asilo al caos creador.

Mis progenitores provienen de familias protestantes que supieron, según su ética religiosa, hacerse de bienes materiales a través del trabajo, vivir modestamente y llevar una cotidianeidad ordenada, siguiendo cuidadosamente la vía de la meritocracia. Mi padre estudió medicina y trabajó como investigador en compañías transnacionales de farmacología.

Cuando aterricé en el planeta azul, él estaba participando en la elaboración de genéricos y de sustancias químicas básicas. En las farmacias todavía se fabricaban a mano pastillas, jarabes y cápsulas, hechas según una prescripción médica personalizada para cada paciente. Eso es lo que aprendió a hacer mi mamá durante sus estudios de farmacología. En una segunda etapa, mi papá se dedicó a buscar remedios contra el cáncer, utilizando para ello ratas afectadas por el mal tras inhalar el humo de cigarrillos que quemaban en permanencia en sus jaulas. Durante los últimos quince años de su vida laboral, fue empleado de Ciba Geigy y se trasladó a Basilea donde realizó pruebas en pacientes de verdad con medicamentos recién ideados, para estudiar sus efectos. Cuando el remedio salía peor que la enfermedad y no podían comercializar el medicamento, recuperaban los costos de investigación en el *Sur*, que en esa época se llamaba Tercer Mundo. En México, la transnacional vendía medicinas prohibidas en el primer mundo por ser tóxicas y provocar graves efectos secundarios. Pero la estrategia de comercialización no le incumbía a mi papá y tengo la seguridad de que jamás la hubiera aprobado. Una de las muchas cosas que no tuve tiempo de preguntarle es esa. A partir de los años setenta, éste y otros trapos sucios de las transnacionales y los bancos helvéticos fueron puestos a descubierto y denunciados por el sociólogo suizo Jean Ziegler. Pero cuando le regalé uno de sus libros a mi esposo, mi madre me reprochó ásperamente que les daba una mala imagen de Suiza a los mexicanos.

Mi mamá abandonó sus estudios cuando mi hermana mayor cometió la travesura de aparecer en el escenario antes de que mis padres se casaran. Hace poco me confesó que su embarazo había sido un buen pretexto para dejar los estudios, pues los exámenes la aterraban a tal punto que se enfermaba, con dolores de estómago, escalofríos y migrañas. Pero nunca dejó de machacarnos que había sacrificado todo por nosotros, ni de criticarnos, a las mujeres de nuestra generación, por ser egoístas al preferir desempeñar una vida profesional en lugar de atender a la familia.

De todo eso; de un curso de vida previsible y sin sorpresas dedicado a preparar una jubilación desahogada, pasando por una sucesión inalterable de etapas, y en particular por una pena perpetua de reclusión domiciliaria por maternidad, huí espantada a los veinte años.

Cuando llegué a formar parte del hogar de los Eisen, ya había cumplido tres años mi hermana mayor, mi modelo, mi cómplice en las peores broncas, mi chamán, quien me introdujo en el medio latino y me llevó a un extraordinario viaje de iniciación a la Revolución de los Claveles del 74, en Portugal. Este periplo cambiaría mi destino, haciéndolo bifurcar hacia el ombligo de la luna¹, donde tenía que haber empezado.

Olivia era la lideresa del barrio. Daba las órdenes y toda la parvada del bloque de edificios le obedecía sin rechistar. Era muy despabilada, aprendió a leer sola antes de entrar al kínder y podía recitar poemas de memoria, para orgullo de mi granma paterna, que la exhibía como a un oso de feria ante las elegantes comensales de los hoteles de lujo donde vacacionaba.

Y estaba también mi hermano Daniel, dos años mayor que yo, al que no trataba de imitar, sino que era simplemente yo, tal y como me veía a mí misma. Al principio, era una evidencia de que éramos uno,

¹ Según el Dr. Alfonso Caso, el nombre de México se deriva de Metzli (Luna), xictli (centro, ombligo) y co (lugar), y significa estar en el centro o en el ombligo del lago de la luna.

desdoblado para tener cuatro manos con las que mover mejor el tren eléctrico y ensamblar los bloques de Lego. Cuando me di cuenta no sólo de que éramos dos, sino que a mí me había tocado el sexo equivocado, me sentí estafada. Él ya era naturalmente lo que yo aspiraba ser: un niño. Toda mi infancia transcurrió en el esfuerzo por alcanzar este objetivo. Lo lograba bastante bien, me hacía feliz la simple duda:

—¿Eres niño o niña?

Pero más aun:

—¿Son gemelos? —O bien:

—¿Cómo que te llamas Franziska? No te creo, a ver, ¡alza tu playera!

Y ante mi busto plano, se confirmaba la convicción del examinador. Yo era de los suyos y, pensaba, de pura broma pretendía tener nombre de mujer.

El asunto es que yo veía que las cualidades necesarias para obtener el reconocimiento social como niño eran muy simples: ser valiente y no llorar, mientras que las de las niñas eran misteriosas. Las más exitosas eran guapas, cosa que yo no era. Usaban vestidos, yo prefería ponerme los pantalones de mi hermano. Reían en soprano, meciendo su larga cabellera; mi risa era ordinaria y traía el mismo corte de pelo que mi hermano. Eran miedosas y delicadas, necesitadas de un protector, y yo, con Zorro, d'Artagnan y Robin Hood por ídolos, quería proteger como ellos a la viuda y al huérfano, perseguir a los malos y restablecer la justicia. Fuera de Juana de Arco no conocía a ninguna mujer que fuera valorada por este tipo de hazañas. Y la suerte de Juana no es envidiable. En cuanto a Wonder Woman, aún no operaba en este planeta.

Para demostrar que tenía todas las cualidades necesarias para ser un niño de verdad, me trepaba en los más altos pinos del bosque frente a mi casa; fumaba bejuco sin toser, me subía a las barras de atletismo de diez metros de alto, caminando por su lado inclinado como changuito, en equilibrio sobre una sola barra. Me echaba clavados desde el trampolín más alto, aun sin saber nadar. Y no lloré cuando me hice

una cortada profunda en la mano, que el médico de urgencias suturó sin anestesia, pues se le había acabado.

Quizás sentía también de manera confusa que en el plano sexual, la mujer, recipiente, abierta, hendida, podía ser más vulnerable que el hombre. Aunque el aspecto técnico de la relación sexual no me fue revelado sino hasta los once años.

Cuenta la leyenda que Cénide es violada en su juventud por Poseidón, quien a cambio le concede un deseo. Y quiere ser transformada en hombre: “mi afrenta me hace formular este único deseo, de no sufrir nunca más semejante ultraje. Que ya no sea mujer y me habrás concedido todo”. Y Poseidón la transforma en hombre: Ceneo, invulnerable.

Al nacer mi primera hija me decepcioné; sólo era una mujer. Y deseé que Poseidón o quien fuera su hada madrina le concediera la invulnerabilidad masculina. Claro, muy pronto, al verla tan vivarachita, figura de proa aleteando de frente en la cangurera, me convencí de que esta mujercita era el más bello de los regalos que la vida me había dado.

Me pregunta el otro día:

—Oyes, ma’, ¿por qué siempre te mostraste tan recia, como si no te afectaran todas las dificultades que has tenido, de ser madre soltera y todo? ¿Por qué nunca dejaste ver tus vulnerabilidades?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que me sentara en un cactus y me pusiera a llorar?

Ella reivindica el derecho a ser y a mostrarse vulnerable.

Cuando encontré a un hombre que se abrió espontánea y totalmente ante mí, como un niño aún carente de pudor, y que me permitió deshojarlo hasta intimar con sus peores monstruos y sus más hondas sensibilidades, supe que la valentía no consiste en mostrarse fuerte, sino en reconocer sus miedos, compartirlos y confiar en que el otro no hará un mal uso de este conocimiento.

Pasé los tres primeros años de mi vida en un pueblito suizo alemán al que volvimos hace poco para festejar los ochenta años de mi mamá. Constatamos que todo seguía igual: nuestro edificio, la iglesia austera

en la que me bautizaron, de cúpula adornada con simples guirnaldas de flores rústicas, la fuente de la plaza custodiada por la estatua de un héroe local, más notorio por pompudo que por sus hazañas. La vida era muy dulce. En mi casa, gracias a mi hermano y, en el piso de arriba, a mi amigo Heriberto, de ojo parchado como pirata, con quien pasaba horas construyendo ciudades megalómanas de cubos de madera. Un buen día todo cambió. Nos mudamos a Ginebra y nació mi hermanita Sofía. Mi madre disfrutó de una promoción social. Las vecinas le envidiaban su nuevo rango de ciudadana de la capital de las organizaciones internacionales.

Con mi hermana menor vivíamos dos vidas en paralelo. Actuábamos todo lo que pasaba en la vida real, ya sea como dos personajes tamaño natural, o bien por medio de una horda de muñecas. Íbamos dos veces a la escuela, repetíamos los cursos, aunque en nuestro juego la gimnasia era la materia principal, organizábamos campamentos de scouts miniatura bajo el laurel del jardín, esquiábamos en la tabla lateral de la camita de Sofía, untábamos plastilina sobre pedazos de madera para nuestro desayuno. Pasamos horas ante la casita que nos había fabricado mi papá, dialogando como ventrílocuas, por intermediación de nuestras muñecas. Hubo episodios memorables, que siguen alimentando nuestra relación.

A mí me fascinaba la transformación operada por el peluquero. Convertir una melena femenina en un corto casco masculino me ocasionaba un placer indecible, así que cuando me regalaban una muñeca cabelluda, no tardaba en tener que “ir a la peluquería a arreglarse”. No teniendo más clientas que trasquilar, convencí a Sofía de que su Skooter (en la genealogía Mattel, es la amiga de la hermana menor de Barbie) se vería mucho más guapa sin sus infantiles coletas. Accedí. El dato es importante, porque en su revancha sería muy equitativa; también tendría mi acuerdo. Lamentablemente el implante del pelo de la Skooter no se prestaba a otra cosa más que a las coletas; el resto del cráneo estaba pelón. De modo que después de su paso por la peluquería, le quedó una crin tipo apache de la nuca hasta la frente, con

mechones de payaso en las sienes. Me esforcé en vano por convencer a Sofía de que su muñeca se veía mucho mejor así, más madura. Su rencor tuvo larga vida.

Añísimos después, Sofía compró una maquinita eléctrica para poder cortarle ella misma el pelo a su hijo Maxime, de seis años. El folleto informativo indicaba que la navaja se podía ajustar según el largo deseado. Necesitada un despunte, me gustó la idea de que me lo hiciera mi hermana, cómodamente sentada en el sillón del balcón, en bikini. Siento el zumbido de la maquinita remontar mi cabeza... y estallan las carcajadas de Sofía y de Maxime, que está asistiendo a la operación. El bulevar tonsurado en medio de las mechales largas de los lados es el exacto negativo del peinado apache de la Skooter. Resulta que la distancia de la navaja podía “ajustarse” entre cinco milímetros y cinco centímetros, no más, detalle que mi hermana había omitido aclarar y yo, investigar. No queda otro remedio que emparejar todo a los miserables cinco centímetros. Y con esa quedamos a mano con el asunto de la peluqueada.

Trepé sin pena ni mucha gloria cada peldaño de la clásica y aburrida trayectoria escolar recetada por Carlomagno, y que los adultos administran desde entonces a sus crías, con la firme convicción de que aprender de memoria fórmulas matemáticas, fechas de batallas y los nombres de las capitales los va a equipar adecuadamente como para enfrentar los escollos de la vida. En mi caso, por ser aventajada con buenas calificaciones, mi madre juzgó útil añadirle a mi *kit* de supervivencia el aprendizaje del latín, conocimiento que por alguna inexplicable razón se inculcaba a los niños con facilidades escolares, pero que detesté desde el principio porque ocupaba espacio inútilmente en el disco duro de mi cerebro. Mi hija Natalia, a los siete años, explicaría este fenómeno así: “Te olvidas de las cosas porque llegan las nuevas ideas y sacan a las que estaban”.

Después de engullir dócilmente once años de escolaridad y una lengua muerta, me atraganté. Estoy urgida de historias policromáticas en pantalla de plasma 360 grados, de tres dimensiones más la

desconocida y acústica estereofónica. Exploraciones. Aventuras. Basta del ronroneo tranquilo y seguro de una máquina de mecanismo bien aceitado y resultados perfectamente pronosticables. Desde lo alto de mis diecisiete años decido tomar las riendas de mi existencia.

La vida real de mis sueños tiene cara de rebeldía... la osadía del Che, el espíritu vivo de Luther King y la guitarra de Donovan, las manifestaciones en contra de la guerra de Viet Nam, Woodstock, Angela Davis y la reivindicación de los derechos civiles, Bob Dylan y el banjo de Woody Guthrie, Joan Báez vibrando en memoria de Sacco y Vanzetti... y se ubica en California, cuna de la contra-cultura como estilo de vida, y más precisamente en una casita azul, en la cima de una colina de San Francisco, a la que se llega caminando y se entra sin tocar; pues sus moradores tiraron la llave...²

De modo que cuando los responsables de “Youth for Understanding” vinieron a nuestro colegio a exponernos su programa de intercambio, fue una señal del destino. Y cuando la coordinadora preguntó quiénes estaban interesados en vivir un año con una familia estadounidense para aprender el inglés y conocer otro estilo de vida, no lo dudé ni un instante.

—Yo —dije, feliz de darle a mi vida el rumbo que yo quería.

² Canción “San Francisco”, de Maxime Leforestier

C’était une maison bleue adossée à la colline / On y vient à pied, on ne frappe pas / Ceux qui vivent là, ont jeté la clé / On se retrouve ensemble / Après des années de route.

Era una casa azul adosada contra la colina / Se llega a pie, no se toca / Los que viven allí tiraron la llave. / Nos reencontramos allí / Después de años de andanzas.

PÁGINA 17,
LO BUENO DE LOS ESTADOS UNIDOS
ES QUE ESTÁ CERCA DE MÉXICO

Seis meses después, el 14 de agosto de 1972, aterrizo en el suelo árido de San Diego, California. Ubico a mi familia adoptiva por el letrero *Welcome Françoise* llevado en alto por la jefa del clan: *mom*, una muñeca Barbie pasada de peso, güera oxigenada de peinado de bola crepé, inmovilizado con harto fijador, boca de puchero y ojos de canicas. Alzando el cuello, más chaparrito él, un mellizo de Ronald Reagan tiene agarrada por la mano a la pequeña Lisa, las pupilas agrandadas por la fuerte graduación de sus lentes de miope. Al hermano y la hermana mayor, Larry y Linda, dos percheros idénticos a sus progenitores del sexo respectivo, mi llegada les interesa un comino. Es más, muy pronto me daría cuenta de que mi intrusión en la vida y la recámara de Linda le ocasionaba una profunda contrariedad, sin duda porque representaba una competencia mayúscula en su penosa lucha por obtener algo de atenciones y de cariño de parte de sus padres.

No me había imaginado al lugar tan plano, pero me gusta su aire exótico, las grandes palmeras, las calles anchas bordeadas de *hamburger shops, take aways* y casitas con jardines y albercas. Sin embargo, esa placidez vacacional está muy alejada de mi visión de una California jaranera y rebelde. El equívoco empieza ya en la vida cotidiana de mi familia adoptiva, de una rutina y simpleza agobiantes. Los días desfilan y se parecen como también tienen un mismo aire de familia todos los vecinos que voy conociendo. Difícil distinguir uno de otro. Son intercambiables.

¡En mi vida me imaginé que un día estaría esperando con semejante ansia el inicio de clases! Hay que ser el nerd del salón o vegetar en casa de los Smucker.

Una noche Linda me presenta a unos chavos del vecindario. Platicamos sentados en rueda en el césped de su casa mientras una potente luz barre el cielo de este a oeste, norte a sur... en busca de eventuales enemigos, supongo. De repente todos bajan el tono de voz y Linda mira hacia la ventana que da a la sala, donde sus padres se dedican a su inactividad preferida: ver la tele. Se charla de droga, tema tabú. La madre de Linda la regaña por sólo hablar de ello. La mariguana y el hashish son muy baratos aquí, cuestan casi lo mismo que los cigarrillos. Al parecer, los chavos aprovechan la ganga.

Al filo de pláticas en *swimming pool parties* y desayunos en el parque con los colegas telefonistas de *dad*, me entero de que, siendo San Diego una base naval, prácticamente todos los hombres son militares de la Navy, lo fueron o se preparan para entrarle. No se hacen preguntas inútiles. En la marina tienen muchas ventajas: comida, techo, ropa, cine barato, estudios gratuitos y al final, un buen sueldo asegurado. ¿Para qué buscarle más? “Voy a aprender a matar, okey, pero será en defensa del país y de la democracia, y estaremos entre cuates.” ¡Estupendo! Esas son todas sus razones para ser militares. Aunque en una fiesta encontré a un tipo que estaba en la escuela militar aérea en lugar de la naval “porque ahí no era necesario cortarse el cabello tan corto”... ¡Vaya motivación!

Por fin empiezan las clases en la Montgomery High School. ¡Genial!, se puede escoger las materias al gusto de cada quien. Entre los platillos fuertes de mi menú están las artes plásticas, elemento esencial para mí, pues me permite dar a luz a algunos de los mil y un inventos que la incontrolable fertilidad de mi mente engendra de día y de noche, en cuanto me conecto con ella: dibujos, piezas de cerámica, esculturas, murales de macramé, úteres, bisutería, ropa, accesorios, muebles... Juego a “la cámara fotográfica” y veo en cada disparo otra imagen, otra creación, sin conexión la una con la siguiente. Sospe-

cho que la vida entera no me va a alcanzar para materializar todos estos inventos; que la mayoría sale de la nada sólo para volver a ella, después de haberme honrado con una visita de cortesía. Me apena mucho decepcionar al espíritu que me manda sus ideas, al no cumplir con la misión que se me encomienda, de llevarlas a cabo. Cada año entre citas y teléfonos, mi agenda se llena de apuntes, indicaciones de colores y bosquejos en busca de una fecha idónea para encontrarse con el mundo real...

Pero hoy me indica el calendario que me espera un acontecimiento muy importante, una de esas mojoneras que marcan tramos en la vida; el antes y el después. Cruzo por primera vez la frontera sur, con mi maestra de inglés, su marido y otros dos estudiantes de intercambio. Tijuana me parece una Roma americana; automovilistas acelerados, contando con la vibración sonora de su claxon para librar el paso, un gentío en las banquetas, apiñonados enfrente de las tiendas de ropa y souvenirs. La mayoría de las casas son bajas, como en el centro de San Diego, salvo que mucho más pobres, de cemento sin pintar y agrietadas. El centro me encanta; una gran feria con puestos callejeros, olor a tortilla, colores vivos, marimbas y mariachis. “Pásele güerita, tómese su tiempo, tenemos más variedad adentro.” Me compro un hermoso vestido de algodón blanco, con el pecho y las mangas bordados de florecitas multicolores, que tiempo después volvería a ver en el mercado de Oaxaca y que mis hijas seguirán poniéndose. En el restaurante donde cenamos descubro el verdadero taco enchiloso, muy diferente de los platillos tex-mex que había probado en Taco Bell. En lugar de pan, la comida se sirve con unos cubitos como de papa frita pero espesos y duros. Tras haberlos probado, nos informa la *teacher* que están hechos de grasa de puerco. Después de todo, el pan blanco, blando, sin olor ni sabor –*white fluffy bread*– de los Smucker me parece preferible. Quién iba a decir que cuarenta años después iba a atracarme de chicharrón en un desayunador de Sevilla (mi estómago me lo recordaría todo el día) y que me iba a saber a pura gloria. Y es que en Suiza no conocen el chicharrón. Quizá las aseguradoras

les tienen prohibido a los carniceros producirlo, para evitar tener que reembolsar gastos médicos por problemas de colesterol...

Satisfecha la panza, la *teacher* y su esposo nos llevan a un paseo por el submundo de la periferia de Tijuana. Un shock. Nunca había visto a una ciudad perdida. Hileras de casuchas que más bien parecen gallineros ciñen las calles sin pavimentar, sus techos de lámina dejando escurrir atribulados hilos de llovizna gris.

Del lado izquierdo, un alambrado de púas aísla a la pobreza de la opulencia, a los morenos de los güeros, al primer del tercer mundo. Me siento como un general visitando a un campo de detención. Estoy muy consciente de que no necesito cortar barreras de acero para pasarme “al lado bueno”. A lo largo de la cerca se ven agujeros, pequeños, medianos y más adelante, uno enorme. Mister Mason, el esposo de la *teacher*, nos explica que un par de semanas atrás unos mexicanos habían intentado cruzar la frontera con una combi cargada de hierba. Debieron ser algo lelos, pues se ven los puestos de vigilancia en un cerro del otro lado, largas casas verdes unidas a la cerca con cables eléctricos y que indican a los cazadores de sin papeles la ubicación y el tamaño del hoyo. A una señal empieza la cacería con lámparas, perros y armas.

Volvemos a atravesar la ciudad y mi retina alcanza a captar unas imágenes que hasta la fecha permanecen en mi cámara oscura. Una muchacha sentada en una silla en medio de un cuarto desnudo nos mira pasar, mientras otra, parada detrás de ella, le enrosca el cabello alrededor de unos tubos enormes. Afuera, el letrero indica: “Hair stylist”. Un bar minúsculo, cinco metros por cinco, todos los clientes parados, cantando junto con un trío de guitarras. Una tienda de motos, dos jóvenes las miran, las acarician, se suben en una, sabiendo que nunca será de ellos. Una nena descalza pide limosnas a turistas gringos, su hermanito colgado de sus caderas.

Otra materia crucial para una adolescente en busca de identidad es la psicología. Ahí, en el “Taller de estudios independientes”, en el que tenemos que desarrollar un tema de investigación propia, nos junta-

mos en una mesa Lalo, Arturo, Ronda, José y tres o cuatro chicanos más. Jugamos a las adivinanzas, nos contamos chistes y boberías y al final todos rodamos debajo de las sillas, muertos de la risa, ante la mirada impávida de la Doctora Eliott, que debe estar haciendo su propio análisis sobre el comportamiento social de sus alumnos en pleno achaque de pubertad. Por mi parte, en los “estudios independientes” descubro un aspecto fundamental y que será recurrente a lo largo de mi vida: la capacidad de enamorarme perdidamente de la persona equivocada. Se llama Rafael y parece salido del taller de Botticelli: rasgos finos de Afrodita morena, ojos de bandido, toca divinamente el piano, es chicano, se mece como marinero al andar y es tímido. De hecho, supe que yo le interesaba por Gilda, quien me había regalado un diccionario francés-español, “porque ya sabes, hay muchos mexicanos por aquí y puede que te encuentres uno que hable el francés”. En su apogeo, nuestra relación se compondría de miradas fugaces, una que otra llamada telefónica (para lo cual mi arcángel necesitaba agarrar valor con un buen de chelas), bromas en los pasillos y un concierto de piano para mí solita durante un recreo.

Cada intercambio, por más leve que sea, me transporta a una dimensión desconocida, de intensa alegría. Nunca me he sentido tan en vida, feliz por nada, porque sí, nomás. Me río sola bajo la ducha, calculo la tonalidad de su mirada según la ropa que me voy a poner, provocho encuentros “casuales” en los pasillos, preparo mentalmente el próximo diálogo. Para el día de San Valentín, había pensado en una sutil invitación indirecta:

- Hola, Rafa, ¿vas a ir con la banda al baile de los Sweethearts?
- Nopo
- ¿Por qué no?
- No tengo plata.
- Bueno, se supone que es la chava la que invita al baile, ¿no?
- Sí, pero el chavo paga la cena.
- Salta esa parte.
- ¿Saltarla? Pooo, ¿y adónde quieres que la lleve? ¿Al McDonalds?

Así termina mi propuesta velada. Nos imagino en el McDo, vestidos de gala y todo, delante de una coca y papas fritas... ¡Genial!

Para poder compenetrarme de su cultura, me inscribo al curso de “History of Mexico”, al que asisten puros chicanos. Y ¡oh, sorpresa! ¡El maestro da su curso en español! A pesar de no haberlo estudiado nunca, curiosamente entiendo casi todo; es como si *reconociera* un idioma que en otra época entendía y hablaba. Y empiezo a sentirme ya hija de una Revolución cuyas hazañas voy descubriendo con el maestro Morales.

Adepto a la enseñanza *extra muros*, nos lleva un día a encontrarnos con estudiantes de Tijuana. Para algunos de mis compañeros chicanos, la experiencia tiene un sabor amargo, pues sus familias habían atravesado la frontera con mil dificultades, dejando allá, del otro lado, a familiares, amistades y entorno, con la ilusión de poder ensancharles el horizonte a sus hijos. Volver es un retroceso. La escuela que visitamos es de construcción reciente; todavía huele a yeso y pintura. Algunos salones parecen jaulas, con ventanas minúsculas colocadas a dos metros de altura. Pero el sistema es más cercano al de Suiza que al estadounidense. No pueden escoger sus materias, es más literario y científico y avanzan más rápidamente. En la escuela primaria y secundaria llevan uniformes, algo sorprendente para mí pues nunca en mi vida he tenido que usar uno. La visita termina en una pequeña aula donde los alumnos nos presentan una obra de teatro en la que cantan canciones folklóricas. ¡Que no se me olvide comprar un disco!

El miércoles siguiente, durante el descanso de la comida, todos se arremolinan junto a la carretera para ver a un grupo de alumnos mexicanos en una marcha de protesta. Estos mentecatos ni siquiera nos avisaron que se iban a manifestar por cosas que nos conciernen a todos: un recreo de diez minutos después de la segunda hora; la destitución del director porque no muestra el menor interés por la problemática particular de los alumnos mexicanos; más cursos y maestros bilingües, mejores libros de texto. La lucha antiimperialista llegó a la prepa. Pero nadie entre el público parece entender lo que pasa ni lo que pretenden los manifestantes. Al rato empieza la guasa y el choteo.

Dos días después, tras haber sido suspendidos por una semana, los manifestantes vienen a volar en el campus, explicando esta vez sus demandas por escrito, pero es demasiado tarde. La nube de polvo que habían logrado levantar se deposita sin ruido.

Al regreso de las vacaciones de Navidad empieza el descenso al infierno. El primer día, Rafael no entiende ni papas de lo que le digo; trae una cruda histórica. Los días siguientes me evita, baja la mirada al cruzarme y yo padezco regresiones lingüísticas y relacionales. No sé cómo comportarme con los demás, me siento ridícula, fuera de lugar, inapropiada, protagonista de una película de horror en la que me habrían injertado otro cerebro. Ganas de reventar. ¿Cómo voy a aguantar hasta julio? Me ahoga la nostalgia de mi familia.

Amanezco bien pacheca este domingo. Todo gira alrededor de mí y tengo cara de zombie. La noche anterior, Jim me había invitado a cenar con sus cuates; lasañas caseras hechas a base de pan, vino, té de hashish, brownies con aceite de hash y churritos de mota. El problema con toda esta m... en la comida es que no hace efecto de inmediato, sino unas horas después. Sucede que, pasado este tiempo, bien acurrucada en mi nidito de sábanas, estaba en el quinto sueño cuando una espesa calentura empieza a invadirme toda y me siento pesada y blanda como gelatina. Veo mi cuerpo desdoblarse en una multitud de Panchas clonadas, todas hechas de una pasta transparente y que no logro volver a juntar en una sola envoltura; mis muchos cuerpos se me escurren entre los dedos y todas las yos huimos de algún vago peligro indefinible. Una pesadilla que acosa mi subconsciente aún décadas después.

Quiero festejar mi arribo a la mayoría de edad en el país en donde me siento más próxima a mi yo genuino. Ese 16 de marzo llegamos a las once de la mañana a Tijuana, la misma hora en la que había nacido la primera vez en Zurich. Pero mi verdadero nacimiento empieza hoy, a los dieciocho años, aquí en México. Todavía es temprano para los turistas y se nota más la pobreza de la gente y de la ciudad. Calles sin pavimento, carcachas destartaladas, casuchas derruidas. Muchos limosneros; nenitos que apenas saben caminar, al lado de mujeres

cargando un atado amarrado con un rebozo del cual sale un llanto desatendido. En general, los hombres tienen algo que intercambiar: *chiclets*, collares, boleó de zapatos, música. El primer vendedor al que le compro un anillo toma con devoción el billete de cinco dólares que le doy. Lo besa y se persigna con él. Me enseña el valor de mi dinero; es un objeto de culto aquí. Tijuana es una ciudad parásita de los Estados Unidos. No podría vivir en autarquía; vive de los dólares estadounidenses.

Me encantan los estrechos pasajes con puestos en ambos lados. Aprendo a regatear, finjo estar desinteresada y luego propongo la mitad del precio, a veces menos. Compro una blusa por tres dólares en lugar de los once iniciales que pedía su propietario. Después veo otra igual por menos de tres dólares. Los cincuenta dólares que me envió mi papá me queman la mano. Hay tantas cosas que quisiera llevarme para mostrárselas a mi gente, allá en Ginebra.

Pero claro, lo que para mí es un juego concentra la historia del subdesarrollo para otros. ¿Cuánto ganan las mujeres que pasan horas, días, bordando estas maravillas? ¿Tienen una idea a qué precio se venden aquí, en este bazar para gringos?

Unos días después, la escuela amanece llena de pintas, parecidas a las de mi Colegio Rousseau, en Ginebra: “Abajo la escuela”, “Abajo el capitalismo”, “Hermanos-hermanas unidos para la revolución”, “Abajo la represión de la humanidad”, “Devastación ecológica”. En su noticiero, la *TV News* tilda a los autores de “marxistas revolucionarios”; unos bichos raros en este bunker del militarismo yanqui, imbuido en sí mismo...

El sábado siguiente, estamos nuevamente en TJ, con Linda y otra familia que acogió a una chica de Alemania, esta vez en plan de an-tros. Mi nueva condición de mayor de edad me abre las puertas a placeres inexplorados como el vodka con jugo de naranja y las margaritas. Navegamos de bar en bar, bailando las rolas de los Dubbie Brothers, los Beach Boys y de Chicago. En una de esas, al regresar a la mesa constato que mi saco ha desaparecido. ¡Ay!, llevaba mi pasaporte suizo. ¿Y si no me dejan pasar la frontera? Al oficial de la aduana le

afirmo sin pestañear que soy “a US citizen, born in San Diego” y nos deja pasar. ¡Uf! Pero sospecho que no la voy a librar tan fácilmente en casa. Los Smucker no aprecian nada el recuento (aun sin detalles) que les hacemos de nuestra expedición nocturna, Linda y yo. Merezco un sermón de *dad*, lleno de contradicciones de todo tipo.

—En primer lugar, ya eres una adulta y como tal, eres responsable de Linda que sólo tiene dieciséis años. No debiste dejarla ir con ustedes.

—... (silencio contrito).

—¿Y crees que tus dieciocho años te dan derecho a establecer tus propias reglas, a vivir tu vida privada? ¿No piensas que tenemos la autoridad como para decirte lo que está bien y lo que está mal?

Pregunta absurda. Sé perfectamente que si le digo que me siento adulta y responsable de mis actos, me va a enviar de inmediato a Ginebra. Entonces me muestro dócil. Siendo medio analfabeto, como la mayoría de los *marines*, el pobre hombre no sabe leer entre líneas ni captar el sarcasmo.

—No me dan realmente a escoger entre ser adulta o no. Supongo que siendo su hija, aunque sólo sea por un año, ustedes son responsables de mí y de mis actos.

Al ver que sigue siendo el rey, se calma y el castigo se eleva a dos semanas de restricciones.

A veces hay que darles por su lado a los que creen dominarnos; mientras se regocijan con su ego halagado, se puede tranquilamente ensanchar sus campos de libertad. A esa táctica mi madre la llama mi “lado inasequible de piscis”. Ella prefiere el terreno de la confrontación abierta, aunque salga regularmente derrotada por la falta de argumentos sólidos. No entiende que a veces evito el pleito por compasión, porque no me gusta verla enfadada y porque sé que en su calidad de ama de casa, prácticamente recluida de tiempo completo, no tiene entrenamiento en materia de pugilato verbal.

El otro día, mi celestina Gilda llegó toda emocionada porque me había conseguido una pareja para el baile de graduación. Ni siquiera lo conocía, ni yo tampoco, pero había ido derechito hacia él:

—Hola, ¿cómo te llamas? Soy Gilda. Te quiero presentar a una chica que se muere de ganas de ir al baile contigo.

Así me introduce con Jaime (pronunciado “Haimy” en inglés), quien veinte años después iba a ir hasta Ginebra a buscarme a casa de mis padres, enterándose allá de que yo había vivido todo ese tiempo en México. Volvió, me encontró y los llevé a conocer, a él y a sus dos hijas, a los lugares que hacen del DFectuoso un monstruo con encanto. Las muchachas un poco chofis renegaban de sus raíces mexicanas y era la primera vez que visitaban a su patria.

Mientras deambulamos por el Zócalo, esquivando a los vendedores ambulantes, bombardeo a Jaime de preguntas sobre el destino de nuestros amigos de la Montgomery High School. Uno me interesa en especial.

—¿Y qué ha sido de Rafael? ¿Lo has visto?

—Sí, nos vemos, cotorreamos con la banda. Ahí la lleva. Se ha quedado algo estancado, pasando de chambita en chambita; la última vez que lo vi trabajaba en una heladería.

—¿Y está casado? — Y en medio segundo repaso la película secreta de la historia del primer gran amor de mi vida, inexplicablemente abortado antes siquiera de ver la luz.

—No, nunca se ha casado...

Se me encienden los focos de alerta. Estaba divorciada desde hacía años y no había vuelto a sentir tanto aleteo de mariposas en la panza como me pasaba cuando veía a Rafael.

—...es gay.

Se dispersa la cuadrilla de mariposas en tropel.

—Claro, era evidente —miento—. Nunca participaba en los eventos sociales como los bailes de Sweetheart y esas cosas...

Antes de regresar a San Diego, donde seguía residiendo, Jaime me legó su libro de cabecera: *Ageless Body, Timeless Mind*³ del filósofo y médico ayurvédico Deepak Chopra, un autor que me acompañaría en mi senda hacia la búsqueda del equilibrio interno.

³ Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo.

Fines de junio. Horarios escolares acortados. Todos recorren los pasillos en busca de sus cuates para que firmen el anuario. Hacemos ensayos diarios en el campo de fut en preparación de la ceremonia de graduación. Porque no quieren sorpresas. Todos tenemos que saber exactamente cuándo es preciso levantarse, sentarse, tras qué sentencia aplaudir y situar el momento crucial, emblema de la graduación: ¡cambiarse la borla de la izquierda a la derecha! Después de este acto solemne, estamos listos para salir al vasto mundo exterior.

Última despedida de los cuates y las cuatas, último intercambio de direcciones y adiós Montgomery High School, centro vacacional para corazones solitarios.

Pero mi verdadera ceremonia de pasaje a la adultez tendría lugar unas horas después, en casa del señor Hughes, el responsable local de Youth for Understanding.

Me había citado con mis anfitriones, los Smucker, para hablar acerca de las pequeñas discusiones de familia que habíamos tenido a lo largo de este año de convivencia. Se dieron cuenta al fin de que no tenemos mucho en común, pero me reprochan no haber intentado acercarme más a Larry y a Linda y les parece que ya no estoy contenta en su familia. Me dicen también que había intentado hacerles adoptar mi estilo de vida en lugar de adaptarme al suyo, aunque reconocen que nunca había criticado abiertamente sus hábitos o ideas ni tampoco les había pedido que hicieran o cambiaran algo por mí. Pero no les había parecido que desaprobaba el trato que le dan a la pequeña Lisa.

Tienen razón. Me parece frío y tosco y me irritan las constantes nalgadas por menudencias, los “cállate” y los “no discutas”, los regaños por todo lo que uno hace. Nunca les oí una sola palabra de aliento o de aprobación para ella. Y es cierto que para mí, la vida que llevan corresponde más al reino vegetal que a los descendientes del *homo sapiens*. ¡Su cotidianidad es tan monótona y sólo tienen el dinero como único fin! Trabajan once meses al año y se aburren en casa durante sus tres semanas de vacaciones. Su única diversión es ver la tele después del trabajo y los fines de semana. Nunca comen todos juntos

ni se comunican entre sí (bueno, tampoco tienen mucho que decirse) y no establecen ningún lazo de familia. Linda descarga su rabia y sus frustraciones sobre Lisa. Larry simplemente ignora a sus hermanas. A *mom* Letha le cuesta trabajo interesar a *dad* en sus problemas personales: “Su mirada siempre se pierde a miles de kilómetros de aquí cuando le hablo”, y la filosofía de *dad* es: “Tienes que vivir en primer lugar para ti mismo. Tomar lo mejor de la vida para ti, ¡y disfrutarlo!” Y a nadie le importa un comino la abuela mojígata que se consume en el intento de traer a Linda y a Larry a una vida más religiosa.

Viéndolo bien, que unos ex marines clasemedios, cuyo ámbito cultural se limita a los talk shows, las series policíacas y las películas de Hollywood, le reprochen a una chica de dieciocho años que no quiera adoptar su estilo de vida, me parece un cumplido.

Frente a estos adultos anquilosados en sus confortables certidumbres, que ni admiten mi singularidad ni son capaces de cuestionarse en lo más mínimo, me veo por primera vez como un ser diferente, en proceso de devenir yo. A estas alturas de las discrepancias, ya no tengo nada que perder ni fachada que cuidar. Puedo expresar mis ideas, liberada de toda atadura. El año escolar había terminado y había aprendido lo que *no* quería ser ni hacer nunca como adulta. Supe en ese momento de mi graduación de fin de adolescencia, que si hay ocasiones para observar calladamente y aprender, hay otras en las que es preciso defender los ideales y valores propios, aunque esto signifique una declaración de guerra y que nos esperen duras batallas.

Les digo que jamás podría vivir como ellos, que no necesito cuatro televisores, aire acondicionado y tres carros para ser feliz, sino una vida espiritual, afectiva y emocional. Que si tuviera una casa, la arreglaría de un modo personalizado y no con los muebles uniformes que están en tooodas las casas del barrio. Que a diferencia de ellos, no considero al sin fin de restricciones que les imponen a sus hijos como una prueba de afecto, sino que al contrario, para mí lo es la libertad de decisión y de acción, que se disfruta cuando reina la confianza. Respuesta de *dad* Smucker:

—Eres una idealista y, de cierta manera, eres más conformista que nosotros. Ves, a mí no me importa el color de mi sillón o de mi alfombra, sino que estén cómodos. Nosotros los americanos somos así; ¡vemos la comodidad y el precio primero!

Vaya, la caricatura de los Simpson se queda corta.

Mis comentarios fueron interpretados como una acusación personal y como un intento de “reformularlos” y obligarlos a adoptar mis ideas. ¿Y qué es lo que hacían ellos cuando me impedían llevar pantalones de mezclilla a la escuela (restricción que mis papás le aplicaron con recelo a mi hermana mayor durante toda su escolaridad pero que yo había transgredido desde el quinto de primaria) y cuando criticaban a mis amigos por ser latinos? Tres días después supe que esa tarde los señores Smucker y Hughes se habían puesto de acuerdo para cambiarme de familia por el tiempo que restaba de mi estancia en los Estados Unidos.

Los rituales siempre van acompañados de un banquete. Mi graduación a la adultez tenía que serlo también. El responsable del programa de intercambio me invita a acompañarlo con su esposa, su hija Irene, Doris la estudiante alemana y unos amigos a cenar en Tijuana. ¡Yesssssss! Al volver a casa, sondee a *mom*, jefa de las salidas. Ni bien había terminado de exponer el asunto, cuando estalla la respuesta:

—Está fuera de discusión, de ninguna manera vas a volver a Tijuana sin visa. ¡Jamás!

Con paciencia, le explico que se puede obtener una visa de un día y que los Hughes ya lo han hecho con su estudiante y que sólo vamos a cenar en un restaurante muy elegante y toda la cosa. Llama al señor Hughes, quien le vuelve a explicar lo que acabo de decirle. Finalmente accede. ¡Uuuuufff!

Cuando llegamos al restaurante ya nos esperaban los amigos de la familia, toreros ellos. La mesa es tan larga que nos enviamos postales de servilletas de papel para saber cómo se la están pasando en el otro extremo. Los toreros no hablan bien el inglés pero con la ayuda del

vino, nos entendemos en el idioma corporal universal. ¡A comer, beber, bailar y gozar, que el mundo se va a acabar! Le seguimos en el Blue Note. Vamos sólo cuatro mujeres; no nos damos abasto y taconeamos sin descanso hasta las dos de la madrugada. Los papás Hughes son inagotables; regresan a la mesa nada más por otra margarita y vuelven a la pista. Estamos cayéndonos de rodillas cuando tocan la retirada. Los Smucker me habían hecho prometer que no regresaría en ningún otro carro más que en el de los Hughes. Pero en ese momento me hubiera sentido más segura con cualquier otro chofer, porque éste está bien, pero bien pedo. Nos perdemos en callejones de terracería y de repente saltamos todos hasta el techo por un enorme bache que agarramos a toda velocidad. En la cajuela, detrás de los asientos, aterrizo en medio del pastel de graduación de Irene. Salvo mis pantalones y el pastel, todos están bien y nos botamos de la risa, incluso la señora Hughes, que trae la peluca caída hasta los ojos.

La puerta delantera de mi casa está cerrada. Entonces, entro por la cocina, de puntiiiiitas. ¡Soorpreesaaa! *Dad* está en el sofá, a las tres de la mañana, y la tele está apagada. Debe haberme preparado una pequeña recepción. No tardo en descubrirla.

—¡Siéntate! Quiero tener una platicadita contigo. Dime, ¿has probado alguna cosa como marihuana, hashish o poppers?

Vaya, ésta me la esperaba desde hace tiempo, pero no ahora, ¡a las tres de la madrugada! Sin embargo estoy contenta de poder por fin esclarecer este asunto con él y tratar de calmarlo porque el tema se había vuelto delicado últimamente.

—Sí, claro, he fumado unos toques, como todo el mundo, pero no tomo pastillas.

Entonces saca su rollo de siempre: que si me arrestan me mandan de inmediato de regreso a mis Alpes, que es malo para mi salud, que nunca le gustaron mis amistades... todo esto en tres ediciones, más —¡ojo!— la cereza final:

—¡Estoy seguro de que fumas mota a diario, tomas poppers y que has probado el ácido!

Me deja atónita. Prosigue en un tono muy posado, de capellán haciendo el recuento de las flaquezas del pecador antes de sentenciar el castigo merecido:

—Entre más lo pienso, más estoy convencido de que este trafiquito tuyo dura ya desde hace tiempo. A menudo tienes un aire de alucinada, como hoy al regresar de la ceremonia de graduación.

Nunca hay que subestimar la capa de smog que puede formarse en la mente de la gente obtusa. Puede llegar a ser impenetrable.

—Sí, claro —me pitorreo—. ¡En medio de todo el gentío, saco mi porro y me empedo tranquilamente como si estuviera en medio del Sahara!

De hecho, nos sentíamos en pleno desierto durante la entrega de los diplomas. Hacía un calorón agobiante y todos nos veíamos algo mareados. Pero *dad* no suelta el pedazo. No me deja ir a la cama sino hasta una hora después, con mucha incertidumbre acerca de mi estancia en la casa.

Dos días después, me preparo para ir a un concierto con Jim, tras haberle pedido la autorización a la jefa, y me salta *dad* encima, hecho una furia.

—¡Se acabó! ¡Ya basta!

Llama a los Hughes y les pide que vengan de inmediato por mí. Quiere que me manden ese mismo día de vuelta a Suiza. Y como lo miro perpleja, apunta un dedo amenazador hacia mí gritando:

—¡No vas a ir a ningún pinche concierto, señorita! ¡Te quedas aquí y esperas a que el señor Hughes venga a recogerte!

Mientras *dad* lo recibe con un discurso de tres cuartos de hora, en el que pite y repite lo mismo, voy al cuarto a juntar mis cosas y a hacer mi maleta. Llega *dad* y nos abrazamos llorando. Siento una bola en el estómago; es la primera vez que veo a un hombre llorar.

—¡No fallaste, *dad*! —lo consuelo.

—No, pero no pudimos hacerte tan feliz como hubiéramos querido...

Cinco minutos más tarde, es *mom* quien me estrecha en sus brazos, con una verdadera, auténtica emoción, que no le había visto nunca

antes. Me confiesa que *dad* se había pasado todo el día anterior en la cama, por lo trastornado que se sentía, y que había estado llorando, diciendo que era como perder a su propia hija.

Compartimos una última cena, ¡juntos! Irónicamente todos se sientan en torno a la misma mesa el día de mi llegada y el día de mi partida.

Me conmueve el afecto que esa gente sencilla, limitada en tantos aspectos, cultivó sin dejarlo transparentar. Demuestran tener más sentimientos hacia mí de lo que vi en todo el año entre los miembros de la familia. Quizá, inadvertidamente se crearon lazos más fuertes de lo que parecía, precisamente porque cuestiono lo que los demás dan por sentado. Los hago reflexionar, ver otros puntos de vista. No supieron cómo responder ante las situaciones nuevas que se habían creado y tomaron la decisión de apartarme de la familia por mi bien, porque “no habían logrado hacerme feliz”. Tal vez esto incluía un “no supimos protegerte de los males de nuestra sociedad: el alcohol, las drogas, las malas compañías”, que creían ya me estaban dominando. Y me asombra ese dolor tan inútil, producto de una idea y nada más que eso; de la suposición de que yo hacía cosas indebidas, a diario, sin averiguarlo. Conocería otras rupturas como éstas, por conductas imaginarias. Hasta la fecha no me explico cómo se entra en este engrane diabólico donde la imaginación se convierte en realidad y la realidad se vuelve incapaz de imponer su verdad a la imaginación.

La organización llamó a mis padres para informarles que la familia Smucker me había expulsado por drogadicta. Horrorizada, humillada, mi madre nunca me quitaría de encima esa etiqueta. Siendo yo una respetable cincuentona, le dijo a una madre mexicana, que acabábamos de conocer y que había venido a Ginebra para llevarse a su hija de dieciocho años porque temía que anduviera en malos pasos, que “la entendía, pues ellos también habían tenido que ir a los Estados Unidos a recuperar a su hija —y me señaló—, que se drogaba”. Pero bueno, en eso de meter la pata, mi madre acumula tantos trofeos que ni los puedo contar todos.

El lunes mi papá llama a casa de los Hughes para avisarles que llega el próximo viernes. ¡Weeeeeeee! ¡Mi papito chulo va a venir hasta acá sólo para verme a mí, qué bueno! De no haber sido por el engendro ése, fruto de la imaginación de *dad* Smucker, no hubiera tenido la oportunidad de disfrutar la compañía de mi papá durante un fabuloso viaje que hicimos a Baja California, en un espléndido carro deportivo convertible, naranja ¡bzim! ¡No hay daño que no tenga apaño!

Mi pa' no me hizo ninguna pregunta. Y no creo que haya sido solamente porque tiene una aversión visceral hacia el pleito. Él me tiene confianza. Sabe que no soy ninguna santa, pero que tampoco me iba a destruir sólo para experimentar con lo desconocido. Venía a ver que estaba yo bien, y a mostrarme que podía contar con él, en cualquier circunstancia. Hay una hermosa complicidad entre nosotros y nos comprendemos con pocas palabras.

Quizá reconocía en mí a su propio gusto adolescente por las travesuras; un alma de payaso que no pierde una oportunidad de verle el lado burlesco a cualquier situación y de reírse de todo, empezando por sí mismo. Un día soñó que era un orangután y que vivía en la sabana en África. Vio a lo lejos unos turistas en un safari, buscando animales exóticos que enfocar con el zoom de sus cámaras. Sigilosamente, balanceándose de liana en liana, se acercó mi papá hasta llegar encima del grupo. Para gastarles una broma, saltó a gritos, golpeándose el peludo torso, en medio de los turistas que echaron a correr para todos lados, aterrorizados. Despertó atragantándose de la risa. A mi mamá no le hizo ninguna gracia. Los gritos habían sido muy verídicos y ella se había abalanzado sobre el teléfono para llamar a urgencias, pensando que a mi papá le estaba dando un ataque.

El domingo temprano emprendemos nuestro viaje exploratorio, mapa en mano, rumbo a Ensenada, sin pensar que iba a ser uno de los días más largos e inolvidables de nuestra vida.

El litoral está tan neblinoso que casi no se ve el romántico mar del que nos había hablado la señora Hughes. Nos paramos a desayunar frente a las olas, en un restaurante que, por los precios, ha de ser des-

tinado a los gringos. La carretera sigue a lo largo de una costa que nos pone mala cara, ignorándonos excepto por algunas apariciones cerca de Ensenada. Atravesamos la ciudad sin darnos cuenta, pues todo parece ser un gran suburbio. Damos la media vuelta, dirección centro, para aunque sea pisar un poco el suelo Ensenadita, que por cierto no es de los más limpios y que se parece demasiado a un modesto barrio de cualquier ciudad gringa. Como su nombre lo indica, en Ensenada no hay nada. Las tiendas venden productos *made in USA* o *Japan*, como los de un Woolworth cualquiera. Decidimos bajar un poco más hacia el sur, en busca de una bonita playa que, suponemos, debe haber en la punta de una península cercana. Pero llegamos a un *trailer park*; hileras de *mobile homes* con el desierto a espaldas y el mar enfrente. Mi pa' se mete a nadar pese a las nubes y a la baja temperatura del agua. Volvemos a Ensenada para tomar la carretera polvorienta de dos carriles hacia Ojos Negros, indicada como "autopista". El paisaje es lunar; un amontonadero de piedras. Me imagino un presidio gigante, cada preso sentado en su montículo rompiendo piedras hasta volverlas polvo, mientras los vigila el perro pulgoso y flaco que acabamos de cruzar, ahí, en medio de la nada. Después de haber recorrido kilómetros de pedregal, llegamos a un cruce; un camino de un carril desemboca en la carretera más ancha en la que vamos. Yo hubiera seguido derecho, pero mi pa' gira hacia la izquierda, detrás de un carro negro y ¡pof!, con su suerte infalible, aterriza frente a la única gasolinera que debe haber en este desierto, y de la que teníamos una urgente necesidad.

Mi papá es así. Trae la suerte incorporada. Lo bueno es que me la heredó. Cuando voy en su carro —lo que no sucede a menudo, porque por lo regular me desplazo en bici— puede haber un gentío y embotellamientos horribles pero siempre encuentro un lugar de estacionamiento en el mero lugar donde quiero pararme. Es mágico.

El bar junto a la gasolinera, de tipo en-obras-negras-desde-hace-mucho-tiempo, con las varillas oxidadas plantadas en el edificio como agujas de vudú, cuenta con media docena de parroquianos borrachos, adormilados en mesas mugrosas. No precisamente un lugar idóneo

para vacacionar. Regresamos a la carretera, que poco a poco pierde su recubrimiento, tras numerosos carteles indicando que se están ejecutando “obras públicas” y nos atascamos varias veces en las pistas de arena que nos obligan a tomar. En una de esas nos rebasa una especie de carrito de playa, de esos que tienen en los hoteles de lujo, o los campos de golf, con techo de tela, llevando a bordo una banda de alegres cantantes. Nos dejan boquiabiertos. ¡Escenas así sólo las hay en las películas de Fellini, no existen en la realidad! Y nos atacamos de la risa. Nos creíamos solos en esta carretera del Infierno y ahí van estos chiflados, bien quitados de la pena como si fueran a una fiesta en una playa cercana.

Nunca había percibido la eternidad, ni semejante vacío como en este paisaje monótono de rocas y hierbas secas que se estira ante nosotros desde hace horas y horas. Mi papá reprime su inquietud y se limita a preguntar:

—Ya es demasiado, ¿no te parece?

—Depende adónde lleguemos —lo animo—. Tal vez vamos a decir que valió la pena.

Sé que debe asustarlo un poco la responsabilidad que se echó encima. ¿Y si tuviéramos que pasar la noche en pleno desierto?

Una parada inesperada nos reconforta algo. No estamos del todo perdidos. Hay aquí un “bar”; una minúscula casucha habitada por dos nenas en harapos, sus padres ya ancianos y un muchacho que entiende por fin, después de múltiples señas, gesticulaciones, palabras en italiano, francés y en inglés, que queremos saber adonde lleva la carretera.

—A San Felipe —explica, parco en palabras que sabe que no entendemos.

Gulp. Queda lejos, y, sobre todo, queda del otro lado. ¡Estamos atravesando toda la península de Baja California! Pensábamos estarla subiendo por en medio, de vuelta rumbo a la frontera.

Para amortiguar el golpe de la noticia, sacamos un par de cervezas tibias de un refri desconectado —no se ve ningún poste de luz que

hubiera podido suministrarle energía eléctrica— y merendamos unas galletas marías apenas rancias.

No nos queda de otra más que seguirle, a pesar de la hora tardía. Ya oscureció. La carretera empieza a serpentear, de bajada. Se estrecha y miro con angustia el barranco sin fondo que comienza ahí, muy cerca de las llantas. ¡No quiero ni imaginarme qué haríamos si nos cruzamos con otro carro! Pero no, afortunadamente, a nadie se le ocurre subir la cuesta a estas deshoras. Como a las once de la noche llegamos por fin a San Felipe. Un aire tibio nos envuelve y, ¡oh, alegría!, nuestros ojos hambrientos de vegetación pueden saciarse de palmeras y campos de caña de azúcar. Nos acercamos a una cabaña donde todavía hay animación; un grupo de hombres escucha la tele. Sí, la escuchan, pero no se ve la imagen. Nos explica el camarero que la municipalidad les prometió que dentro de poco también van a poder captar la imagen. Termina el invisible partido de fut y desde su rincón unos músicos sacan trompetas y violines y empieza la orquesta. ¡Qué recepción! Barriguita llena y corazón contento, nos dirigimos al único hotel del pueblo donde nos esperan dos recámaras con vista al mar.

Dormí como princesa. Cuando salgo a la terraza, el sol ya había recorrido la mitad de su trayectoria. Encuentro a mi papá desayunando bajo una palapa, listo para acompañarme a mi bautizo de aguas mexicanas, en el deliciosamente tibio Golfo de California.

Lo mejor que tiene San Diego es que está pegado a México, concluyo. ¡Y qué bueno que me mandaron a San Diego y no a San Francisco!

PÁGINA 19, CON SABOR A LIBERTAD

Aún no entiendo cómo fue que obtuve el diploma de la prepa, incluso con la mención “Bien”. En la fiesta del trigésimo aniversario de nuestra generación, una compañera recordó que las raras veces que se me veía en clase, estaba papando moscas, perdida en mis delirios. A la hora de los exámenes finales siempre llegaba derrapando y tan despistada que había repasado la materia equivocada. Pero las más de las veces me la pasaba en el taller de cerámica. Podía estar días enteros sentada frente al torno, viendo cómo se elevaba la torre de arcilla, cuyas paredes resbalosas se iban adelgazando y ahuecando a medida que se erguía, guiada, presionada entre mis dedos mayores. Me fascinaba estrujar, torcer y amasar el barro para engendrar criaturas modeladas a mi imagen y semejanza: formas ovoides, maternales; recipientes bicéfalos de dudosa utilidad práctica, como desorientados, o polivalentes, con múltiples posibilidades diferentes de llegar a ser.

El verano anterior mi hermana mayor me había llevado con ella a Lisboa, a vivir desde dentro la Revolución de los Claveles, formidable movimiento de masas, con una guerra colonial exhausta como telón de fondo. El primer Primero de Mayo después del colapso de la dictadura de Caetano, en 1974, la manifestación de Lisboa juntó a más de 600 000 personas. Allí estaba el resultado de cincuenta años de “erradicación del comunismo”. Los soldados y marineros desfilaron, con las armas en la mano, al lado de los obreros. Latifundios enormes fueron expropiados por los campesinos. La tierra no fue repartida en propiedad privada, sino que el trabajo y la producción se organizaron colectivamente. Olivia volvió como seis veces a la cooperativade Torrebella,

para ayudar en la guardería, la cocina popular y las labores del campo, hasta que el primer ministro socialista Mario Soares regresó las tierras a sus antiguos dueños y todo volvió a su imbecil normalidad.

En el campamento internacionalista donde nos quedamos se gestan las acciones de solidaridad, ternura de los pueblos. Se discuten las ideas del Partido Comunista Portugués y del Partido Socialista y se organiza el apoyo a las huelgas, ocupaciones y manifestaciones. En una marcha, mi hermana reencuentra a Enzo, un amigo argentino, trepado en lo alto de una camioneta, plasmando en imágenes fotográficas el histórico hervidero político. Él tenía que volver a Ginebra, a mí me esperaba un año más de prepa y las clases ya habían empezado. Emprendemos el viaje de regreso en su combi, Sancha Panca y el Quijote motorizados, atravesando toda la España franquista, tiesa de atavismos religiosos, putrefacta e incapaz de reaccionar para venir en ayuda de su colega, el dictador derrocado en el país vecino. Llanos infinitos, escuadrones de olivos retorcidos, castillos y molinos de viento en lo alto de los cerros, pueblos atarantados de sol, con paredes inmaculadas bordeadas por franjas azules u ocre hasta la altura de las ventanas; higueras generosas brindándonos sombra y alimento; plazas adoquinadas y en sus bancas, hileras de viejitos desdentados, observándonos con desconfianza.

Madrid la señorial, bulevares arbolados desembocando en plazas desmesuradas, esnobismo, palacios, realeza, iglesias, muchas iglesias, sopor, conservadurismo.

Damos un rodeo por Barcelona. Total, de todos modos ya había faltado una semana de clases, qué tanto es tantito más. En su centro antiguo me pierdo en laberintos de húmedos callejones oscuros y malolientes. Está el mar, sí, ventana a otras formas de ser y de hacer, pero sus aguas irisadas delatan los mantos de aceite y petróleo que lo contaminan. En el puerto, un hormiguero de gente en movimiento, subiendo y bajando cargas de las naves por angostas pasarelas, a veces puras tablas. Una ciudad masculina, piropos grasos, prostitutas y señoras vestidas de negro de pies a cabeza, el crucifijo bamboleándoles en el pecho.

Nos alojamos en casa de unos amigos de Enzo, violinistas y guitarristas, en las alturas frescas de La Florida. Esa mañana, Manuel y Adelina están de humor vivaldiano. Por los ventanales abiertos al jardín penetran efluvios de camelias junto con el allegro rasgueado del concierto para guitarra en do mayor. Se corretean scherzando los retozos entre las sábanas. El ritmo se alarga, cachondo preludio peregrinándome pausado bajo las yemas de Enzo. Sentidos en armonía, cadencia apremiante de roces... un adagio de emociones poderosas, desconocidas me cala en lo más hondo, una luz cegadora me trastorna por completo, invadiéndolo todo. Creo morirme y me despido mentalmente de mi familia y del mundo...

De vuelta a Ginebra me reincorporo penosamente a la vida de colegiala. Ahora que sé de lo que es capaz la vida real en todo su esplendor polifacético, me parecen aun más insípidas las enseñanzas escolares a las que estamos sometidos, ocho horas al día, cinco días a la semana. La única materia que no me pierdo es la filosofía: estudiamos a Freud, a Marx y a Hegel.

Enzo es un bohemio y sólo nos vemos de vez en cuando, entre un viaje a París, donde lo espera un mandato como fotógrafo de teatro, Holanda –en donde compra VW combis que los trotamundos gringos sueltan a precio de ganga, urgidos por el regreso a su país–, y España, donde revende las camionetas.

En Semana Santa lo acompaño a Ámsterdam, para ser su intérprete durante las transacciones y para ayudarlo a repatriar su carro, mientras él se hace cargo de la nueva adquisición. Hacemos una parada en París para visitar a sus amigos Colette y Jean, cultivadores de sonrisas, titiriteros y magos. Durante su espectáculo, observo las caritas fascinadas de los niños mirando Aladino hipnotizar a las serpientes: corbatas que salen enderezándose de su canasta, atadas a la flauta por invisibles hilos de nylon. A mí lo que me maravilla es ver que se puede vivir en París haciendo bailar corbatas, cosechando risas y aplausos por echar a volar la imaginación.

En Ámsterdam descubro otros sectores económicos: la libre venta de drogas, hay *dealers* por todos lados, y el turismo sexual. En las vitri-

nas de calles enteras están expuestas señoritas y señoronas en bikini, sentadas en sillones o mecedoras, platicando entre ellas, leyendo, tejiendo, en espera del cliente. Un inglés chaparro, calvo y panzón, vecino de mesa en un restaurante, me cuenta su decepción. Había venido en busca de auténtico amor, que estaba incluso dispuesto a pagar. Y sólo le dieron quince minutos de sexo cronometrado, desprovisto de sentimientos. Se siente estafado.

Recorrimos la acuática ciudad en busca de la mejor oferta de combi, al tiempo que colocamos anuncios en los hostales de jóvenes, ofreciendo un viaje a París a cambio de una módica cooperacha pa' la gasolina. Habiendo reunido media docena de viajeros y encontrado una camioneta en más o menos buen estado, emprendemos nuestro viaje de regreso; Enzo con la combi y yo encargada del carro, con tres trotamundos a bordo, de los cuales uno, Marcel, tiene que manejar, pues es el único con licencia.

—Antes de irnos —pide Marcel—, quiero fumarme un último pitillo.

—Está bien —le digo—. Entonces, manejo yo y te doy el volante cuando hayas terminado.

Había aprendido a manejar en las carreteras desiertas de España, con Enzo, al que le saqué canas verdes pues en más de una ocasión estuvimos a punto de estrellarnos llegando a un pueblo. Como no tenía muchas oportunidades de aplicar el freno en las largas carreteras rectas, me hacía bolas y se me cuatraperaban los pedales del freno, del clutch y del acelerador cuando era urgente pisar uno. Pero mi instructor había sido muy paciente conmigo y me había dejado seguirle a pesar de mis torpezas. De modo que pude llevar sin complicaciones el carro hasta la frontera con Bélgica. Y es que a los demás pasajeros se les antojó y se rolaron el toque. Luego, tras fumarse otro, nuestro conductor con licencia se había quedado dormido.

—¡Despierten! Vamos a llegar a la frontera. Hay que airar el carro, que apesta, y quiero que manejes para cruzar la aduana, Marcel, pues yo no tengo licencia.

Se desperezan los chicos, se sacuden la ropa, abrimos las cuatro puertas y Marcel toma el volante. Al introducir su cabeza en el vehículo para examinar a los pasajeros, al aduanero se le retuercen las narices. Un tufo acre escapa de la ventanilla.

Nos hace bajar y sacar las maletas de la cajuela. Empieza un minucioso registro del carro, de cada bulto, cada repliegue de nuestra ropa. A mí me esculca una mujer bulldog que me obliga a desnudarme hasta quedar en ropa interior. Supongo que Marcel se trajo más mota que los canutos que se fumó en el camino, ¡el cabrón! Y ya me veo tras los barrotes, llamando a mis padres para informarles que estaba detenida en Bruselas por tráfico de drogas. No iban a ser muy creíbles mis explicaciones de que viajaba con desconocidos en un carro que no era mío, que no tenía manera de llamar a su dueño, pues no tenía teléfono ni dirección y ni sabía dónde se encontraba en ese momento. Y que no tenía la menor idea de cómo llegó la mota al interior de ese carro. ¡Menuda broncota!

Pero milagrosamente, no encuentran nada. Nos vestimos, subimos las maletas al carro y nos dejan ir.

—Uuuf —resopla el Marcel—. ¡Qué suerte! Lo único que no esculcaron fue mi bolso azul y ahí tenía medio kilo de mota.

—¡Oyes, jijo de la guayaba, ¿cómo se te ocurre meternos a todos en semejante lío! ¡Qué te pasa! ¡'tás jodido! Neta, Marcel, lo siento pero no puedo seguir contigo. Bájate aquí y arréglate como puedas.

Los otros dos integrantes del equipo apoyan mi petición y lo dejamos, con todo y hierba, ya cerca de la frontera con Francia. Poco antes de llegar a París se bajan mis últimos pasajeros y me quedo sola, piloteando la nave con rumbo desconocido, en medio del tremebundo tráfico parisino. No tengo la menor idea de cómo llegar al barrio de Colette y de Jean, ni sé si Enzo ya llegó. Sólo recuerdo que está cerca del metro Stalingrado, eso no se me puede olvidar; que los franceses conmemoren así al sanguinario Stalin, me parece asombroso. En fin, atrapada en el torrente de carros que me arrastra desnorreada de un semáforo al siguiente, busco desesperadamente un lugar donde aban-

donar el trasto estorboso para seguirle a pie. Por fin, veo un hueco y me dirijo en picada hacia él. No sé estacionarme. Cuando tenía ganas de higos en los llanos de Extremadura, bastaba orillar el carro y parar el motor. Es lo que hago. Bajo aliviada, topándome con un poli que había estado observando con curiosidad mi pueblerina maniobra.

—¡Óigame no, señorita! ¡No puede dejar su carro así, con la cola para afuera!

—Lo siento, brigadier, pero no sé estacionarme cuando no hay suficiente espacio.

—¡Pues váyase a otro estacionamiento más grande!

—Es que tampoco sé manejar en la ciudad.

—¿Y, entonces, cómo llegó hasta aquí? A ver, enséñeme su licencia. ¿De quién es el carro?

Ya empezamos con las preguntas incómodas. Le doy las llaves del carro para que me lo estacione y tengo que seguirlo a la comisaría donde les cuento todo, omitiendo el incidente de la aduana, claro. La misión de Ámsterdam, los dos carros que había que traerse de vuelta, la poca solidaridad de mis acompañantes que se bajaron adonde les convenía, dejándome sola en medio del tráfico de París, mi ignorancia acerca del paradero de Enzo, mi necesidad de volver a Ginebra cuanto antes pues tenía clases... Al final estoy rodeada por media docena de polis que escuchan atentamente mi historia, indignados por la descortesía del tal Enzo, que había dejado a su chica de dieciocho años sola con una banda de majaderos desconocidos, y se muestran compadecidos, protectores. El que me había encontrado atravesada en la calle se ofrece, caballeroso, a acompañarme hasta Ginebra. Salgo una hora después de la comisaría, despidiéndome de la brigada del décimo *arrondissement*. Encuentro a Enzo en casa de Colette y nos regresamos con la combi a Ginebra, donde me reincorporo al colegio, mientras él se sigue a Barcelona, a vender la camioneta.

Y un buen día termina por fin la esclavitud de las calificaciones. Voy a la ceremonia de entrega de los diplomas vestida como pirata con un pantalón de pana negro de mi hermano, recortado, con una

tira de floreada tela roja cosida a la altura de las pantorrillas; un top azul y encima, una camisa de boy scout color marrón. Al momento de levantarme a recibir el famoso documento llave-mágica-que-me-va-a-abrir-todas-las-puertas, se me rompe el cierre del pantalón. Me llaman por segunda vez al estrado... Y ahí voy, con una mano tapando discretamente la bragueta y la otra extendida para recibir el diploma. Me falta una tercera para estrecharles la mano a la fila de autoridades cuya función es solemnizar el momento. Lo siento, entre ignorar el protocolo o el decoro, escojo lo primero.

Por orden de aparición, el siguiente dilema que tengo que resolver es: ¿y ahora qué hago con mi libertad?

En todo salón de clase hay siempre un bufón, el niño alelado que tiene el papel de hacer reír a los demás. Me acuerdo de Rodolfo. Un día, llegó a clases con un globo ocular de gelatina pegado detrás de sus lentes, muy realista con todo y sus venitas rojas, perfectamente repulsivo. Nos miraba con un ojo normal y el otro de película de Halloween. Los que lo rodeábamos estábamos muertos de la risa, totalmente ajenos a las reglas de conjugación del pretérito perfecto que el maestro estaba escribiendo en el pizarrón. Sospechando que alguna poderosa distracción estaba sabotando su curso, se volteó Mister Cunigan e inspeccionó uno a uno a sus feligreses. Al caer su mirada sobre el ojo saltón de Rodolfo, alzó las cejas, las frunció, se puso rojo, abrió y cerró la boca como pez globo y finalmente se abalanzó aullando sobre el pillo, fuera de sí. Previendo una inminente confiscación de su ojo postizo, Rodolfo lo lanzó presto hacia el techo donde se quedó pegado. Más carcajadas, ahora de todo el salón. Esto fue demasiado para Mister Cunigan quien le exigió a Rodolfo que le entregara inmediatamente el juguete. Obediente, este se paró sobre su pupitre y dio saltitos estirando la mano para tratar de alcanzar el pegoste. Pero con todo y saltos, aún quedaba muy lejos el techo y al tiempo que se daba cuenta de que era imposible satisfacer su petición, el maestro se supo ridiculizado por una banda de chamacos malcriados, y eso no lo soportó. Convocó a una reunión de padres de familia y se quejó

amargamente de nuestra rudeza hacia él y, por añadidura, de nuestra falta de interés por aprender. Rodolfo fue castigado con una expulsión de una semana de la escuela y, al final, tuvo que repetir el año.

Pues bien, estos niños de trayectorias sinuosas e inteligencias no escolares son los que me parecen más interesantes, pues tienen potenciales que la pedagogía clásica no logra destapar ni mucho menos fomentar. Al contrario, los reprime. Lo que yo quiero es aprender a acompañar en su desarrollo a estos niños especiales, con retrasos mentales, impedimentos físicos, trastornos psicológicos o que simplemente son fuera de serie, para que puedan vivir con plenitud su ser peculiar y único. En el catálogo de las profesiones, esto se llama “educadora especializada” y se aprende en la Escuela Social.

Entre las pruebas de ingreso a las que nos someten durante dos días, está la interpretación de una serie de manchas del test de Rorschach. Son como el dibujo de un borbotón de catsup en una servilleta desdoblada, con un trazo casi simétrico en ambos lados, en forma de cráneo visto con rayos X, de hongo atómico o de campo de amapolas. El caso es que cada quien ve lo que su imaginación o su subconsciente le sugiere que sea. Y no sé bien qué método aplican, pero sobre la base de las descripciones que de las manchas hacemos los candidatos, los evaluadores determinan quién es apto para la profesión y quién no. Y bueno, como mis proveedores de fantasías no se cansan de bombardearme de locuras, veo todo un cuento en cada imagen. Mala pata. Los examinadores concluyen que no puedo ser educadora especializada porque “tengo intereses demasiado diversificados” y eso, obviamente, es incompatible con ser “especializado”.

Ya era la segunda puerta que se me cerraba en las narices. La primera fue la de mi casa. Un día, mi madre encontró un par de colchones en el piso del departamento que alquila en la planta baja, y que estaba vacío en esos días. Me llama a la barra de los acusados; sospecha que de haber querido turistear en la planta baja yo sola, no necesitaba de dos colchones. Por lo tanto, deduce que ¡estaba acompañada! Confieso mi crimen. Es cierto, Enzo había pasado la noche aquí. La sentencia

es inapelable: soy expulsada del Edén. La Señora Juez considera que si tuve la osadía de cometer el pecado original, entonces debo asumir las responsabilidades que de toda evidencia van de par: trabajar, lavar mi ropa, cocinar y pagarle una renta a un casateniente.

A los nueve años, mi hija Natalia me explicaría esa parte de la teología así:

—Ahora las mujeres tenemos que ir a trabajar como los hombres, por herencia.

—¿...?

—Sí, ¿ves que los esclavos heredaban las deudas de sus papás? Pues las mujeres somos descendientes de Eva y, como le hizo caso a la serpiente y desobedeció, la castigaron. Cuando se murió Eva, porque ya se murió, ¿no?, pues las mujeres que somos como sus hijas, heredamos el castigo de tener que trabajar.

Así pues, de un temprano empujón, fui lanzada al Conocimiento.

Se lo agradezco mucho a mi madre. A los diecinueve años había engrosado las filas de las mujeres, casos de la vida real y por fin estaba viviendo aventuras de Tamaño Natural y no sólo las que la literatura nos revela a los pasivos voyeuristas.

Estoy compartiendo un ático de tres recámaras, cocineta y salón con dos estudiantes de la Escuela Social —ellos sí habían deletreado correctamente las manchas de Rorschach, bajo el techo inclinado de un antiguo edificio del siglo XIX, cerca de la *Plaine de Plainpalais*. Cuarenta años más tarde, mis hijas vivirían en comuna en el *Rhino*, el más antiguo *squat* de Ginebra, contiguo a mi primera morada como independiente. De ahí las expulsarían unos escuadrones de policías armados, junto con los otros 70 moradores paracaidistas del inmueble, una fea madrugada de otoño, para que el procurador devolviera el inmueble a su riquísimo propietario.

Una de las primeras lecciones del Conocimiento es que nuestros cercanos antepasados de la clase trabajadora no disponían de excusado privado ni de ducha. La cabina del WC estaba al fondo del pasillo común a los demás departamentos del piso, para nosotros afortunada-

mente al interior, para muchos, en un balcón al aire libre. ¡La piensas dos veces antes de salir en pleno invierno a aliviar una necesidad urgente! Me cuenta un amigo cuyo papá era obrero de la construcción, que prefería hacerse en la cama y recibir una tunda al día siguiente, antes que congelarse las partes nobles. Para bañarse, hay que calentar agua en la estufa y echársela a jicarazos, parado en el ancho lavabo plano. El aprendizaje de esta técnica me sería de gran utilidad en mi casa de Contreras, años más tarde.

Otra lección que aprendo es que el mundo del trabajo se rige por una curiosa ley: cuanto más larga la jornada, y aburridas, rudas y mecánicas las tareas, menos se retribuye.

Mi primer empleo formal (a los 12 años nos ganábamos unos centavos, mi amiga Elisa y yo, como caddies de golf, recogiendo las pelotas desatinadas y presentándole al jugador el palo deseado) es de cajera en un supermercado. Todavía no se inventa el código de barras y mi miopía no me permite leer el precio en la etiqueta, a menos de acercármela a veinte centímetros de la cara, de modo que tengo que aprenderme de memoria los precios de como dieciseis mil productos. Cuando el precio depende del peso, a fuerza tengo que inclinarme sobre la banda automática o alzar el paquete. Regularmente, los clientes atentos al desglose del ticket regresan con una queja. Y entonces tengo que encender un foco rojo encima de mi cabeza, vistosa y vergonzosa señal de que cometí un error, que el jefe tiene que venir a arreglar. Pero también practico la omisión voluntaria. Cuando mi cliente es un ancianito o viste trapos muy desgastados y que extrae una a una las monedas de un monedero desvencijado, le facturo el pedazo de carne y la rebanada de queso a un franco, como contribución a la justicia social.

La mayoría de los beneficiarios no se da cuenta. Los más honestos me hacen la observación de que debo haber olvidado cobrarles algo. Les aseguro que no, que no se preocupen, que la cuenta está bien así. Me pagan con una sonrisa agradecida. Algunos regresan con un chocolatito; me derrito de ternura.

Alguien debe haberle soltado el chisme al jefe. A la segunda quincena me permuta a la carnicería. Lo bueno es que el equipo de trabajadores portugueses y españoles es muy simpático. Me acogen como a una hija, invitándome a sus almuerzos improvisados de carnicas achicharradas en la placa para sellar el plástico de las charolas. Lo malo es que ahora mi horario de entrada es a las seis de la madrugada, para descolgar de la cámara fría los retazos de reses y puercos que el carnicero descuartiza, preparar las charolas y colocarlas en los mostradores antes de la apertura de la tienda. A veces, el responsable me encarga una misión especial: tengo que cambiar todas las etiquetas de los pollos con fecha de caducidad vencida por otras que indican que se puede consumir hasta dentro de una semana. En pago por mi complicidad en esa felonía, me surte de carne para alimentar “a mi comuna del ático”.

Con el fin del verano y el retorno de los vacacionistas se termina mi contrato de ayudante carnicera y vigilante de sanidad e inicia mi nueva carrera de telefonista en la central de taxis. De lo que se trata es de saber ubicar todas las calles de la ciudad y, tras recibir un pedido, llamar a la caseta de taxis más cercana y darle la dirección al primer carro en espera de cliente. Eso las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Esta noche estoy sola de guardia. Me despierta una llamada a las cuatro de la madrugada. Quieren un taxi, urgente, en el 32 de la calle del Fin-del-Mundo. Rayos, ¿dónde fregaos se acaba el mundo? Y luego ¿cuál es la estación más próxima? Pensándolos igual de dormidos que yo, opto por hacer un llamado por radio. Salió peor el asunto. Cinco choferes me contestan a la vez, pretendiendo cada uno ser el más cercano al fin del mundo y un sexto me grita desde una estación que le toca a él, porque de noche es más amplia la zona de puestos de taxis a los que hay que acudir antes de pedir uno por radio. Y la media docena de choferes iracundos me ladran insultos y recuerdos a mi madre, en una cacofonía de idiomas. Nunca nadie me había tratado así; totalmente desamparada, no se me ocurre otra cosa más que cerrar los micrófonos y llorar de la humillación, sola en el silencio

de la noche. Suena el teléfono. Es otra vez el cliente, enojadísimo porque va a perder su avión por mi culpa. ¡Quién le mandaba vivir hasta donde el viento da vuelta y el diablo se quita los calzones! Pide a gritos el taxi. Supongo que los choferes se pusieron de acuerdo entre ellos, a menos que hayan sido los seis, o el cliente haya llamado a otra central de taxis, no lo sé...

En esos días había iniciado en paralelo una actividad mucho más apasionante; participo en una cooperativa de artesanos a los que la alcaldía les había puesto a disposición toda una nave industrial de la antigua central hidroeléctrica, magníficamente situada en la orilla del río Ródano. Me había hecho socia de uno de ellos y en su puesto vendo mis piezas de cerámica, creaciones de joyería de plata, cobre y zinc, y hasta marionetas de papel maché que había realizado después de una noche de sueños particularmente fértil.

No me siento como para otra malpasada de pesadilla como la que viví. Voy a ver al patrón y le presento mi renuncia. Le explico que voy a dedicarme a la producción artesanal.

El mayor ingreso que obtuvimos en ese negocio fue el reembolso del seguro de “responsabilidad civil” por una vajilla que tiré accidentalmente. Quizás no estaba totalmente equivocada mi madre cuando me impidió estudiar en la escuela de artes plásticas porque “de eso no se vive”. Quería que estudiara una profesión decente que me permitiera tener un buen salario. Nunca se imaginó que iba precisamente a estudiar el mecanismo por el cual se le paga a la mano de obra siempre menos del valor producido, para que la clase burguesa siga enriqueciéndose sin producir nada.

Sin chamba, sin ingreso y sin formación, me veo en la obligación de volver a alquilar mi fuerza de trabajo en lo que sea. Ahora me toca la fábrica. Soy obrera taladradora en una empresa de encendedores de lujo. Tengo que perforar un agujero en la tapa del mechero, para que otro trabajador le soldara el dispositivo de encendido. El movimiento consiste en agarrar con la mano izquierda un tubito de una caja que contiene cientos más, colocarlo bajo el taladro, ¡cuidado, el lado más delgado ha-

cia arriba!, jalar una palanca con la mano derecha para bajar la mecha y, simultáneamente, apoyar con el pie derecho en el pedal para echar a andar la máquina. Y no olvidar dedos bajo la mecha del taladro, que ahora gira voraz hacia el metal perforándolo en una fracción de segundo.

El fordismo en su apogeo: la producción está dividida en múltiples fases lo más simples posible para reducir el tiempo necesario. El trabajador se ve limitado a ejecutar la misma tarea monótona, como un simple apéndice de la máquina y al ritmo que le dicta ésta.

Me cuesta concentrarme en el absurdo horadar. Vaya, ni siquiera fumo, pa' qué quiero encendedores, y mis pensamientos vagabundean en pos de vivencias de la bohemia, con Enzo, del que no tengo noticias desde hace cuatro meses, cuando se marchó a España a vender una flauta de plata que ni quiero saber cómo aterrizó en su camioneta.

Inevitablemente, pongo a veces el lado grueso del encendedor bajo el taladro y la mecha, demasiado fina, se rompe. Solidarios, mis compañeros me mandan al excusado mientras la cambian discretamente. Cada mecha vale setenta francos y están bajo llave. Si el capataz no se ha dado cuenta que disminuye de modo alarmante la reserva de mechas finas, observa en cambio en sus estadísticas una baja productividad en el puesto cuarenta y seis, el mío. Entonces se coloca detrás de mí, cronómetro en mano, para calcular mi rendimiento por minuto.

Me invade una cólera profunda. ¿Quién se cree ese imbécil para dictarme la cadencia con la que tengo que hacer el estúpido trabajo ése? Ni siquiera es suya la fábrica; el producto de nuestro trabajo se lo queda el dueño, no él, vil peón, igual que nosotros. Debería estar contento de que avanzo en algo, tal vez no tanto como los demás pero como sea, van a sacarle ganancia a mi trabajo.

No lo sabía todavía pero estaba adquiriendo “conciencia de clase en sí”, por experiencia propia, en contraposición con la “conciencia para sí” aprendida por intermediación de los análisis de los intelectuales revolucionarios.

Me paro y le explico al capataz que tengo que salir a comprar toallas higiénicas. En verdad estaba necesitada de higiene mental, aire

fresco, libertad de movimientos y de pensamientos. No volví sino a las tres horas, evitando cruzar al vasallo medidor de tiempos perdidos.

Al día siguiente no eran toallas lo que me hacía falta sino pastillas contra el dolor de cabeza. Y salgo por ellas al parque. Esa tarde me da Enzo la sorpresa de esperarme a la salida de la fábrica. Corro, río, salto en sus brazos. “¡Qué bueno que has vuelto! ¡Llévame contigo, vámonos de aquí, esto es el infierno!

Celebramos el reencuentro como Dios manda y al alba afinamos los planes: vamos a recorrer toda América Latina, hasta llegar a Buenos Aires. ¿Por dónde empezaremos? ¡Por México! Es el destino con los vuelos más baratos...

Así fue como volví a estas tierras que me parecieron tan familiares desde el primer momento en que las conocí.

PÁGINA 21, MÉXICO DE MIS AMORES

El taxi que cogemos en el aeropuerto Benito Juárez nos deja en un hostel con huéspedes de dudosas actividades (el criterio primordial era que fuera barato) de la Colonia Tabacalera. El cuarto tiene la dimensión de un compartimiento de tren. La cama es de resortes perfectamente palpables a través de la delgada colchoneta de borra y las paredes de triplay, pintadas de un sombrío verde funeraria, nos permiten enterarnos de los pormenores de las discusiones —y las faenas— de nuestros vecinos de ambos lados.

Dedicamos los primeros días a explorar los alrededores. Caminando a lo largo de Insurgentes y del Paseo de la Reforma (los anuncios publicitarios gigantescos me recuerdan a las avenidas de San Diego), buscamos teléfonos descompuestos que permiten hacer llamadas de larga distancia gratis. Leemos los avisos de *El Universal* para conseguir una vivienda y, ya, un empleo. Observo que las muchachas se arreglan mucho, llevan ropa que yo ni para ir a misa me pondría. Bueno, si es que fuera a misa, pero no, que yo recuerde, nunca me llevaron ni quise ir, fuera de la ceremonia de entierro de mi abuelito y de la confirmación de mi hermana Olivia.

Lo bueno de los protestantes es que son respetuosos de la voluntad del individuo. Así, esperan hasta que el niño tenga la capacidad de razonar por sí mismo para preguntarle si quiere o no ratificar su fe. Cuando me tocó responder a la pregunta, a los quince años, asistí a un par de sesiones de preparación para saber de qué se trataba y al ver que sólo desarrollaban temas del cristianismo, le escribí una larga carta al pastor, explicándole que iba a dejar de asistir a sus clases de

catecismo porque no veía por qué no se hablaba del budismo, taoísmo o islamismo, siendo que todas las religiones pretenden detentar LA verdad sin poder comprobarlo. ¿En qué se basaba el cristianismo para afirmar su propia superioridad sobre las otras religiones? ¿Por qué no nos enseñaban los fundamentos y valores de todas las religiones para poder decidir nosotros mismos cuál nos parecía la mejor? Y no acepté participar en una ceremonia que no tenía sentido para mí. De hecho, el protestantismo corre por mis venas aun sin refrendo. Protestar ha sido uno de los motores de mi vida, generándome más de un descalabro y muchas enseñanzas.

Pero mi hermana mayor está hecha de otra materia. Ella aceptó sin objeción la ceremonia de confirmación, aunque no haya manifestado sentimiento religioso alguno ni antes ni después. Quizás sólo cumplía con los deseos de los mayores, en una afanosa búsqueda de estima y aceptación, para reparar los sinsabores padecidos por mi madre, al llegar Olivia tan intempestivamente al mundo. Mi abuela había expulsado a mi madre embarazada de su casa, prohibiéndole durante más de dos años que se presentara al domicilio familiar, por temor al qué dirán de los vecinos. Hasta la fecha a Olivia le cuesta mucho distinguir su propia voluntad de la de los demás, y más aun, hacerla respetar.

Un día en que paseábamos con mi cuñado y un amigo suyo por el lujoso barrio que domina al lago, nos acordamos, Olivia y yo, de aquella vez en que un jefe de mi papá, millonario él, nos invitó a comer a su casa, en una de esas villas del cerro de los pudientes, un sábado a mediodía. Mi mamá, queriendo que estuviéramos “presentables” para la alta sociedad, nos llevó a comprar abrigos esa misma mañana. En eso de ir de una tienda a otra, comparando precios y calidades, se le fue la hora y llegamos a la comida con mucho retraso. ¡Qué vergüenza! El cocinero ya no sabía qué hacer después de tanto calentar y recalentar la comida. Y pensar que a mi mamá la mandaron a un colegio de niñas bien y la educaron con modales de aristócrata por si se casaba con alguien de sangre azul... No entiendo cómo pudo pasar esto; qué clase de *lapsus* cometió para hacer quedar tan mal a mi papá

y a toda la familia...Una insurrección extemporánea por haberse visto forzada a imitar a ese mundo que no era el suyo, quizás...

Entonces, dos mil ciento ochenta y cuatro sábados más tarde, se reprocha Olivia apenada:

—Creo que fui yo la que los retrasé porque no podía decidir cuál abrigo quería y tuvimos que regresar a una tienda que ya habíamos visitado. Pero al final mi mamá no me compró el abrigo que yo quería, sino uno que era horrible, rojo con cuello de peluche negro, de niña chiquita. ¡Y a mi mamá le parecía que iba bien con mi personalidad! Me lo tuve que poner varios inviernos, hasta que por fin ya no me quedó.

Me acuerdo muy bien de ese abrigo. Cuando alcancé la estatura como para ponérmelo, me negué rotundamente. A mí me compraron el que yo quería, café y largo, como era de moda. El rojo terminó en el bazar de beneficencia de Caritas.

—No fue por tu culpa que llegamos tarde —reconforto a Olivia—, ¡porque de todos modos mi mamá tomó la decisión por tí!

Mi hermana tiene sentimientos de culpa profundamente internalizados y que le impiden la sana rebelión ante lo que no le conviene o ante cosas con las cuales no está de acuerdo.

En fin, aquí en México las mujeres se preocupan mucho por su aspecto exterior; se pintan (¿qué necesidad?) y se ponen medias, a pesar del calor de abril (¡qué incómodo!) Pero cuando se es minoría absoluta, practicar la “sana rebelión” suele crear obstáculos insuperables. Cuando me presento con mis vestiditos hipitecos y mis chanclas de cuero en la recepción de los hoteles para preguntarles si no tienen trabajo para mí, veo en la mirada reprobatoria de los encargados que no voy a lograr nada si no me adapto al estilo local.

Asegura mi mamá que me subí al avión con tan solo dos bolsas de súper por todo equipaje. Yo digo que me caricaturiza. Pero lo cierto es que no tengo una sola prenda de vestir como para ir a una entrevista de trabajo. En Ginebra la gente no es tan fijada en la ropa; muy pocos hombres llevan corbata y las mujeres se visten cómodas, antes

que elegantes, aun para ir a trabajar en oficinas. Ni modo, tengo que empezar por un poco de *shopping*: zapatillas del *Taconazo Popis* y unas blusas de *París-Londres*.

Ya sé moverme en camión: en las *Ballenas*, que siempre van retacadas, con racimos de pasajeros colgando de las puertas y que paran en cada esquina o incluso frente a la casa que le indica el pasajero al chofer con un sonoro “¡baaaaajaaaann!”, y en los *Delfines*, más finos, en los que supuestamente todos tenemos que estar sentados, de modo que cuando el chofer divisa un tamarindo⁴, frena, voltea y les grita a los pasajeros de pie: “¡Agáááchenseeee!” Y tambaleando, todos se agachan, entre risas y bromas. Luego, cuando se tiene prisa, están los peseros, viejas Fords americanas en las que los pasajeros se indican entre sí adonde van a bajar, para tratar de colocarse por orden de salida. Pero por lo regular, hay que salir y volver a entrar varias veces en el coche porque no falta quien salte hasta el fondo para estar seguro de que no lo van a dejar en la banqueta.

Un anuncio pegado en un camión invita a los monolingües a aprender el inglés en Berlitz para conversar a gusto con la gringuita que está sentada en su mismo tren fantasma, en Disneylandia. ¡Eureka! ¡Eso es! Dar clases de idiomas, eso es lo que puedo hacer. Y al poco tiempo ya estoy tomando un curso acelerado del método Berlitz, de hablar sólo en el idioma que se enseña, para llegar a ser maestra de inglés, francés y alemán. El sueldo es de miseria: diez pesos por hora, y no se dan más de dos o tres clases al día, pero por algo hay que empezar y me siento feliz de poder anunciarle a Enzo que ya tenemos por lo menos el pago de la renta garantizado. Entre tanto, nos habíamos cambiado a un cuarto de azotea en la calle Velásquez de León, en Santa María la Ribera, a una cuadra del cabaret *Las Fabulosas*. Nuestros vecinos son la Norma con su nena Alejandra, tres chavos oaxaqueños, estudiantes del IPN y un señor al que vemos poco. Entre todos, compartimos una estufa y una mesa, bajo un techo de lámina

⁴ Policía de tránsito, llamado “tamarindo” por el color café de su uniforme.

adosado contra nuestro cuarto, de dos metros de ancho por tres de largo, con paredes de concreto hasta la altura de los huecos dejados en previsión de la colocación de ventanas. También compartimos un cuartito de baño con una ducha cuya agua se calienta con bolas de papel periódico o bolsitas de aserrín cuando alcanza el dinero.

Le debo a la pequeña Ale, de tres años, mi primer vocabulario en español. Con ella puedo conversar desinhibida sobre todos los temas que me interesan y tenemos largas charlas, sentadas en el banquito de la cocina común. Ale me enseña también el significado de las numerosas señales sonoras: el largo silbido triste de transatlántico del vendedor de camotes; aquel otro que primero sube de tono para rápidamente volver a su nota inicial del afilador de cuchillos; la campana de la basura y la del gas; la tonada del ropavejero, el carillón del paletero.

Uno de los primeros lugares que voy a visitar es el Museo de Antropología, sobre cuyas piezas ya había leído algo, en particular sobre la cerámica, con sus diversas manufacturas, según la región de origen. Lo que descubro me deja pasmada. Las esculturas, las joyas, los decorados mayas, toltecas u olmecas son de una fineza, una sutileza deslumbrante, capaces de representar en rasgos puros y estilizados todas las características de un animal, de un Dios. Se me figuran provenir de una corriente vanguardista, obras de artistas precursores de un modo de expresión visual y plástico sublime y aún desconocido por nosotros, deslucidos hombres del siglo xx.

Vuelvo varias veces al museo. Me quedo a dibujar, a hojear los libros de la tienda. Me pego a los guías para escuchar sus explicaciones y exploro zonas recónditas. Hoy subo unas escaleras que, supongo, lleva a salas que aún no he visto. Pero no, lo que encuentro es un enjambre de muchachos y muchachas discutiendo, bromeando, leyendo en un patio al que dan varios salones de clases.

—¿Qué es esto? —le pregunto a una chava sentada en el piso, ante una muestra de alhajitas artesanales de perlas de barro.

—Es la Escuela de Antropología —me explica, con un acento suizo alemán inconfundible.

—¿De dónde eres?

—De Basilea, ¿y tú?

No sólo es mi paisana, sino también mi tocaya. Me cuenta que su novio estudia allí y que ella a veces lo acompaña. Que es muy interesante y que puedo pedir permiso para entrar de oyente. Que los maestros son buena onda. Me enseña un plan de estudios. ¡Genial! Ni en sueños pensé que podía estudiar aquí mismo las civilizaciones antiguas cuyas manifestaciones artísticas y religiosas había admirado en la planta baja y relacionarlas con las actuales culturas indígenas. No lo pienso dos veces. Me meto a la clase de antropología social y recibo mi bautizo de marxismo integral.

Estudiaría en la ENAH durante dos años y medio. Le quedo profundamente agradecida por haberme introducido a los más diversos aspectos de la mexicanidad, desde la política y la economía, la historia, o más bien, las muchas historias de sus pueblos, la música y la lingüística, la arqueología y los variados sistemas organizativos, el indigenismo y la lucha de clases. En la ENAH encontraría a mi compañero y nos casaríamos, con un amigo antropólogo de testigo, el Benvenuti, que por cierto llegó a la Delegación con dos horas de retraso.

Unos veinte años más tarde, estando de vacaciones en playa Maruata, mi hija Ayari entabla conversación con una muchacha de cabellos rubios y ojos avellanos. Después de unos preliminares, empieza el desconcierto.

—¿Tu mamá nació en Suiza? La mía también.

—¿Tu papá es mexicano? El mío también.

—¿Se conocieron en la ENAH? Los míos también.

—¿Y también se separaron y ahora tu mamá vive en Suiza y tu papá en México?

Pero cuando la turbación se hizo azoramiento fue cuando las chicas descubrieron que la mamá de ambas se llamaba Franziska. Estando a punto de abrazarse como hermanas, se les ocurrió averiguar un último punto.

—¿Y cómo dices que se llama tu papá?

Ya. No eran hermanas pero estuvo cerca la bala.

Nuestro boleto de avión era válido por un año. No habíamos viajado por toda América Latina ni visitado a la familia de Enzo en Buenos Aires; pero habíamos vivido unos meses intensos en nuevos conocimientos y amistades y paseado por casi toda la república y hasta Guatemala. Enzo conseguía encargos puntuales de fotos, principalmente de eventos culturales. Yo seguí dando clases de idiomas –bajándole los alumnos a Berlitz cuando podía para darles clases privadas y así cobrar la diferencia. Estudiaba y participaba en un grupo político trotskista. Cuando Enzo me anunció que tenía que regresar a Ginebra por unas cámaras que se le habían quedado allá, no quise acompañarlo. No tenía ningún negocio pendiente en Suiza y, en cambio, mucho qué hacer en México. Y vendí mi boleto de regreso.

La noche de su partida lloré hasta vaciarme de él. Presentía que se acababa de cerrar definitivamente un capítulo de mi historia, con un hombre bisagra que me hizo transitar de un modo extraordinario entre la adolescencia y la adultez, abriéndome mundos fantásticos de aventuras y trayéndome a esta mi tierra de maíz y de cacao.

Pasan los meses y no regresa mi fotógrafo. Apenas me envía una carta muy de vez en cuando. En cambio, otras gratas presencias se vuelven muy tangibles. En el salón hay dos muchachos que me intrigan particularmente, por su aplicación en el estudio, porque nunca aceptan invitaciones a ninguna fiesta (siendo que cada viernes y sábado alguien organiza un reventón en su casa) y porque siempre llevan bajo el brazo un par de libros de portada azul y blanca de la Academia de Ciencias de la URSS: *El materialismo histórico* y *El materialismo dialéctico*. Son muy simpáticos los dos y no sabría a cuál irle. Son “gemelos” por la similitud de sus intereses y de su comportamiento, nortños los dos e igual de atractivos aunque distintos físicamente: güero, de ojos risueños el uno; prieto, de finos rasgos yaquí el otro.

Se acerca la conmemoración de los diez años de la matanza de Tlatelolco y a eso seguro que van. El 2 de octubre de 1968 no se olvida. Al lugar de la cita llega sólo Ramón, una centella revolucionaria

en sus ojos de lignito. El gemelo tuvo que ir a una reunión de su organización política en Monterrey. Somos decenas, cientos de miles a marchar gritando consignas en contra del gobierno represivo, desde el Monumento a la Revolución hasta la Plaza de las Tres Culturas. Entre los oradores haya ex presos políticos que hablan en nombre de otros compañeros, que siguen en la cárcel. Nos transmiten su fervor combativo, admiro su valentía, se me enchina el cuero al oír el relato de los trágicos sucesos y vibro, junto con doscientos cincuenta mil manifestantes más, en una aria a la rebelión, a la fraternidad y a la lucha revolucionaria. El homenaje a los asesinados se ha convertido en un poderoso canto a la vida. Poco a poco, al caer la noche, se dispersan los grupos. Se vacía la Plaza de Tlatelolco y caminamos despacio sobre una alfombra de volantes, aturdidos de emociones colectivas.

—¿Qué tal si le avanzamos al trabajo de lingüística? —propone Ramón.

—Bueno, sí —creo haber contestado, porque en este momento mi cerebro racional me dice que es absurdo hacer tareas después de lo que acabamos de vivir, y a estas horas, y de todos modos no llevamos los apuntes. Pero mi lóbulo izquierdo intuitivo susurra: “Déjate de sandeces, todo lo que sucede tiene que ser, no hay razón para ello, ES simplemente”.

Sé que él vive con una tía y supongo que no le agradecería vernos llegar a estas horas para redactar una tarea. Vamos a mi casa, pues. Cenamos pozole en el restaurante de chinos, de esos de bancas adosadas espalda contra espalda, en la Ribera de San Cosme. ¡Y pensar que hace apenas una generación esto era REALMENTE la ribera de un río! Y llegamos cansados a eso de la medianoche. A dormir se ha dicho. Apago el foco.

—Pancha, ¿duermes?

—...

—¿Qué dices si me paso a tu cama?

Estuvimos trabajando la lingüística ésta y todas las noches siguientes, durante diez años. De ella nacerían dos maravillosas mujercitas, Ayari y Tania, morenas de ojos de azabache como su papá.

La nuestra era antes que nada una relación de camaradas aliados por sus mismos valores. De hermanos cariñosos en la lucha. *El Chuculy* (“negro” en el idioma de la partera yaqui que lo trajo al mundo) no tardó en demostrarme la superioridad del marxismo-leninismo sobre el trotskismo, que no ha sabido concretizar ninguna revolución, y en convertirme a su credo.

Ahora estudio también la aplicación del materialismo histórico y dialéctico a la situación de México y desmenuzo la filosofía de Hegel y de Feuerbach en el círculo de estudios. Debatimos durante cuatro sesiones sobre la relevancia presente de “un paso adelante, dos atrás” de Lenin, luego pasamos rápidamente por “La Revolución Rusa” de Rosa Luxemburgo, que los compas no aprecian mucho porque es crítica hacia el bolchevismo. Sin embargo, a mí me simpatiza esta mujer por su valentía, su claridad política y su concepción de los que son distintos: “La libertad siempre ha sido y es la libertad para aquellos que piensan diferente” —dice Rosa.

Estábamos en plena *Sagrada Familia* de Marx cuando nos avisan los compas de Monterrey que nuestra organización estaba sufriendo un colapso fatal, pues la mayoría de sus integrantes había decidido escindirse. Duro golpe. La Revolución estaba detenida.

Aparte de ésa, yo tengo otra preocupación vilmente burocrática. A mí también me podrían detener un día de éstos, si no logro renovar mi visa. Es probable que en Berlitz se hayan dado cuenta de que varios de los alumnos que me asignaban renunciaban al curso antes de haber completado todos sus ciclos, sin razón de fuerza mayor, y que sospecharan que podrían estar recibiendo en sus casas las lecciones faltantes. Por otro lado, me había vuelto más exigente en cuanto a los horarios y ya no aceptaba un curso de 45 minutos a las siete de la mañana, otro a las 10:30 y el tercero a las cinco de la tarde. Ir hasta las oficinas de Polanco me toma tres cuartos de hora y dos camiones, no podía pasármela el día entero en idas y venidas y sólo por unos mugrosos pesitos. La única parte interesante de nuestro trato era que la empresa me había tramitado el permiso de trabajo por un año.

Ahora que está por vencer, dentro de quince días, me da la mala noticia el contador de que no me lo van a renovar. “¿Qué hacer?”, se preguntaría Lenin, con la respuesta ya desglosada en cinco capítulos. Mi estrategia no es menos clara. Pero eso no tiene mucho mérito; no tengo tantas alternativas posibles como los bolcheviques.

—¿Tienes algún inconveniente en casarte conmigo? —le pregunto a mi camarada Ramón esta misma noche. No tiene inconveniente alguno. Él se maneja solo desde los quince años, cuando decidió expatriarse de su pueblo natal de Vícam, Sonora, para estudiar la prepa en la Escuela de Agronomía de Chapingo, que brinda alojamiento y comida a los estudiantes de provincia. Pobre entre los pobres, su mamá crió sola a sus doce hijos, gracias al restaurante que tenía en la carretera por la que pasan todos los tráilers hacia y desde los Estados Unidos, Ramón pasó varias vacaciones e incluso Navidades solo en el internado, pues a él no le mandaban dinero para el pasaje. Desarrolló una admirable y precoz autonomía en lo práctico, a la par que una profunda dependencia afectiva. En Chapingo conoció al Gemelo y juntos lucharon en las barricadas de la revuelta democratizadora de la escuela, brutalmente aplacada por el ejército. Ambos fueron expulsados y registrados en una lista negra de los excluidos de las facultades. La única escuela que los aceptó fue la ENAH. Y sólo dos años después, la Facultad de Derecho de la UNAM, donde finalmente estudiaron los dos.

El día del casamiento esperamos en vano frente a la Delegación Contreras a nuestros testigos, el Benvenuti y mi amiga de infancia la Nicole, que había aprovechado la ausencia de la novia italiana del Benvenuti para colarse en su vida y en nuestra casa. Vivimos en comuna en una casa del Cerro del Judío, junto con otros seis amigos vicamenses que el Chuculy (que entró a trabajar en Telmex) está manteniendo para darles la oportunidad de estudiar en la UNAM. En el pueblo la escolaridad rebasa raramente el nivel de la secundaria; no hay prepa cerca. Está *el Teco*, que puso en práctica sus nuevos conocimientos de veterinaria para eutanasiar con un electrochoque al gato enfermo por haber comido mermelada; *el Huilo*, que me convenció

de abandonar la antropología, ciencia de burguesitos, para dedicarme a la economía, base de toda sociedad, y el creativo *Uazas*, que al retrato que tenía que entregar en la UNAM le dibujó la mitad faltante, pues estaba roto; *el Miguelito Feuerbach*, quien nos acompañó un día a escalar el Popocatepetl, calzado de elegantes zapatos de cuero fino y cargando su portafolio por si regresábamos a tiempo de volver a la oficina; *el Zorramín*, quien más tarde se dedicaría a autorregularizarse unos terrenos, amparado en un puesto de la Comisión de Regularización de la Tierra; *Moncho*, el intelectual del equipo, tan escéptico que antes de que pudiera decidir si quería o no participar en la Revolución, tenía que estudiar a todos, absolutamente todos los autores que hablaban del tema. Y estoy yo, rebautizada *el Pancho*, como un integrante más de nuestro colectivo de hombres. Conformamos tres brigadas para el aseo y el alimento y por turno nos encargamos de preparar, con un presupuesto de 100 pesos, tres comidas diarias para ocho personas en nuestro “taller experimental de cocina”. Los chafaldongos en salsa verde del *Huilo* siempre tienen mucho éxito. Mi “gata” (gratin) de papas al horno los vuelve locos; pero nada supera al tradicional colachi de Vícam Switch.

Asoleados en la explanada de la Delegación, tras varios intentos de cooptar a transeúntes como testigos improvisados de boda, el Chuculy decide recurrir a la táctica, infalible según él, de introducir discretamente un billete de cincuenta pesos en nuestro expediente, para convencer a la juez del registro civil de firmar obviando a los testigos. Furiosa, nos increpa que es muy honrada; que a ella nunca nadie la ha ni la va a sobornar; anula el matrimonio y nos corre a gritos de la Delegación. Los empleados nos miran compasivos y una señora me murmura:

—Lo siento, así es la Licenciada, muy apegada a la legalidad.

Aparentemente, su concepto del soborno se extiende a todas las esferas de la vida. Nos enteramos que la Licenciada es Señorita y que ha conservado celosamente su honra hasta sus actuales más de cincuenta años.

Hay que buscar otra Delegación para volver a empezar todo el trámite. Obtenemos una cita en la de Coyoacán para dentro de quince días. Se vence la vigencia de las radiografías de nuestro tórax, así como los análisis de sangre, requisitos indispensables para obtener el consentimiento oficial a nuestra unión. Tenemos que regresar a la clínica a sacarnos otros. Comprensivo, el médico se limita a modificar la fecha de las placas y los análisis a cambio de una mordida. Llega el gran Día. Entra y sale mucha gente de la Oficina del Registro Civil, pero no nos llaman. Varias veces voy a ver si no nos han olvidado.

—Es que está muy ocupado el Licenciado, pero no se preocupen, ya los vamos a llamar dentro de un ratito.

Nunca entendí el alcance del término ratito. Es muy elástico y a menudo el diminutivo rebasa al original “rato”. Tres horas después de la cita, seguimos desplomados en la escalera frente a la puerta del señor Licenciado. Se acaba la jornada y ya van de salida los empleados.

—¡Eso es amor! —observa uno que ya había pasado varias veces al lado nuestro.

Pero no, esto no tiene nada que ver con el amor. Nos casamos por razones de Estado, para evitar mi expatriación forzosa. El amor no requiere autorización administrativa ni análisis de la sangre, es una química soberana e inasequible. Al caer el día salimos finalmente triunfantes, el famoso documento en mano, firmado por el juez y dos de sus empleados como testigos.

En la Plaza de Santa Catarina compartimos un algodón para celebrar mi definitiva y oficialmente reconocida nacionalidad mexicana.

Eso según el Código Civil: toda persona que se casa con un(a) mexicano(a) adquiere la nacionalidad mexicana. Sin embargo, en Gobernación no tienen conocimiento de este artículo. No me explico de otra manera por qué se tardaron siete años en entregarme el pasaporte verde con el escudo del águila en el nopal.

Al principio iba cada mes a averiguar el avance del trámite.

—No, señora, aún no está listo su documento, vuelva más tarde.

Luego, cada tres meses:

—No le hemos podido tramitar su papel porque le falta un comprobante de domicilio actualizado.

Se lo traigo.

—Tiene que mandar además una carta atestiguando que sigue viviendo con su esposo, en el domicilio indicado en el comprobante, y firmada por un vecino, un negocio donde la conozcan.

Traigo la carta, firmada por Don Fortunato, el de la tiendita de la esquina, que nos vende la avena con todo y palomillas. A fuerza de engrapar y desengrapar mi expediente cada que voy, mi foto había contraído la rubeola: está toda pinchada.

—Lo siento, señora, pero esta foto ya no sirve, mire nomás en qué estado se encuentra. Tráigame otra.

Voy a la maquinita del metro y se la llevo.

—¿Acaso se tomó el retrato en una máquina? Noooo, señora, las fotos de las máquinas se desborran, necesito una foto de estudio.

Hay uno cerca de la casa, con una vitrina repleta de retratos de mujeres en cada una de las fases que marcan su devenir; el bautizo, la primera comunión, los quince años, la boda, siempre de blanco, siempre en un complicado e incómodo envoltorio de ropones, encajes y tules. Llevo el retrato profesional.

—¡Aaaaah, ya está esperando bebé! —exclama el señor Licenciado, muy observador—, ¡Qué bien, la felicito señora! Veamos. ¿Qué puedo hacer por usted? La foto, ah, sí. Bueno, lamento decirle que este retrato no sirve. ¿Qué no leyó la lista de los requisitos? Frente y orejas despejadas.

Siete años después.

—Síntese, señora. Dígale a su niña que no toque la máquina de escribir, por favor. Mire qué grande está, ¡ya camina! Y qué edad tiene su bebé? ¡Cómo es posible!, ¿todavía no le entregan su pasaporte mexicano? A ver, lléneme este formulario, aquí le doy esta lista de documentos a traer y venga a verme cuando ya lo tenga todo. Yo se lo voy a arreglar.

Casi se oye lo que debe haber agregado mentalmente: mediante una módica propina de unos miles de pesos. Un maestro argentino de

la Facultad de Economía me había contado que a él le dieron el pasaporte al llegar a México, en menos de un mes, y eso que no estaba casado con una mexicana. Claro, le había costado treinta mil pesos, pero con eso pudo ser contratado sin problemas para dar clases en la UNAM. Para colmo, el advenedizo de banqueta daba clases de economía siendo que era ingeniero, pero en la facultad bastaba estar bien apalancado para entrar a formar parte de la plantilla docente.

En esta época, la hija de la tía Amada, aquella que alojaba al Chuculy cuando lo conocí, entró a hacer su servicio social en Gobernación. En una semana me tuvo listos los papeles y me dieron cita para pasar un test de buena mexicana.

La prueba empieza con una conversación casual sobre mis hijas, mi esposo, que si seguimos casados, los estudios.

—Veo que usted habla muy bien el español. ¿Y el himno nacional? ¿Se lo sabe?

—Vaya que lo conozco, en cada ceremonia escolar lo canto dos veces; una por cada hija.

—¿Está usted de acuerdo en renunciar a toda subordinación u obediencia a cualquier otro gobierno que no sea el mexicano? Si lo está, firme aquí abajo este documento renunciando a su nacionalidad anterior.

Firmo. Y para mis adentros, deseo que Suiza nunca le declare la guerra a México ni al revés, porque entonces tendría un horrible dilema. Falta la prueba final, de mi integración a la idiosincrasia mexicana.

—¿Por qué quiere un pasaporte mexicano?

—Para poder trabajar legalmente.

—¿Y por qué quiere trabajar? ¿Qué, es un huevón su esposo? ¿No la mantiene?

Tengo que morderme la lengua para no contestarle nada. Habría sido inevitablemente en un lenguaje inapropiado y contraproducente.

PÁGINA 25,
LA CASA DEL CAMINITO DE CONTRERAS

Un vecino del Cerro del Judío nos vende un terreno en una ladera de Contreras. Está fuertemente inclinado, no tiene acceso por la calle sino por una vereda, no tiene agua ni electricidad, pero eso se puede conseguir, nos asegura, y no está registrado, pues está en litigio entre el pueblo de San Nicolás y la Magdalena Contreras.

Pero nos suena a pura gloria. Un terreno propio, para construir una casa a la medida de nuestros deseos, en medio de un bosque con un río cantarín en el fondo de la cañada. ¿Qué más se podía pedir?

La construcción de nuestro nido empieza con el anuncio de que la cigüeña ya se había apuntado para hacer una parada en él. Hace unos meses había reemplazado a las pastillas anticonceptivas por un dispositivo intrauterino, para limpiarme el organismo y prepararlo para tal vez, quizás, dentro de un tiempo... Pero la personita que llevo en mi panza es impaciente, se encaminó y no es una T de cobre que la iba a detener. Así es ella, adonde apunta da en el blanco, sea este blanco un óvulo, un empleo, una casa o un chavo. Me asombra cada vez.

Chuculy se convierte en albañil, herrero, carpintero, pintor, electricista, plomero... Admiro su determinación, su capacidad de desarrollar nuevas competencias a medida que hacen falta.

Para empezar, hay que crear un espacio plano en la pendiente; es-carba la tierra inclinada hasta obtener un escalón de unos diez metros de largo por cuatro de ancho. Estas serían las dimensiones de nuestra casa inicial: una cocina de madera y un cuarto de ladrillo.

Unas semanas antes de la fecha prevista para el parto, nos vamos en el bochito que nos prestó la tía Amada a poblear por la Sierra

de Hidalgo, descubriendo en cada aldea otras tradiciones en torno a la Pascua; representaciones del juicio de Cristo, procesiones, danzas enmascaradas de moros y cristianos, y me quedo fascinada, preguntándome cuál será el origen y el significado profundo de estos ritos poco católicos. De noche nos paramos en las afueras de un pueblo y montamos la tienda de campaña. Previsora, traje ropita de recién nacido, así como unas tijeras e hilo, para cortarle el cordón umbilical al bebé y amarrarlo. Pasamos por muchos caminos de terracería que nos sacuden y botan de un lado al otro de los asientos. ¡Pobrecito mi bebé, de cabeza en esta zarandeada! Son tantos los saltos que a veces prefiero bajarme y caminar detrás del carro.

Al final todo salió bien. Regresamos los tres con buena salud, mi panza sigue redonda. Paso a la clínica del IMSS al cabo de otra semana más, pues se me hinchan mucho los pies y las manos y ya se pasó la fecha del probable nacimiento. Es domingo y hay poco personal. El médico que me ausculta declara que el bebé viene al revés, en posición sentada, y que me tienen que internar para poder operarme mañana.

—¡No es posible! —protesto—. He venido regularmente a consulta y siempre me han dicho que todo estaba bien.

Para convencerme, me mandan hacer una radiografía y sí, la cabecita nos está mirando de frente. Y al día siguiente, lunes, le doy la bienvenida a la hermosa carita de luna llena que me extrajeron con una cesárea. Pero no puedo abrazarla sino hasta que me dan de alta, ocho días después. La política del IMSS con los bebés nacidos por cesárea es mantenerlos aislados en un cunero y alimentarlos con biberón. Sólo podemos verlos a través de un cristal. El miércoles se arma una insurrección de mamás. La demanda es unánime: que nos entreguen a nuestros bebés. Nos reúnen en el auditorio y nos regañan. Ellos son los profesionales y saben mejor lo que les conviene a los niños y a las parturientas. Dejar a los bebés por un tiempo en el cunero les va a ayudar a ser más independientes más tarde, y a nosotras, mamás, que tenemos tendencias a ser sobre-protectoras, a distanciarnos un poco;!

Unos minutos antes de salir de la maternidad, tenemos el primer contacto con nuestro bebé. Hay que cambiarlo y vestirlo. A no pocas jovencitas les da un ataque de pánico y estallan en llanto. A mí me prestan un pedazo de cinta adhesiva para sujetar el pañal de franela pues me prohíben usar el alfiler que encontré en la pañalera traída por mi suegra.

Estamos alojados en el cuarto de servicio de la tía Amada, en el patio trasero de la casa. Pero las relaciones son algo tensas. Amada, madre soltera de una niña de quince años, no pierde una oportunidad para hacerme la vida de cuadritos. Critica mi forma de cocinar y de atender a la niña, de lavar los pañales. Me exige tareas de limpieza general de la casa como si fuera su criada y defiende cual leona a su hija, aun cuando es obvio que había sido ella quien volvió a ensuciar con sus botas lodosas el piso que acababa de trapear. Urge que nos vayamos de ahí, y el Chuculy se apura con la construcción de la casa, después de su trabajo de telefonista. Se queda a dormir en la tienda de campaña montada en medio de la futura cocina.

Y una tarde, me llama.

—Ya pueden venir a vivir a la casa. Terminé las paredes y puse techo de lámina. ¡Hasta tiene alfombra!

Y vamos. Me llevo a la beba, la pañalera, la hervidera de mamilas. Camino hacia Miramontes, luego tomamos un camión hasta Taxqueña y otro a Contreras. Subo caminando el sendero y llegamos a nuestro nuevo hogar. ¡Es admirable lo que ha logrado en tan poco tiempo y prácticamente solo! Levantó la cocina de madera y un cuarto de ladrillos con su techo de láminas. Un barril permite almacenar una reserva de agua traída de la llave pública con cubetas y tenemos electricidad, gracias a un alambre colgado del poste de la luz que está cien metros abajo, a la orilla del río Magdalena. Pero aún faltan las ventanas. Los plásticos clavados en las aperturas nos protegen mal del frío nocturno y dormimos en la tienda de campaña, arropados con chamarras y pantalones, junto a un calentador eléctrico.

Me encanta el paisaje alpino de nuestro pueblo. Serranías juguetonas de mil tonalidades de diferentes verdes, abetos, ocotes y robles. En

otoño recojo bellotas para las decoraciones navideñas y tejocotes para el ponche. Chapoteamos en el río Magdalena y a veces nos aventuramos en una larga y hermosa excursión hasta La Marquesa, en el Ajusco, no sin antes saborear un pulque curado en el primer Dinamo.

Una noche nos despierta de golpe un ruido espantoso proveniente de la cocina: cacerolazos, vajilla rompiéndose y algo vivo como jadeos. Se levanta el Chuculy, agarra su machete colgado de la pared y sale, valiente, en busca del intruso. Oigo una algarabía de jaleos, pasos, voces. Al rato, regresa, cuelga la herramienta y vuelve a acostarse.

—¿Y? ¿Qué sucedió?

—Nada. Se cayó el caballo de Don Nico en la cocina. Lo dejamos amarrado en el roble afuerita porque no quiso bajar la escalera de noche.

Un caballo. Claro. ¿Cómo no lo pensé antes?

Resulta que como nuestra casa está adosada contra el terreno de Don Nicolás, donde pastorea su rocín, nuestro techo queda a la altura de su piso. No hay barreras entre los dos terrenos. El animal se acercó a la orilla, resbaló y cayó en el espacio de medio metro que hay entre la pared de tierra y la tabla de triplay de la cocina, empujándola hacia adentro.

Mi pajarilla duerme muy poco. Quiere verlo todo, probarlo, sacudirlo. Gorgoritea hasta que la lleve a jugar con las vecinitas o que le cuente un cuento. Le gustan los de animales y sabe como hacen la vaca y el borrego (vienen a pastorear frente a la casa), los perros y las moscas. También conoce los colibríes, que nos visitan para chupar la miel de los tulipanes. Me cuesta trabajo concentrarme para estudiar y no puedo redactar una tarea sino durante el sosiego de la noche, amaneciendo a menudo junto con el punto final. Voy en el cuarto semestre de Economía y estoy bien decidida a no retrasarme.

Cuando no está mi vecina doña Cande, llevo mi beba a clases. Da su opinión sobre todo lo que dice el maestro, con unos agúuuuus sonoros. Cuando tengo un examen, la dejo en la biblioteca de la facultad. Allí, entre los estantes de libros de Keynes, Milton Friedmann y Marx aprendió a caminar mi hija, bajo la vigilancia de la delegada

del personal, Rosario Robles, mi futura jefa en el Gobierno del Distrito Federal.

Después de la ruptura con nuestra antigua organización política, nos habíamos reincorporado a otra, también de tendencia marxista leninista. Mi papel es redactar artículos sobre diversos temas de economía, explicando de un modo lo más sencillo posible las causas de la crisis agraria mexicana, de la devaluación, el desempleo o la baja del poder adquisitivo.

Nos reunimos los sábados a discutir sobre los borradores. Cada integrante del círculo de redacción presenta su texto. A veces, doy clases o conferencias sobre estos mismos temas en sindicatos, organizaciones campesinas o populares, en el DF o en provincia.

Este fin de semana voy con mi amiga Inés y sus cuatro hijos a Tepoztlán, tierra de antiguos dioses; del maíz, de la lluvia, de la muerte, de la relación tierra-cielo. Tres días fuera de lo real, en un mundo de leyendas y fantasías mezcladas con ¿casualidades?, ¿coincidencias?, que nos hacen dudar de nuestras convicciones racionales occidentales.

La noche de nuestra llegada vamos a escuchar a la orquesta sinfónica juvenil de Tepoz. Tocan alegres composiciones de autores mexicanos que Ayari baila sentada en mis piernas.

—Mira Ayari este niño toca el tambor, como tú.

Escucha atentamente y extiende los brazos hacia los músicos, exclamando:

—¡Falto yo!

El viernes temprano salimos a Amatlán, poblado de estatuas naturales, cada una con su leyenda, y rodeada por extraños peñascos en forma de animal o de portón abierto a un oscuro más allá. Siguiendo a nuestro guía Cristo (Cristóbal) y a dos amigos suyos, caminamos durante dos horas en un campo de mariposas y de flores, al pie de la montaña sagrada habitada por dioses, duendes y almas en busca de su propia perfección. Hacemos una parada en las ruinas del templo dedicado a Cintéotl, diosa del maíz, donde cada cinco de mayo los habitantes del pueblo vienen a bailar y a depositar ofrendas. Bajamos

por una vereda zigzagueando entre altos peñones, hacia donde se dirigen los amigos de Cristo para buscar la cueva donde quieren dejar alimentos sagrados para la serpiente emplumada. Llegamos a la morada de Quetzalcóatl; un pequeño estero alimentado por una cascada y envuelto por las raíces de árboles descomunales, formando una colosal serpiente alada. Durante la agotante caminata (cargué a Ayari en casi todo el recorrido) Cristo nos había prometido que comeríamos quesadillas. Pero al llegar muertos de hambre, a eso de las doce del día, sin haber desayunado (nos habían asegurado que estaríamos de regreso para el almuerzo), empezamos a protestar Inés y yo. Las mochilas se ven muy flacas ahora que sacaron de ellas la ofrenda y dudamos que quede algo para saciar a nuestra hambre humana.

—Nos hubieras avisado que era tan lejos; los niños necesitan comer algo.

Por si fuera poco, Inés detesta caminar y se queja de un dolor de cabeza salvaje. Cristóbal, alias el Cristo de la Montaña porque vivió varios años en la selva tropical de los altos de Chiapas, nos tranquiliza:

—Respiren profundamente, reciban la energía de Quetzalcóatl. Purifíquense en sus aguas y se olvidarán de todos sus problemas.

Bueno, de todos modos no hay nada que hacer. Perdidos en este templo natural, a tres horas de caminata de toda civilización, más vale guardar nuestras energías para volver a subir el valle. El baño nos refresca. Disfrutamos de la serenidad del lugar e Inés de un masaje relajante de Cristo. Encendemos una fogata, nos sentamos alrededor y calentamos unas tortillas sobre una piedra. Somos cinco adultos y seis niños; dos muy pequeños. Cristo saca un frasco de su mochila y unta las tortillas de yogur natural:

—¿Ves? Hay todo lo que quieres, hasta tortilla con fondue.

Devoramos el “fondue” con ímpetu; no hay nada más. Inés termina por reírse de la situación, todo es tan surreal y absurdo. Además su dolor de cabeza había desaparecido misteriosamente después del chapuzón.

—¿No tendrás un chilito? —pregunta.

—Por supuesto. Y Cristo saca un ajo de su mochila.

—¡Pero si es un ajo, no un chile!

—Muérdelo y verás cómo te pica la boca como tú quieres. Te digo que hay de todo.

De repente, salidos de la nada, se acercan dos chavos extraviados y se sientan con nosotros junto a la fogata. Traen guitarras y una tienda para acampar esa noche. Son neomexicanistas, de los que anhelan un retorno a las fuentes y practican rituales antiguos. Sacan queso, manzanas y pasas y finalmente tenemos una rica comida con todo lo prometido y más.

Virgilio, que había escalado el cerro para dejar la ofrenda, está de vuelta. Nos cuenta tranquilamente que no pudo llegar a la cueva porque pisó una serpiente de cascabel y que a unos pasos lo observaba otra, pero que no trataron de morderlo, sino que solamente le impidieron el paso. Entonces se fue. La noticia no sorprende a Cristo.

—Depositar una ofrenda no es cualquier cosa, es fuerte, y no cualquiera puede hacerlo —explica—. Las dos serpientes están allí para vigilar las grutas y no quisieron dejarte entrar; aún no estás lo suficientemente preparado para ello. Pero Quetzalcóatl te salvó.

¿De cuál fumaron? ¿Hablan así para impresionarnos? ¿Es un mensaje codificado? ¿Será cierto?

De regreso a Tepoz, pasamos la noche oyendo las increíbles aventuras de Cristo en sitios mayas perdidos en la selva, de cómo se casó a los diecisiete años con una judía multimillonaria de Nueva York, que lo encerraba en su departamento mientras ella iba a trabajar, de cómo se enamoró de las robustas piernas de su actual esposa neozelandesa, de un metro noventa de estatura, que llegó a México por haberle tocado la tapa ganadora en un concurso de la cerveza Corona, y de cómo conoció al chaman Don Juan.

El domingo, Día de Muertos, vamos a bañarnos en las burbujas de un jacuzzi natural, tina de rocas formada por una caída de agua, y en la noche salimos a la fiesta. La iglesia está adornada con cempasúchitl y con veladoras, la gente enciende fogatas ante sus casas para

calentar a los paseantes, a quienes les ofrecen ponche de guayaba con aguardiente. Los niños juegan a aventarse petardos en las piernas y van en grupitos a tocar a las puertas para pedir una “limosnita para mi calaverita”, alumbrándose con una linterna de calabaza. En el zócalo pusieron una mesa enorme con las ofrendas: cráneos de azúcar o chocolate, flores, pollo con mole, tamales, fruta, cacahuates, velas, cervezas... En medio de todo, la foto del homenajeado: Zapata.

Antes de regresar al DF con los terrícolas, quiero tomarles una foto a los hijos de Inés, con Cristóbal y Ehécatl, su nene.

—No puedes tomarme una foto —afirma Cristo—. Mi aura no se deja plasmar en una película. Nunca nadie ha podido capturar mi imagen.

—¡Cómo crees! ¡Que nadie se mueva, sale el pajarito! Clic.

Cuando fui a recoger el rollo revelado, la única foto con una mancha blanca era ésa, y la única parte que no se veía, era el rostro de Cristo...

Mi beba y yo seguimos fuertemente co-dependientes la una de la otra en materia de amamantar. Cuando voy a clases sin ella, tengo que llevarme el tira-leche para aliviar mis pechos hinchados y llegando a casa, corre hacia mí, o más bien hacia su par de cantimploras. Al cumplir Ayari un año y dos meses, me parece que ya es hora de poner en práctica las enseñanzas de las enfermeras del IMSS: independizarnos. Justamente vino de visita su tía Viviana, de Guadalajara, que la adora y me implora que la deje llevársela un tiempo, mientras se me seca la leche. Viviana es la mayor de las hermanas de Chuculy. A los cinco años, la pareja de telegrafistas de Vícam se la llevaron con ellos a Puerto Vallarta, cuando los permutaron allí, pues querían mucho a la niña. No habían tenido hijos, mientras que la familia de Viviana ya se había agrandado con otros tres hermanitos. Que los empleados del telégrafo se llevaran a su hija representó un alivio, una carga menos para doña Blasa. Pero toda su vida Viviana le guardó rencor, incapaz de entender cómo una madre podía así nomás regalar a su hija mayor. Cuando los acompaño a la terminal de los autobuses y me despido de

Ayari, entiendo su incompreensión y tengo prisa por que mi cuerpo deje de secretar el dulce líquido que nos une tanto que nos ha separado.

Leí que las mujeres Bushmen (¿serán Bushwomen?) amamantan hasta que quieren volver a embarazarse. Lo comprobé: funciona.

Mi niña luna Tania llega a bendecir nuestra vida una semana después de que Ayari cumplió los dos años. No sabe llorar ni quejarse. Cuando tiene hambre, emite un discreto he, he, he, como diciendo: “Si no fuera mucha molestia, mamita, ¿me podrías dar mi lechita por favor?” Su gran apacibilidad y timidez no le permiten expresar sus inconformidades. Se las traga hasta la indigestión.

Durante toda la adolescencia padeció fuertes dolores abdominales que ningún médico, curandero o espiritista logró aliviar. Un día fue por unos chochitos que le había recetado el homeópata. Al cabo de un buen rato, como no la veía regresar al coche, fui por ella a la farmacia.

—¿No ha visto a mi hija?, viste de azul y vino a comprar una medicina homeopática —le pregunto al encargado, rodeado por media docena de clientes.

—¿Y quería pastillas de opio? —confirma como si nada el hombre de bata blanca. Todas las cabezas voltean hacia la madre alcahuete de paraísos artificiales—. Sí estuvo aquí, pero como se me acabaron la mandé a la otra farmacia.

Yo ni idea tenía de que la sagrada sustancia se consiguiera así nomás, como en cualquier souk popular de Jalalabad. Le agradezco la información al vocero medical y salgo, bajo las miradas reprobadoras de los demás ignorantes.

Pero ni los chochos de opio ni ningún remedio podía proporcionarle a mi hija lo que precisaba. Fue la vida misma la que se encargó de administrarle las necesarias dosis homeopáticas de confianza en sí, con saludables efectos secundarios.

Por unos anuncios pegados en postes cerca del metro Universidad, me entero de un proyecto de educación a través del arte. Se buscan padres que quieran entrarle al proyecto; niños que socializar hasta los cinco años, un local, material, estudiantes benévolos. Es algo que me

interesa doblemente. Que mis hijas puedan afinar sus capacidades creativas en la actuación, la música y la pintura me parece estupendo y me gusta la idea de volver al proyecto inicial, abortado por la mal lograda prueba de las manchas, de fomentar el desarrollo de capacidades no escolares en los niños. Bajo la dirección de Pepe Toño, cantante para niños, y con el apoyo de una educadora, dos estudiantes en pedagogía, una cocinera y unos treinta niños, principalmente hijos de profesores de la UNAM, fundamos el Centro Educativo Miguel Hernández en una magnífica casa con jardín, que alquilamos cerca de las Fuentes Brotantes. Invento material pedagógico, organizo los talleres de creaciones manuales y los juegos de los más grandes y a cambio, puedo dejar en la guardería a mis dos nenas, de dos años Ayari, y de cuatro meses Tania, mientras voy a clases en la facultad.

Bailo mi vida a un ritmo loco de carnaval. Pude arreglarme con la cocinera para vernos a medio camino entre la guardería y la UNAM, desde donde ella se lleva a mis cachorras y yo agarro a triple galope el sentido contrario para asistir a lo que queda del primer curso, de siete a nueve de la mañana.

Ya voy en el octavo semestre, estamos llegando poco a poco al final y todos estamos preparando nuestro tema de tesis. Investigo el asunto de los “subsidijs y transferencias del sector público al privado en México”. Cómo el Estado incrementa las ganancias de la burguesía monopólica asociada con el capital financiero internacional, a través de tarifas preferenciales de insumos como la energía eléctrica, las telecomunicaciones y el petróleo, manteniendo extremadamente bajos los salarios gracias a los bienes de consumo subsidiados de la Conasupo y otorgando subsidijs crediticios y cambiarios. Concluyo que estos subsidijs desembocaron en un déficit fiscal y un endeudamiento público tal, que no solamente frenaron abruptamente el crecimiento económico desde 1982, sino que incluso ponen en entredicho la posibilidad de recuperación en los próximos años. Pero unos años después, Salinas le daría un nuevo respiro a esa gran burguesía patrocinada al entregarle directamente más de mil quinientas empresas públicas ren-

tables, permitiéndole obtener ganancias extraordinarias gracias a precios de monopolio y ahorrándole al Estado la tarea de remitirles a los capitalistas sus propios ingresos a través de complejos subterfugios.

Como a las once regreso a la universidad de los pequeñines, que me están esperando en lo alto de la escalera.

—¿Nos compraste chochos? Les entrego una bolsita de lagrimitas que Ximena, la líder, reparte entre su tropa.

Hoy preparo una “función de cine” con una “película” realizada por los niños, según su propio guión: pego en una larga tira de papel los dibujos tamaño postal que habíamos hecho la víspera, enrolló las extremidades en dos tubos ensartados en una caja de zapatos, le abro en la tapa un orificio del tamaño de la postal y, al darles vuelta a los tubos, desfilan las imágenes por el orificio; sólo falta comentar las escenas de nuestro mini cine mudo.

Soy la última en irme. Espero a que todos hayan sido recogidos por sus papás, lo que no siempre sucede, pues en ocasiones se hacen bola entre ellos, cada uno pensando que le toca al otro, y entonces voy de repartidora de niños, que las empleadas domésticas reciben afuera de sus casas. A eso de las cinco emprendemos el viaje de regreso a Contreras, que dura como una hora, entre peseros y camiones.

Un tiempo, el Chuculy venía por nosotras, pero entonces no podía hacer nada después del trabajo. Y a partir de esta semana, va a colaborar con el Frente Nacional de Abogados Democráticos, que apoya a sindicatos y a trabajadores en la defensa de sus derechos. No le pagan, pero es precisamente lo que buscaba: poder ejercer el derecho laboral.

Cenamos algo las tres mujercitas y juego con ellas en el cuarto de arriba (en la cocina hace demasiado frío) hasta que caemos redonditas, agotadas por el ajeteo del día.

Esta noche, gracias a un buen baño (en una tina de aluminio como la que usaba mi abuelita para remojar su ropa), Ayari se duerme pronto, pero la beba, al contrario, se revitalizó y trina, parada, apoyada en la cama. Todavía tengo que lavar sus pañales, preparar las mochilas

para mañana y terminar mi trabajo sobre la caída del poder adquisitivo durante el sexenio de López Portillo.

Esta Navidad, mis padres me ofrecen un súper regalo que va a facilitarme enormemente la vida: un carro. Me advirtieron que me iban a enviar el dinero en sobres sucesivos, para no arriesgar todo junto. Ahora que ya pasó, puedo decirlo. Abrir la puerita del buzón en el correo se había vuelto una tortura psicológica. ¿Estará o no la carta de mi papá con el billete de cincuenta dólares, parte de una serie de seis envíos iguales? Llegaron en desorden, la dos y la cuatro primero, unas dosis de adrenalina y cinco semanas después, aparecieron los demás sobres. Sólo faltó el tercero. Para el Chuculy esto representa una semana de salario. Quizá más para el que se la quedó. Que le haga buen provecho. Es mi cuota de membresía a esta sociedad de desigualdades.

Nuestro regalo navideño se convertirá en una vieja Brasilia del año 74, verde pasto, que me va a permitir llevar y traer a las bebas a la guardería sin temor de que se duerman en el camión, lo que sucede casi inevitablemente.

Y entonces tengo que cargar a mis dos bultitas, una en cada cadera, de subida por el Camino Viejo a San Nicolás. Esta noche, el camión se había quedado varado durante más de una hora en un desnivel inundado del periférico. Ríos y cascadas se precipitan al suelo desde los techos, las avenidas, las coladeras; todo lo que va de bajada. Sigue el diluvio cuando por fin arribamos a la plazuela de la Magdalena Atlitic. Emprendo la penosa escalada, tratando de proteger a mis nenas bajo el paraguas que un alma caritativa me había regalado al bajar del camión. Mis zapatos se hunden en el lodo pegajoso. Me aferro de la rama de un árbol para jalarme. Se despega el pie, pero el tenis queda enterrado. A la altura de la casa de doña Concha, el camino ha desaparecido por completo bajo un magma de tierra. Extirpo del lodo, como en una pesadilla, una pierna después de la otra, hundiéndome en cada paso hasta las rodillas.

Finalmente, las tres llegamos sanas y salvas a casa. Pero al amanecer emerge de la neblina un paisaje de Apocalipsis. El fango que re-

cubre la vereda proviene de la casa de don Hilario, la cual se despeñó cuando se desfondaron los costales de tierra apilados como base. Dos de sus seis hijos no pudieron salir a tiempo; fueron arrastrados por el cerro desgajado y aventados cuarenta metros abajo, sobre la casa del *Camello*, que quedó enterrado vivo, junto con su esposa.

Pobre *Camello*. Le decían así porque siempre erigía una serie de jorobas en el camino, para que el agua de la lluvia no le cayera directamente sobre la casa. De nada le sirvieron sus obras de camélidos para detener a semejante cataclismo.

Los hombres se organizan para despejar el camino. La vida retoma sus derechos. Resucitando la antigua tradición de la *faena*, el domingo se reúnen los hombres de las cinco familias que habitamos esta rama de la vereda, para cavar la zanja del futuro drenaje. Los niños juegan a las escondidillas entre los tubos depositados en el fondo de la fosa.

En la tarde regreso de una reunión del Comité de Redacción y preparo colachi, el platillo preferido de Chuculy: calabacitas, elote desgranado, cebolla y jitomate. Un poco de queso blanco al final y listo. Llamo a la tribu.

—¿Y Tania?

Nadie la había visto desde hace un buen. Inquietos, salimos a buscarla. Me acompaña la perra.

—¡Ándale Aliosha, llévame con Tania!

Recorrimos la ladera, preguntamos en casa de los vecinos, en la tiendita de hasta abajo. Nada. Al regreso la Aliosha salta en la zanja y se queda parada frente a la boca redonda de un tubo. Nuestra Cañita, hecha ovillo, estaba dormida adentro. Cuenta que estaba tan bien escondida, que por más que los niños saltaron encima de los tubos, nunca la encontraron, y como no podía trepar las paredes de tierra, se quedó allí, hasta quedar dormida.

Así es ella. Menudita y discreta como un ratoncito. Sus formas de comunicar son otras, habla un lenguaje de hada y vive otras medidas de tiempo, cosas difíciles de decodificar cuando se corre desenfundadamente de un lado para el otro, como lo hacemos la mayoría de los

humanos. Solemos pasar por alto el aleteo de una Taniadita sin detenernos a compartir y disfrutar su quedito baile de arco iris.

Una noche, había salido a una fiesta. Tenía como diecisiete años y se le habían olvidado las llaves de la casa. Pasó la noche afuera, en el tapete de la entrada. Nunca supe si había tocado el timbre y no desperté o si, por no molestarme, no se atrevió a tocar. El caso es que aún hoy me da punzadas el recuerdo de mi hija tiritando, agotada, en el suelo, una madrugada helada de otoño.

Ayari sabe imponer su voluntad desde muy temprana edad. Después de muchas súplicas, trámites, exámenes médicos y psicosociales, habíamos logrado meterla a una guardería del DIF, a cincuenta metros de la guardería privada carísima donde estaba Tania, porque no había lugar para ella en la pública. El Centro Educativo Miguel Hernández había quebrado al año de su fundación porque nos subían la renta, que terminó por rebasar la capacidad de pago de las familias.

A la semana, Ayari declara que no volvería a la guardería porque sus compañeros le decían que hacía puras cochinas (le gusta jugar con lodo, materia prima que tiene de sobra alrededor de la casa) y la maestra amenazó con inyectarla si no se comía todo lo que le servirían. Cada mañana batallo más para convencerla de ir a la escolita. Creo que lo que menos soporta es la disciplina y el sistema estricto, así como la enorme importancia que le dan a la limpieza, por encima de cualquier otra cosa. Me llama un día la maestra pues le urge verme. Y en una Corte compuesta por las secretarías, una maestra, la enfermera y la trabajadora social, enjuician la calidad del lavado de los calcetines de mi hija. Parece ser un asunto de extraordinaria relevancia en su educación.

—Señora, ¿se da usted cuenta de que le pone calcetines grisáceos, sucios a su hija? —me preguntó la trabajadora social.

—Mire usted, se los cambio a diario, están limpios, lo que pasa es que ya están algo percutidos, pues la ropita me la da una cuñada, cuando ya no le queda a su hija.

—Sabiéndola lavar, aun la ropa usada queda blanca. ¡Usted no lava bien su ropa! Y si no sabe, le voy a enseñar yo, y ya verá cómo sí se puede volver a blanquear.

No quiero empezar a discutir acerca del papel que tienen el color y la antigüedad de los calcetines en el proceso educativo nacional pues aquí me guardan a mi hija por una suma razonable, que nos permite conservar una dieta normal: básicos de la Conasupo, pero con un poco de todo, hasta el final de la quincena. Así que abordo la cuestión desde el aspecto técnico, del que aparentemente la maestra es experta.

—Déjeme explicarle. Vivimos en una casa sin acabar, a la que se llega caminando de subida por una vereda de tierra, en una ladera donde los habitantes compartimos una sola llave de agua pública, que se encuentra a ciento cincuenta metros de mi casa. Como entenderá, no puedo lavar cuando quiera, sino cuando tengo la oportunidad de colgar mi manguera de la llave, y eso por poco tiempo, pues las otras familias también necesitan agua. De modo que no me da tiempo de calentar el agua; lavo con agua fría, en el lavadero. Pero seguro que hay una mejor manera que la mía de tallar la ropa y con mucho gusto espero su visita el día que guste, para que me enseñe.

Nunca supe cuál era el método de la trabajadora social para dejar como nueva la ropa percutida. A los pocos días, mi hija de tres años se dio a la fuga para escapar de la maestra regañona. Mientras vestía a Tania, agarró su mochilita y se fue a pedirle asilo político a mi comadre Doña Cande. No tuve corazón como para llevarla a la guardería ese día. Y desde entonces es imposible, no quiere y no va y punto.

Doña Cande es todo un personaje. Vive en la casona de piedra de dos pisos, abajo de la nuestra. Hace mucho que su marido la abandonó y que es la sola capitana de su numerosa tropa, pero su corazón de madre es tan grande que aparte de dos hijos varones y seis hijas, ama como propias a tres nenas más: dos niñas que cuidaba y cuya mamá un mal día no volvió más por ellas, y una niña que su ex marido tuvo con su nueva mujer. Y a toda la banda la mantiene la hija mayor, Lupita, costurera de oficio.

Nos hicimos comadres en la graduación de sexto de Laura. Para la ceremonia religiosa, los niños tienen que llevar el uniforme escolar, pero en casa de los Candes no había un uniforme completo en buen estado. Las niñas que tienen más o menos la misma estatura se turnan sus diferentes prendas, a la una le falta la falda, a la otra el suéter y la tercera no puede hacer deportes porque no tiene tenis. De modo que cuando acepté el papel de madrina de sexto, Doña Cande me pidió el uniforme. En resumen, había que comprar un uniforme de primaria nuevo, para una ceremonia que duraba una hora, a una niña que iba a entrar a la secundaria y que nunca más iba a utilizarlo. Me negué. Tengo una gran tolerancia hacia todos los rituales posibles inventados por los hombres para homenajear a sus dioses o marcar el paso hacia una nueva etapa de la vida, pero esto rebasa mi entendimiento. Primero por la mezcolanza de algo totalmente laico (la escuela primaria, derecho del niño y obligación del Estado) con un evento religioso y luego porque si los recursos son escasos, hay que gastarlos del modo más racional posible, creo yo. Acordamos que Lupita iba a coser la falda y la blusa blanca y que el suéter azul lo tomaba prestado; solo faltaban los calcetines. Así es como me hice madrina de calcetines de mi ahijada Laurita.

Cuando se casó su hermana —la Licho—, a los diecisiete años, fue un alivio para Lupita; una boca menos que alimentar. Su salario de costurera encoge a diario. Sólo que los novios no tienen adonde ir. Y Lupita no soporta muy bien a Rodrigo, el esposo, por huevón. Así que arreglamos el cuartito de abajo, nuestra primera morada, y se mudan allí, instalando poco a poco su ajuar. Rodrigo me lo muestra: una bici de la cual solo queda el estribo y el cuadro todo oxidado; un costal lleno de pan duro y tortillas secas (“solo faltan las gallinas”, explica); otro lleno de envases de cristal; una caja para guardar los casetes (no tienen grabadora pero quieren anticipar); un cuadro con peces que se mueven, según el ángulo desde el cual se ven; una estufa que debió haber perdido la puerta de su horno, así como todas sus placas desde hace ya rato; y una gran cantidad de cajas de cartón cuyo contenido

desconozco. Tienen incluso una cama, pero como les falta el colchón, está depositada con el resto en nuestra sala. Pues bien, la Licho me echa la mano cuidando a Ayari, hasta que pueda entrar al kínder.

Estoy medio trabajando en el Colegio Nacional de Economistas, donde hice mi servicio social. Sólo “medio” porque ya terminé, pero quiero recuperar los cuatro meses de salario que nos prometieron pero que siguen debiendo, para elaborar un análisis de *la situación laboral de los economistas*, sobre la base de encuestas y estadísticas que habíamos hecho. Comprobamos —sin ninguna sorpresa— que la gran mayoría de nuestros colegas están subempleados y subpagados en relación con las calificaciones que adquirieron en la Facultad de Economías y en su experiencia laboral. ¡Pero es el colmo que el Colegio de Economistas incurra en el mismo atropello que revela en su propia encuesta!

En realidad, estoy trabajando como asistente de una investigadora en el Colmex. Preparo notas sobre la urbanización del Ajusco y las organizaciones de colonos en torno a sus demandas de servicios.

Me animo a empezar la maestría ahí mismo. Paso las pruebas para entrar al Colmex; tres horas de tests agotadores. El Estado detecta a los economistas de la nueva generación entre los que mejor saben ensamblar a series de dominós, adivinar las partes faltantes de dibujos geométricos y tachar la palabra sobrante de entre una familia de términos.

Durante el propedéutico aprendemos a calcular la superficie de una sábana astral y a integrar en una esfera cuadrillos reducidos al infinito, hasta no dejar intersticios entre ellos y la esfera; literalmente, nos tienen buscándole la cuadratura del círculo. Varios alumnos se insurreccionan ante lo absurdo de la tarea, pues el objetivo final de la carrera es capacitar para aliviar los problemas económicos del país, no convertirnos en astro-físicos ni en matemáticos. Nos dan a entender que si no nos gusta, la puerta está abierta. Mi resistencia es pasiva. Entiendo que es una prueba de subordinación a órdenes incomprensibles y simplemente espero a que el maestro nos dé el resultado, en lugar de desvelarme como los compañeros en busca de una solución improbable. Pero no puedo evitar observar el hecho

de que todas las teorías que estudiamos están basadas en situaciones totalmente ajenas a la mexicana; fueron elaboradas por los *Chicago boys* en un entorno económico y financiero de primer mundo. Al terminar los cursos del propedéutico, me llama Carlos Rocés, uno de mis maestros y el director de la sección económica del Colmex, a las once de la noche, y me informa que estoy excluida de la maestría “porque mis ideas no corresponden a la orientación del Colmex” y me recomienda hacer la maestría en la UNAM. Vaya. Carlos es el hijo de Wenceslao Rocés, el primer traductor al español de la obra de Carlos Marx (seguro que de ahí proviene el nombre del hijo), publicada por el FCE en 1946 en México ¡El pobre de Wenceslao ha de estar revolcándose en su tumba!

Así que, bueno pues, ahí estoy, de vuelta en mi *alma mater*, para otra ronda.

En la casa las obras avanzaban. Reemplazamos la cocina de madera por una de tabique, pintada de amarillo limón salvo la pared de atrás porque es demasiado húmeda. Con el terreno escarbado en escalón, el muro de atrás quedó pegado contra la tierra. En temporada de lluvia, la piedra de lava porosa suda lodo y por ciertas grietas brotan verdaderas cascadas, buscando salida, después de haber atravesado la cocina y la sala. Fue la única agua corriente que tuvimos durante varios años.

Hay que empezar a pensar adónde va a hacer la primaria Ayari. Me asusta la idea de meterla a la escuela de la Magdalena, donde le toca. Remigio, el hijo de Doña Maclovia, está en cuarto y no sabe leer sin trastabillar. La Domitila está en primero. Una vez, la maestra no la dejó ir al baño y se burló de ella cuando vio el charquito debajo de su silla. Luego la obligó a quitarse los zapatos, calcetines y el calzoncillo como castigo. Otro día la amarró de plano a su silla porque “no se portaba bien”. El maestro de sexto los deja solos mientras va a echarse un pulque a los Dinamos. Entre tanto, les deja de tarea inscribir todos los números del uno al cien en diez páginas del cuaderno. Cuando vio que Laura no había llenado más que una página de ci-

fras, la mandó al rincón, arrodillada sobre frijoles para que le doliera más. De nada sirve que los padres se quejen. Los maestros pertenecen al sindicato charro controlado por el estado, en donde entran sólo los amigos de los amigos. Y si algún insurrecto va con el maestro a comentar una situación que no le parece, el maestro se desquita con el niño o simplemente no lo aprueba de año.

Precisamente en estas fechas recibo una invitación del Colegio Suizo para asistir al Carnaval de Basilea que organiza el colegio y para inscribir a mis hijas al próximo ingreso, en septiembre. Voy disfrazada de mesa puesta, con mantel, platos y cubiertos, y un muñeco sentado en ella y las niñas de hawaianas. Al Chuculy le da vergüenza y va disfrazado de él mismo. Nos divertimos como enanos, en un ambiente de lograda simbiosis de ritmos y sensualidad latina (fue muy aplaudido el baile flamenco de la maestra de matemáticas) y de humor, tradiciones y comida suiza.

Descubrimos las instalaciones del colegio, los amplios salones bien iluminados, el kínder acogedor con sus rincones de juegos y paredes cubiertas de máscaras, pajaritos y otras creaciones originales, la alberca, los terrenos de juego y maestros cálidos, que no ven a los niños como simples grabadoras que registran y repiten el curso. Ahí fomentan la creatividad, el desarrollo integral, tanto del cuerpo como de la mente y de la imaginación. En la sesión de informes, un papá se inquieta:

—A mí no me parece apropiado que los dos años de kínder sean sólo para socializar a los niños con juegos y trabajos manuales. Mi hijo de cuatro años va a perder su tiempo. ¡Ya sabe leer y escribir!

Quería rendimientos tangibles a cambio de la alta colegiatura que iba a desembolsar.

—No se preocupe, lo tranquiliza la maestra, se le va a olvidar pronto.

La maestra Margret piensa que nada favorece tanto la adquisición de conocimientos como una primera infancia divertida, en la que el niño se desempeñe como tal, en el juego, y no como un adulto miniatura, presionado para almacenar erudiciones escolares desde temprana-

na edad. Y sabe que a estos niños mimados, de vigoroso ego, les va a tomar tiempo aprender a escuchar al otro en lugar de exigir, a esperar su turno, a seguir una instrucción en vez de dar órdenes. Muchos ya han asimilado de sus privilegiados padres la convicción de que para echarse un buche de agua les queda chico el mar.

En septiembre entran las dos al colegio, gracias a los subsidios otorgados por el cantón de Zurich, Ayari en preprimaria y Tania en primero de kínder. Ayari se lleva muy bien con la sobrina del Presidente. De vez en cuando la invitan a comer y a quedarse a dormir en la residencia con mayordomo, cocinera, niñera y todo el tralala, y guardada por militares con enormes perros. Me cuenta del sauna, el gimnasio, la sala de juegos, la tina tan grande como una alberca. Me imagino el choque cultural para la niña si la invitáramos a la casa.

Chuculy instaló un gran ventanal que me permite admirar a los enormes robles mientras lavo los trastes. El suelo está ahora recubierto de linóleo imitación madera y las ventanas adornadas con cortinas que hice con la vieja máquina de coser “Charger”, de forma y peso de caballo, que me regaló mi suegra. El tapanco para dividir la sala, de muros altísimos, así como el baño con tina, siguen en fase de proyecto.

Durante los primeros tres años dormimos en el piso, sobre una alfombra. No fue sino hasta 1985 que pudimos comprarnos un colchón matrimonial, cuando nuestro matrimonio ya conocía serios quebrantos.

Viejos demonios criados en una infancia falta de amor y de cuidados maternos y paternos se apoderaron del Chuculy. Él, tan autónomo desde la tierna adolescencia, siente a los treinta años que está perdiendo pie, que no se merece recibir amor y, antes que nada, no de mí, güerita europea, venida de un mundo de abundancia y comodidades que él, en toda su vida, jamás podría ofrecerme. No es que yo las pidiera. La dulce y cálida estabilidad que bañó mi infancia me llenó de una provisión inagotable de recursos de expedicionario. Y lo que quiere el explorador es justamente descubrir terrenos desconocidos; gusta de vivencias sazonadas de especies insólitas, quizás porque en el fondo sabe que se trata de una aventura escogida, a la que se le puede

cambiar el rumbo en cualquier momento. Pero es muy difícil para aquel que ha experimentado una vida organizada en torno al sustento básico poder desprenderse de la inminencia y verse como un actor en un teatro de improvisación donde hay, en todo momento, muchas variantes posibles. Mientras yo disfrutaba de una existencia colorida, divertida, apasionante, él se extenuaba en su lucha contra los muchos escollos que, sentía, le impedían aplanar su horizonte. En su visión ideal, yo debía ser una buena ama de casa, ocupándome de las niñas en lugar de persistir en terminar estudios universitarios y salir a trabajar en el vasto mundo, lleno de peligros. En particular, teme la mirada concupiscente de los hombres, todos machos, y cree que no sé o no quiero escudarme de sus deshonestas pretensiones. En consecuencia, la única protección eficaz sería de quedarme en casa. ¡Me parece oír a mi madre! De hecho ella y el Chuculy nacieron un mismo 21 de septiembre y comparten varios rasgos de Virgo.

En unos meses se volvió irreconocible el que fue mi camarada de utopías y de lucha, el compañero que había invitado a seis amigos suyos a vivir con nosotros, que me animó una Navidad a ir de vacaciones sola con ellos a su pueblo, quedándose él a trabajar en el DF. Nos teníamos una confianza mutua total, limpia de todo germen de suspicacia, hermosa. Estábamos cimentando a la nueva pareja socialista, unida por un amor extendido al pueblo todo. ¿Cómo pudo transfigurarse así, en el personaje del “Grito” de Munch; una figura demacrada, carcomida de celos pavorosos?

Una noche, de regreso de la facultad, me espera en la cocina, reloj en mano.

—Llegas veinte minutos tarde. ¿Por qué? ¿Qué hiciste después de clases?

—Tuvimos que sacar fotocopias, se tardaron porque éramos varios.

—¿Sí? ¿Con quién estabas?

En el metro, yo sentada, él parado. En Villa de Cortés sube un muchacho y se agarra del tubo, encima de mi cabeza.

—Lo estás mirando, ¿te gusta? ¿Quieres que te lo presente?

Se sienta en el murito enfrente de la casa nuestro vecino, Don Genaro, a pastorear a sus tres ovejas. Bajo a saludarlo y a comentar con él los avances de las gestiones para legalizar los terrenos de la ladera. Desde la azotea nos observa Chuculy.

—Estabas coqueteando, no te hagas, los vi juntos.

Esto se ha vuelto un infierno. Es capaz de despertarme en plena noche para preguntarme con quién estoy soñando. Me encuentro totalmente desvalida frente a esta violencia psicológica permanente y me hundo poco a poco en la desesperación de la impotencia. Soy prisionera de ataduras económicas. No tengo adónde ir ni un ingreso suficiente para pagar una renta.

Alcanzamos el paroxismo de la crisis una noche de verano, cuando empuña el revólver que había remplazado al machete, junto a la cama, y me lo apunta en la sien, diciendo que tiene que eliminarme porque soy la causante de sus problemas. No me muevo.

—No estés jugando. Deja eso. Vamos a hablar —le propongo, respirando hondo.

Seguimos conversando un rato que me pareció una eternidad y finalmente me entrega la pistola. La agarro y me echo a correr escaleras abajo, hacia la casa de Doña Cande. Tamborileo a su puerta, jadeante.

—Abran, por favor, me quiere matar —grito enloquecida del pavor.

Ya a salvo detrás del espeso cancel atrancado con una barra de fierro, examino el barril: tiene dos balas.

No se lo cuento a mis padres, por vergüenza, por no inquietarlos, porque no quiero que me pidan que regrese. Pero saben que las cosas van mal. Y vienen a mi rescate a su generoso modo: me ofrecen comprarme una casa. Se habían enterado de que podían conseguirse por el equivalente a veinte mil dólares, el precio de mi libertad por el de su coche nuevo.

Justamente había visto el letrero “Se vende” pegado en una puertita metálica, en la bajada de San Marcos, casi llegando al periférico. El mismo día de mi visita, llegamos a un acuerdo y quito el letrero. Ésta será mi casa.

Al fondo de un largo pasillo está el patio central, con los cuartos distribuidos alrededor, contruidos por los hijos según el diseño pueblerino del viejo obrero jubilado que la vende. Don Cirilo había trabajado durante cuarenta años en La Hormiga, una de las muchas fábricas textiles que prosperaron desde la segunda mitad del siglo XIX en Contreras, gracias al paso del ferrocarril y la energía hidráulica. En 1967 Don Cirilo perdió su empleo, junto con sus compañeros, cuando el Sindicato La Lucha emplazó a huelga por violaciones al contrato colectivo de trabajo de la industria textil. La huelga duró seis años y al final, los bienes muebles e inmuebles de la fábrica fueron sacados a remate.

Los obreros recibían una parcela para construir su propia casa y a Don Cirilo le tocó un barranco. Fueron muchas idas y vueltas de carretillas desde las Lomas Quebradas hasta el solar para rellenarlo de tierra y cascajo. Luego, al paso de los años y del crecimiento de la descendencia, fueron construyendo cuartos de materiales disímiles alrededor del níspero junto al lavadero. Me siento muy afortunada de tener por hogar a una casa proletaria que resume tanto esfuerzo y voluntad de brindarle a la familia un futuro mejor.

PÁGINA 32, EN LA MARCHA OTRA VEZ

Había recibido la última mensualidad de la beca de maestría tres meses antes y desde entonces los fines de quincena son siempre un poco angustiosos. Trabajo desde hace dos años como profesora universitaria titulada y cobro la fabulosa suma de treinta dólares al mes, equivalentes a cinco kilos de carne o dos pares de pantalones o a un litro de leche diario.

Cuando está de buenas, Chuculy me da veinte dólares a la semana, lo cual está lejos de alcanzar para que las niñas puedan desayunar, comer y cenar durante siete días. Ya casi no viene por ellas los fines de semana.

Dios aprieta pero no ahorca. Bienhadada como soy, las cosas van surgiendo a medida que las necesito, tomando el lugar que les corresponde en el Gran Rompecabezas. Un amigo de la facultad me consigue un empleo en la Secretaría de Relaciones Exteriores. *Perfect timing.*

Tengo la tarea de poner en forma de estadísticas e informes lo que vivimos a diario: las fluctuaciones del precio del petróleo, la fuga de capitales, las restricciones estadounidenses a las exportaciones de México con mil y un pretextos. Una vez, porque encontraron a una manzana podrida en el lote del trailer que las transportaba: podría ser por una mosca drosófila que contaminaría toda la producción gringa. En otra ocasión pararon las exportaciones de acero y de cemento mexicano por *dumping*, pues en México se produce y se vende a precios más bajos, lo cual es intolerable para una sana competencia con la National Steel y Portland Cement. O nos cierran las exportaciones de atún porque los expertos gringos detectaron carne de delfín en las latas de

atún y ni con la instalación de mecanismos especiales para evitar la captura de los delfines que nadan imprudentemente en los bancos de atún, lograron los pescadores mexicanos revertir la sanción.

Con la apertura comercial estamos inundados de productos de importación que condenan al desempleo a miles de trabajadores mexicanos: televisores, radios, ollas, juguetes, todo es made in Taiwán, Singapur, China. Baratijas chafas que no duran ni tres meses. Egoístamente, le encuentro un punto positivo: consigo auténticos *Kirschstengeli* (tubitos de chocolate con licor de cereza; ¡una delicia!), compota de ruibarbo, queso reblochon, ravioles, que me permiten satisfacer mis añoranzas gustativas.

En el mismo proceso de rehabilitación de nostalgias, me construyo un auténtico chalet suizo de madera en la azotea, con todo y sus cortinas de cuadritos rojos y blancos.

En la casa se quedó viviendo con nosotras la familia de uno de los hijos de Don Cirilo. Rita, la esposa, me cuida a las niñas en la tarde y es un alivio enorme poder contar con una presencia maternal, una verdadera co-madre para suplir mis ausencias. Pero a la señora Rita la cortejan sus melancolías. Me cuenta su historia, la boda forzada, el asco físico por ese hombre. Casi me grita, como para exorcizar el momento, que cuando él quería un beso, ella le decía que odiaba los besos, quería acariciarla y ella lo empujaba, que le repugnaban las caricias. Ay mujeres, mujeres mexicanas tan reprimidas, tan sumisas, humilladas, seguras solamente de no estar seguras de nada, que no saben nada, que no sirven de nada. Es lo que sus esposos les han repetido desde el día del casamiento. Y también lo inculca la pesada ideología machista de la cual nos cuesta tanto liberarnos. Nos echamos a culpa por faltas que no hemos cometido. O si acaso la de haber pronunciado un “sí” ante un cura. Ni modo, es mi cruz.

Mi amiga Consuelo me explica la causa de esta inercia.

—Las mujeres de aquí manejan su vida como los cubitos esos en los que hay que emparejar el color en cada lado. Cuando tienen un problema voltean su cubito para todos lados, buscando la manera de

que todo vuelva a quedar como antes. Pero no se salen de su esquema. No saben que hay otras formas de arreglar su vida más allá del cubito.

En Semana Santa tengo que ir a recoger a las niñas a Monterrey, donde pasaron las vacaciones con su tía consentida, la Berenice, pues Chuculy no quiso hacer el viaje, a pesar de estar de vacaciones, porque dice que si se va, estaría yo totalmente libre y aprovecharía para pasar la noche fuera de mi casa. Se ha vuelto una obsesión. Me espía a todas horas, temo que se vuelva loco.

Sigo redactando artículos analíticos sobre la economía mexicana para nuestra revista política, alimentados ahora de información de primera mano gracias a mi nuevo empleo en la SRE. Además, viajo a diferentes partes de la República para impartir talleres de divulgación de la economía política a obreros y campesinos.

Vero, una de las integrantes del círculo de redacción, me invita a acompañarla a la Sierra de Oaxaca, con ocho compas más, para dar pláticas en diferentes pueblos. Me siento emocionadísima, como niño en víspera de los Reyes. ¡Esto es aventura pura en papel de regalo con moño! Milagrosamente, Chuculy acepta encargarse de las niñas durante estas dos semanas aunque no está para nada tan entusiasmado como yo. En la chamba pido y obtengo un permiso para ausentarme para hacer “un trabajo de campo para la facultad”.

Pero una semana antes de la salida, el Chuculy cambia de idea. No va a cuidar a sus hijas y de todos modos “lo que yo voy a hacer allá no tiene la menor importancia”. Claro, las actividades de un hombre son siempre trascendentes; él acaba de volver de una salida de dos semanas a Veracruz, con su grupo sindical.

Terriblemente decepcionada, le digo a Vero que no voy a poder ir, por las niñas. Pero ella es aguerrida en materia de reparto de responsabilidades parentales.

—¡No te vas a dejar chantajear toda la vida con las niñas! De todos modos no siempre vas a estar con ellas, a veces tendrás actividades en las que no podrás tenerlas cerca, entonces es mejor que te vayas haciendo a la idea y las vayas acostumbrando a cierta independencia.

Muchos años-vidas después, en medio de los vapores de un baño árabe en la antigua Granada, Vero me confesó que a ella siempre le tocaban papeles subordinados. Le habían dado a entender que era “limitada” y que por eso le tocaban tareas prácticas. En una prueba final de economía política que les había aplicado a mis alumnos del taller, ella obtuvo un resultado bastante mediocre. Me sorprendió pues pensaba que por haber integrado la organización desde hacía tiempo, debía conocer de memoria las teorías marxistas de la plusvalía relativa y del fetichismo de la mercancía. Pero no. Ella batallaba para seguir los temas. Y me costó ser honesta. Dudaba entre ensalzarla, pues era nuestra responsable, y ser justa con el resto del grupo. Finalmente, le puse a su prueba la calificación correspondiente a sus respuestas.

Entonces, relajados nuestros tejidos y nuestras mentes por las aguas deliciosamente calientes de termas construidas seiscientos años atrás por los moros, me cuenta Vero que aquella baja calificación se debía al hecho de que a ella no le dejaban tiempo para estudiar. Trabajaba en la organización de intendente, chofer, cocinera (aguas si la comida no estaba lista a las dos en punto). Hacía frecuentes mudanzas sola (esquilmándose la espina dorsal) mientras que su compañero desempeñaba su natural mando masculino en tareas intelectuales, investigaciones, la redacción de artículos y proyectos, la coordinación y supervisión de la red de simpatizantes, viajes en los que se hacía acompañar por otras militantes, jamás por ella. La hija que Vero había tenido de un matrimonio anterior vivía con su padre. Un día, hastiada hasta la desesperación de luchar en vano para borrar los prejuicios que la mantenían subordinada, sacó la pistola de debajo del colchón y miró a la muerte en su hueco ojo tubular.

—Me salvó la vida mi hija. Pensé en ella y cómo se sentiría al enterarse.

Si la vieras ahora, resplandeciente profesora universitaria, investigadora galardonada, invitada a dar conferencias en el extranjero, jamás podrías entender que a alguien se le haya ocurrido pensar que era “limitada” y peor aun, que los autores de esa infamia hayan sido

compañeros de lucha. Trabajó a contracorriente en un clima de incompreensión machista y de críticas dolosas, agotándose en penosos esfuerzos de defensa propia, hasta reventar. Al paso del tiempo fue reivindicada por sus primeros alumnos, campesinos a los que había alfabetizado y que le escribieron: “Querida Verónica... eras muy exigente con nosotros, pero aprendimos muchas cosas contigo, te extrañamos”. Fue el bálsamo que necesitaba y que le devolvió la paz interior.

Más fuerte y más compleja de reparar fue la premisa de que había que fomentar un temprano desprendimiento de los niños para que nosotras, las militantes, pudiéramos desempeñar mejor nuestro papel en la transformación social. En los primeros kibutz socialistas israelitas de los años 50, la organización social era así; los hijos pasaban su niñez en un internado para concretar la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres en la construcción de una sociedad sin propiedad privada, ni autoridad patriarcal. Fundada en esa nueva ética, la educación comunitaria quería favorecer en el niño la cooperación, eliminado la coacción, el conflicto y la competición. Pero dado que no teníamos el grado de avance organizativo suficiente como para plantear semejante alternativa educativa, no me adherí a la recomendación de dejar a mis hijas al cuidado de otras personas, más que en situaciones especiales y de corta duración, como lo era la salida a Oaxaca.

En este caso, resuelta a defender la igualdad de los sexos en la militancia y las responsabilidades como padres, me arreglo con la señora Rita para que les dé de comer a mis hijas y, eventualmente, que vaya a recogerlas al colegio a la una de la tarde. Pero no podía llevarlas en la mañana. Toda la semana trato en vano de comunicarme con Chuculy. Se hace el desaparecido. Pero ya estoy demasiado encarrilada como para detenerme; voy hasta La Próxima Estación, la resignación es un suicidio permanente, diría Manu Chao.

El viernes estamos en camino dos bochitos, diez pasajeros y el equipaje. Diez horas y tres llantas ponchadas después, llegamos por fin a Oaxaca, donde se nos unen otros compas. Nos trepamos todos a un camión de redilas (ya somos veinticinco) para el último trecho de

terracería, rebotando como pelotas en hoyos lodosos tamaño bañera. A veces tenemos que bajarnos para empujar al camión atascado. El paisaje bien podría ser alpino, vacas incluidas, si no fuera por los pueblos, cabañas de una sola pieza, con techo de paja, y por las blusas bordadas y faldas anchas de sus moradoras. En la tarde llegamos a la primera aldea y probamos lo que sería nuestro alimento cotidiano durante los próximos quince días (y el de cada día del año para los lugareños): arroz, frijoles, tortillas y café. Parte de nuestro equipo se queda aquí. La organización había creado en ese pueblo una escuela ecológica en la que los niños aprenden, junto con la lectura, la escritura y el cálculo, nuevos métodos de cultivos desarrollados por agrónomos de Chapingo y que permiten aportar a la tierra el calcio que le falta y evitar la deforestación del sistema tradicional de roce y quema, vuelto muy dañino con la explosión demográfica. Décadas de monocultivo de frijol para el autoconsumo habían no sólo empobrecido la tierra, sino también creado graves problemas de malnutrición por la falta de vitaminas. Un compa ingeniero nos había encargado semillas de verduras, herramientas y abono especial para esta tierra de montaña, muy ácida, y está muy contento de poder fecundar a la Pacha Mama con nuevas formas de vida. Los niños y jóvenes comen y duermen en la escuela, pues vienen de pueblos alejados de cuatro a siete horas de caminata. Arroz, frijoles y hamacas. ¡Una vida algo distinta a la del internado de agronomía de Ginebra donde estudió mi hermana Sofía!

En nuestro equipo se encuentran dos estudiantes de arquitectura. Las muchachas habían diseñado planes y comprado el material necesario para construir letrinas, inexistentes hasta entonces. Otros, maestros, habían traído material escolar y habían preparado algunas clases especiales sobre historia reciente, de la humanidad y de México, cosa de embragar luego sobre la necesidad de revolucionar al sistema económico y social actual que los mantiene en estas condiciones miserables y de construir, junto con los obreros y los colonos, una nueva sociedad cuyo motor y objetivo será el pleno desarrollo y el bienestar del ser humano. Otros compañeros habían preparado una obra de

teatro y un taller de expresión corporal. En la organización se fomentan mucho a las expresiones artísticas, aun, o en particular allí, en esas condiciones de vida tan precarias, donde la prioridad parece ser siempre, y sólo, la supervivencia.

A mí me habían enseñado a filmar con una videocámara. Tengo que hacer una película y tomar fotos de la vida cotidiana y las actividades (escuela, talleres de costura, carpintería y zapatería que ya habíamos instalado, unos años atrás, así como de la inauguración de las famosas letrinas), con la finalidad de recaudar fondos entre organizaciones nacionales e internacionales.

La mitad del grupo seguimos avanzando a pie y a caballo en la montaña, cuesta arriba. El camino es terriblemente lodoso; a veces una bota se queda atrapada y todo el equipo se detiene a ayudarla. Nuestros guías tienen una resistencia impresionante; casi corren, de subida, y con una carga pesada encima: baterías, enseres, azúcar. Nos abren paso por entre la vegetación espesa, como Moisés en las aguas del Mar Rojo. Alrededor zumban los mosquitos. Hay que mirar al suelo, no fueras a pisar una serpiente y hay que tener cuidado con las arañas ponzoñosas. Volvemos a los orígenes del mundo, cuando el hombre ocupaba su lugar en la creación, uno más entre todas las criaturas, y aún no se había propuesto domarla con toda soberbia, para darle un uso mercantil a sus frutos.

Después de cruzar montes, valles y ríos, llegamos por fin a nuestro destino: El Porvenir, un pueblo de cabañas de madera con piso de tierra, donde la palabra *hogar* adquiere todo su sentido etimológico: una vivienda para reunir a la familia en torno al fuego, elevado para facilitar la tarea de la cocinera y en prevención de quemaduras a los niños. Cacerolas cuelgan del techo y contra la pared, el machete, que igual sirve para desgranar la mazorca que sacarse una espina o cortar leña.

Las tres capas de ropa que llevo no impiden al frío húmedo colarse hasta la médula. Y más de noche, pues las tablas de las paredes, cortadas a machete, son irregulares y dejan grandes rendijas y huecos arriba y abajo. Me asombra el poder calorífico de las mujeres, de li-

geros vestidos de nylon (el algodón se pudre pronto con esa humedad permanente) y nos reímos de mi inadaptación climática. Ya conozco a algunas compañeras, pues habían ido a nuestra escuela de alfabetización donde doy clases.

Al día siguiente de nuestra llegada es la fiesta de San Pablo de la Cruz, patrón de la región. El pueblo se llena de invitados que caminaron horas o incluso días para llegar. Se forma una telaraña de hamacas tendidas por todos lados. Cada comunidad prepara su propia comida. La bañada se organiza en el riachuelo cercano, que mana de una gruta. La galantería impone aquí también sus reglas, pues nos toca a las mujeres primero. Nos hablamos con gestos, responden con una sonrisa luminosa. ¡Y qué guapas sirenas morenitas! pasadores en el largo cabello obsidiana, un chal de encaje encima del vestido amarillo sol o rosa mexicano. Descalza, porque se baila mejor que con botas.

Empieza la fiesta con una exhibición de habilidades ecuestres, siguen una procesión, discursos, cánticos y el baile, esperado con impaciencia. Por supuesto, no hay electricidad en este pueblo apartado para iluminar el terreno de básquet reconvertido en pista de baile, pero tienen un generador de gasolina que les proporciona energía a los cuatro focos instalados en las esquinas. La orquesta toca música tradicional, alegre, y cada melodía dura tanto, que puedes contarle tu vida entera al caballero.

Nos quedamos una semana, desempeñando cada uno la actividad preparada. Al caer la noche, cantamos alrededor de una fogata. Se saben una cantidad impresionante de melodías de memoria y me siento extraordinariamente dichosa con las montañas, el chirrido de los grillos, las estrellas chispeantes y esta gente tan cariñosa. Al momento de despedirnos es imposible detener las lágrimas. Dice Calixta que siempre que se va alguien le duele el corazón. A mí se me hincha de ternura.

De vuelta al monstruo, al smog, los embotellamientos. En el trabajo, todo bien. Hasta me pagaron la quincena. Pero me siento rara, sentada en mi oficina y pensando en los olores del bosque y en la vida de esos pueblos, donde todo representa tan tremebundo esfuerzo...

Chuculy había llamado a la casa al día siguiente de mi partida; sorprendido por mi terquedad y de que hubiera podido dejar a las niñas. Viendo la inutilidad de sus métodos de presión, se había resignado a hacerse cargo de sus hijas. Normalmente, pasa en la mañana y lleva a las niñas a la escuela. Pero a veces me llama a las diez para las siete para avisarme que no va a venir y entonces seguro que llegamos tarde pues los camiones y los peseros escasean. Los camiones, porque el estado pretende no tener dinero para repararlos cuando se descomponen y los peseros, porque subió la gasolina y aún no los autorizan a aumentar la tarifa.

Otras cosas escasean también: el azúcar (no se encuentra ni un gramo por ningún lado, ¡el colmo en este país que hace poco exportaba el dulce!), la leche y los huevos. Siempre pasa lo mismo: cuando quieren incrementar los precios, esconden la mercancía hasta que los consumidores se resignen a pagar cualquier precio para obtener el producto desaparecido. Las privatizaciones y la reducción del papel del Estado como proveedor de bienes básicos a precios controlados llevaron a una inflación bárbara: el agua: 1393 por ciento ; el servicio de teléfono: 257 por ciento; la electricidad: 140 por ciento. Todo sube menos los salarios. El mío es de diecisiete mil pesos a la quincena, o sea treinta y cinco francos suizos. El Chuculy se muestra muy renuente a contribuir en algo a los gastos de nuestras hijas. Quizá piensa que la estrangulación económica me va a forzar a regresar con él. O acumular dinero es su medio de valorización personal, como lo es para muchos hombres, o bien considera que si lo abandoné por otro, pues que ese otro asumiera mis gastos y los de mis hijas; el que quiere a la col, quiere a las hojas de alrededor. Como sea, me veo en la obligación de llamar al rescate al Estado para que pronuncie una sentencia de obligación de entregar una pensión alimenticia. El abogado privado que había ido a ver me cobraba un mes entero de mi salario por tramitar la pensión y dos meses más por el divorcio. Acudo a la asistencia jurídica del DIF.

La sentencia fue dictada a los pocos meses. Con ella, Telmex me va a depositar directamente en mi cuenta la pensión que le descuentan.

Mi alivio dura un mes. Al siguiente ya no me depositan nada. Chuculy había pedido un año sabático para irse a estudiar en la Universidad Lomonósov de la URSS, realizando un sueño común pero que por las niñas primero y por la desaparición del bloque soviético después, no podría cumplir yo. Estando él allá, vivió personalmente el momento histórico del desmoronamiento del estado comunista.

La naturaleza conoce fenómenos semejantes con el desprendimiento de bloques de hielo más grandes que el Empire State building, cayéndose estrepitosamente de arrecifes nevados del Ártico, para volver a un estado informe, diluido, de partículas blandas y desunidas, metiéndose en todos los resquicios por su lado más débil. Así es el capitalismo salvaje que se instaló en los territorios de lo que fue la URSS. El afán de lucro se coló de inmediato en cada ámbito de la vida, independientemente de toda ética o necesidad humana, rompiendo los lazos sociales existentes.

Fueron momentos de gran estupefacción. ¡Tanto merequetengue para terminar de vuelta al punto de partida! Los países socialistas eran, a nuestros ojos, modelos de una sociedad que garantizaba el pleno empleo; alimentación sana para todos; cuidados médicos generalizados y de excelente calidad; educación universal y hasta el nivel deseado, para hombres y mujeres y no restringida por la capacidad financiera de los padres. Éramos conscientes de que había graves fallas en la forma poco democrática de tomar decisiones; en la cerrazón cultural, artística y espiritual, pero ahí se estaba tirando al niño junto con el agua del baño. Tristeza, decepción, rabia. Al visitar los sitios conmemorativos del Muro de Berlín y de la RDA, en 2008, irrumpieron nuevamente estos sentimientos. Pero ahora sé que los valores éticos, sociales y morales que teníamos por hilo conductor y por los que luchamos políticamente, siguen vigentes; los hemos integrado a nuestra forma de ser y se pueden abordar desde muy distintos ámbitos: derechos humanos, arte, espiritualidad y, simplemente, a nuestro trato cotidiano con la vida.

No poder concretar los objetivos no tiene tanta importancia, lo importante —afirma mi amigo filósofo Thameur— lo que queda son

nuestras intenciones y las acciones que emprendimos para ser coherente con nuestras convicciones. Pero los resultados de nuestras acciones no dependen sólo de uno, sino de circunstancias, de voluntades externas y contrarias, porque cada uno persigue sus propios objetivos.

Sin embargo, algunos perdieron su alma en la profunda amargura de haber puesto tanto empeño en la construcción de una utopía que se estaba disolviendo inexorablemente en la nada. Nuestro entorno, impregnado de la traición de los más cercanos y de una cínica corrupción, era desolador. El desprecio y un odio sin cauce estaban corroyendo el corazón de los que habían sacrificado carrera y familia en el proceso de entender los mecanismos de la injusticia y de organizar la instauración de una sociedad equitativa. Les tomaría años reaprender a disfrutar simplemente el presente hecho (también) de amistades y complicidades, de ternura hacia y de los seres queridos, de paisajes increíbles, de mares, soles, montañas, de flores y de amaneceres maravillosos.

Para mí la transición no fue tan brutal, pues siempre había actuado en varios escenarios a la vez, como madre, estudiante, trabajadora, militante, diseñadora de inventos. Pero me siento algo sola ante todas las broncas que hay que resolver, y no es tanto la dimensión de los problemas lo que me amilana: educar y mantener sola a mis hijas, pagar todos los gastos de la casa porque el marido de la señora Rita está desempleado, organizarlo todo. Me pesa el hecho de tener que ver siempre por mí misma, como arreglar todas estas situaciones.

“Tú pide, yo te lo concedo”, me dice mi bienaventurado djinn.

Sucedió en una marcha. Otra vez. Lluve a torrentes. Tratamos de abrigarnos bajo las mantas cuyas peticiones están ahora dirigidas (horizontales) hacia los inclementes cielos: “Muera la policía política”. “Ratas asesinas”. “Fuera Gobernación de Contreras”. “Por un Centro de rehabilitación, no de detención”. “Que renuncie el delegado de Contreras”. “Agua y electricidad para las colonias del Ajusco”. Pero nada; allá arriba no nos hacen caso. Nos ensopamos hasta los huesos; la policía política sí se instalaría en el terreno donado por los obreros textiles de la Magdalena Contreras para que en él se hiciera un centro

de reeducación para jóvenes y las colonias populares de Héroes de Padierna siguen sin alumbrado ni agua entubada, ni servicios de recolección de basura ni nada.

A la altura del Sanborns de los azulejos brinco un charco para ir a refugiarme bajo un portón y aterrizo literalmente en los brazos de Gabriel. No lo había vuelto a ver desde el cuarto o quinto semestre de la facultad. No se tituló pues trabaja de tiempo completo para mantener a sus hermanos y darles la posibilidad a ellos de estudiar. Seguimos contándonos nuestras historias con chocolate caliente hasta que dejó de llover, a eso de la medianoche. Me hace reír, es ocurrente, poeta, gracioso, coquetón. Debatimos cuestiones ideológicas (también colaboraba en una organización política) y me siento valorada como no me había hecho sentir nadie desde hace tantos, tantos años, que lo había olvidado.

No está casado ni tiene hijos. Le bastan sus hermanos (“los morros” les dice), pero está entre que sale con una chava y entre que se separa de ella, grilla también. Nuestra relación tiene una gestación de nueve meses de fases inversamente proporcionales: con momentos de mucha complicidad y otros de dolorosos silencios.

Lo quiero mucho, pero qué difícil es consolidar esta relación. La vida de Gabriel es compleja. En su familia lo consideran como al papá por ser el más responsable y generoso, y pretenden que les resuelva la existencia. Tiene dificultades económicas porque le da la mitad de su salario a su madre; broncas en su organización política donde hace trabajo sindical y, por si fuera poco, escoger a una de sus dos mujeres no le parece necesario ni deseable. Su teoría es que una persona no reúne todas las cualidades que aprecia. Padece insomnio y cuando logra dormirse, por ratos, parece que lucha contra monstruos; es un sueño convulso con gestos bruscos y sobresaltos. Con él compruebo la gran sabiduría de los nahuas, que adoraban a cuatrocientas deidades de los borrachos. No están de más para cuidar a los parroquianos de las más de cuarenta mil cantinas y bares que hay en el DF; o sea que repartiéndose la tarea entre Panécatl, Papaztac, Teatlahuiani y sus trescientos noventa y siete colegas, les toca a cien antros por piocha.

Para Gabriel y sus compañeros de oficina, la cantina es un “lugar de encuentro y de recuerdo, de euforia y lamentación, de abrazo y rechazo, de grito y silencio, de contacto con otros y consigo mismo, de fuga y búsqueda, de meditación y albur... Refugio de emociones, remanso para los tráfugas de oficinas públicas u hogares privados, de sentimientos perdidos o emociones encontradas” como poéticamente la describe en su folleto informativo la Secretaria de Cultura del DF, mirando para otro lado cuando su homólogo de Salud declara que: “es de vital importancia detectar tempranamente a los consumidores de alcohol en sus primeras etapas para disminuir el impacto negativo provocado por el abuso y dependencia de bebidas alcohólicas en las condiciones de vida de los habitantes de la Ciudad de México”.

A veces pierdo paciencia y dejamos de vernos por largas temporadas. Aunque entiendo que por todos los dramas que la mayoría de los niños han presenciado aquí, adquieran una personalidad algo atormentada.

Al final rompe definitivamente con su ex y se instala en la casa. Tania y Ayari lo adoptan rápidamente y van juntos a clases de teatro en el Centro de Arte Dramático de Coyoacán. Vivimos una era feliz, juguetona, de fiestas con la Maldita Vecindad y Café Tacuba, bailes en el Salón México y domingos familiares en la casa de los padres de Gabriel.

En mi pancita, crece su nueva inquilina. Las tres Gracias. Ayari-tierra-de-fuego, Tania-agua-profunda y estaba por llegar el aire-mental.

La víspera de su nacimiento se produce un eclipse total, fenómeno extremadamente raro e impresionante. Estamos reunidas en la azotea de la casa, la señora Rita, sus hijos Anselmito y Edith, mis amigas Tere, Bety, Vero y las niñas. Según las viejas creencias, la mujer embarazada tiene que proteger a su bebé amarrándose un hilo rojo en la cintura, con un alfiler prendido de él y poniéndose una cuchara de plata en la bolsa. No sé exactamente a qué corresponde cada una de estas medidas preventivas, pero de todos modos no importa, son sólo supersticiones, en cuya eficacia nadie en su sano juicio puede creer. Bueno, si

me amarré el hilo con su alfiler y la cuchara, no fue porque creyera que algo le pasaría a mi beba sin eso; fue sólo por si las moscas.

Los nueve pares de ojos miramos hacia el sol, pertrechados con unos lentes especiales que los vendedores ambulantes daban de a diez varos en la salida del metro. La luna negra progresa sobre la bola solar, provocándole un embarazo cóncavo. Cuando desaparece por completo el astro, nos envuelve una noche extraña, hecha de ausencia. La vida detiene su respiración. ¿Y si se queda en esta posición y no volvemos a ver al sol nunca más? Un gélido viento cósmico se levanta. Los perros aúllan, los gallos cantan, su reloj biológico descompuesto. Tras ese encuentro de dos universos, el de la noche y el del día, doy a luz a mi tercera princesa, Natalia.

Pero en la noche derrotada se preparan fuerzas malignas, celosas de tanto resplandor. La felicidad le queda grande a Gabriel. La rechaza, se burla de ella. La ve como a su enemiga, como algo que un verdadero crítico social no puede aceptar. Sería demasiado fácil; sería como voltearle la espalda a tanta miseria que nos sigue rodeando. Y a fuerza de dar espadazos y de herir con palabras afiladas, logra vencerla. Un 31 de diciembre empaca sus escasas pertenencias y empieza el Año Nuevo de llanero solitario, en ruta hacia otro amanecer. Natalia cumplió dos años el verano anterior.

Me robaron el carro. Se vuelven infernales las idas y vueltas, primero al colegio en la Colonia del Valle, a dejar a las mayores, luego a la guardería de Copilco y de ahí lanzarme hasta Tlatelolco. Llego ya agotada a la oficina. Lo que hay que hacer en caso de que la montaña no quiera acercarse, recomienda Mao, es ir hacia ella. Nos mudamos cerca del colegio.

Es la primera vez de mi vida que organizo una mudanza con tanto *desmapaye*. Aparte del camión de la mudanza, lleno otras veinte veces el bocho prestado por Chuculy con toneladas de libros, ropa y un chuncherío impresionante, acumulado durante estos dieciocho años de vida en el DF. Hubiera querido volver a ser niña: que alguien se ocupara de todo, organizara el empaque, cuidara que no faltase nada

a la llegada, se hiciera cargo de la instalación en la nueva morada. No quiero ser sola responsable de todo eso; me rebasa.

—¿No has visto a mi bebito de tela? —pregunta Nati—. Lo dejé en el cuarto pero ya ves que el orden no siempre sirve de orden, a veces sirve de desorden.

Esta niña tiene el look y las expresiones de Mafalda. Sus cabellos rizados la aureolan a lo largo de lo que dan y sus afirmaciones son llanamente desconcertantes:

—Mami, ¿sabías que la tierra está en el espacio? Yo creía que la tierra estaba en la tierra.

O bien:

—Hoy estamos viviendo el futuro de ayer.

Taladro perforaciones para taquetes, cuelgo espejos y cuadros, coloco cortineros que insisten en caerse al suelo y protesto:

—¡Necesito tener a un hombre en casa, éstos no son trabajos de mujer!

—Uuuuuyy, pero para que te encuentres uno, mami... —hunde más el clavo Ayari—. ¿Y no estás orgullosa de ser el hombre de la casa?

Sí, claro, da cierta satisfacción ser el hombre que una hubiera querido tener. Nati opina como Ayari que mejor sola que mal acompañada.

—¿Quién te dio ese anillo? —mira mi anular.

—Un amigo que se llama Mario.

—¿Y mi papá te dio un anillo?

—No.

—¿Qué te regaló?

—Mmmmm, nada. No recuerdo que me haya regalado nada.

—Bueno, pero sí te dio algo...

—Claro, la más maravillosa de las nenas. Mi solecito y mi regalo de todos los días.

—Y también te dio cariño y amor mientras estuvo viviendo contigo. Pero ma', no te vuelvas a casar para que no te abandonen otra vez.

Nati pasa por una etapa difícil. Gabriel tiene otra hija con la chava con la que se juntó cuando se fue de la casa y Nati cree que si su papá

la abandona tanto es porque prefiere ocuparse de una bebé. Entonces vuelve a mojarse los calzones y yo frunzo las cejas y le digo que me gustan las niñas grandes como ella, con las que se puede jugar a las matrioshkas que van al zoológico y hacer casas de Hansel y Gretel, con dulces de plastilina y brujas feas, pero no logro convencerla del todo. No sé qué hacer para devolverle la confianza.

No tuve que llevarla al psicólogo ni nada. La vecinita que se mudaría a nuestro mismo piso le iba a quitar rápidamente las ganas de hacerse la bebida, haciéndola socia de sus mil travesuras.

—Ayari, ¿me compras un refresco con mucho gas? —pide la Rebe.

—¿Y para qué lo quieres con mucho gas?

—Es que vamos a vender eructos.

Diálogo en la tina:

—Mi hija se va a morir, ¡bendígala, por favor! —ruega la Rebe.

—¿Para qué si ya se va a morir?

—Bueno, entonces, bautícela —sugiere.

—¿Cuántas veces la ha bautizado? —inquire Nati.

—Ninguna.

—Bueno, entonces no es necesario —la tranquiliza.

—Sí, una vez la bauticé —rectifica la Rebe.

—Entonces ¿para qué la vuelve a bautizar? Con una vez basta —afirma la sacerdotisa Nati que decididamente no está dispuesta a mover un dedo para ningún tipo de ceremonia, hoy.

Entro a ver cómo va el asunto de la bañada.

—¡Ya pónganse champú, niñas!

—Ya nos pusimos, huéleme el pelo. Y a Rebe le hice el peinado al estilo “o sea, no”.

—Más les vale, ¡se veían terroríficas con su cabello todo enharinado y enmielado! ¿Pero por qué se ponen del mío? A ustedes les compré el Johnson’s.

—Es que nos ponemos de los dos para oler mejor —explica la Rebe—. ¡No creas que para gustarles a los chavos! Bueno, sería fantástico, pero no.

—Sí, sería fantástico —asiente la Nats.

Salen del baño, dejando el agua de color café.

—Ma', mira, ¡se ve como las aguas terminales de Ixtapan de la Sal!

Y concluye la Rebe:

—Antes rechinaba de sucia. ¡Ahora rechino de limpia!

No sé exactamente qué fue lo que me hizo decidir regresar a Suiza. Un poco la sensación de que ya había cumplido lo que tenía que cumplir en México (mejorar mi raza, afirma la Tere). Otro poco, el hecho de que se había caído el muro de Berlín y junto con él, nuestra esperanza de establecer una sociedad más racional a imagen del comunismo existente. Nos habíamos desperdigado, cada quién se ocupaba de su vida personal y ya. Había terminado una relación amorosa con el único hombre que había logrado hacerme bailar tango, bolero, danzón, rock'n roll y vals y al que amé como a nadie, pero que reservaba indefectiblemente los fines de semana para su señora esposa. Estaba cansada de la inestabilidad laboral y sabía que mi puesto en el GDF no iba a sobrevivir al cambio de gobernador. Finalmente, influyó la noticia de que mi papá estaba ya muy enfermo de Parkinson y diabetes. No quería que un día me avisaran por teléfono que ya no lo iba a ver nunca más.

—¿Pero qué vas a hacer en Suiza? —me pregunta la Ema—, ¡te vas a aburrir, nunca pasa nada allí; jamás sale una noticia de Suiza en los periódicos!

—Lo que pasa —sale Consuelo en defensa de los helvetas— es que los suizos se portan demasiado bien para que los periódicos digan algo de ellos.

La ocupación preferida de Ayari es chorear a su hermanita.

—Tú no vas a vivir en Suiza —le declara.

—Tú no vives mi vida, tú vives la tuya y yo la mía! —replica la Nati. Natalia tiene una idea muy clara de cómo vamos a vivir.

—Vamos a tener una casa con alberca, pero no quiero mayordomo.

—¿Por qué?

—Porque los mayordomos tienen que registrar todo.

—¿...?

—¿Ves que mis amigas del colegio tenían casi todas a una muchacha que les hacía el lunch y les preparaba todo? Pues cuando se les olvidaba el traje de baño o algo, le echaban la culpa a la muchacha de no haberles puesto el traje en la mochila. Se enojaba la maestra Hilda porque no es cosa de la muchacha, sino que se tienen que acordar ellas, ¿no? Es que se acostumbran a no hacer nada por sí mismas. ¡Por eso no quiero mayordomo!

¡A todas margaritas! ¡Una brigada así, la capitaneo hasta el fin del mundo!

PÁGINA 43,
*LET ME KNOW IF YOU HAVE ANY IDEA
ABOUT WHAT I SHOULD DO
WITH THE REST OF MY LIFE*⁵

Rachel Corrie

De vuelta a lo que según recuerdo vagamente fue el punto de partida. Pero esto es más bien el vil destierro. Desembarcar en Ginebra en el año 2000 después de todo lo que he vivido, es como caer de otra galaxia.

Buena heredera del calvinismo que desde el siglo XVI enseña a los ciudadanos a responsabilizarse como individuos, tanto en el trato directo con Dios (sin intermediación de la jerarquía religiosa) como en el trabajo, Ginebra es una gran dama solitaria. Nunca he visto tanta soledad en medio de tanta diversidad.

Al recién llegado se le hace a primera vista que todos los aspectos de la vida cotidiana están bien acotados en reglamentos, guías y directivas. Están las Oficinas del Alojamiento y del Empleo para, como sus nombres lo indican, proporcionar techo y trabajo; hay pistas marcadas de amarillo para los ciclistas y clases especiales para los niños no francófonos.

Pero muy pronto la aparente racionalidad estructural deja ver sus fallas. Para poder acceder a un departamento del sector privado, hay

⁵ “Avísame si tienes una idea de qué hacer con el resto de mi vida”, último mail que Rachel Corrie, pacifista estadounidense de 23 años, le escribió a su padre, antes de ser aplastada dos veces por un bulldózer israelí en el lodo de Gaza, cuando, junto con otros cinco defensores de derechos humanos, estaba suplicando a los soldados israelitas no demoler la casa de una familia palestina. Lo cual no hicieron en lo inmediato. Lo harían después. Antes la destruyeron a ella.

que enseñarle a la agencia inmobiliaria un contrato de trabajo de duración indefinida y fichas de salario. En el caso de las viviendas subvencionadas, hay que haber vivido por lo menos dos años en Ginebra. Para conseguir trabajo hay que tener diplomas y la UNAM no es una institución reconocida. Hubiera tenido que hacer una segunda maestría; ¡otros dos años de estudios! Y aquí hasta el más tullido es alambrista. Cualquiera mucama moldava de la era soviética habla tres idiomas y puede disertar sobre la teoría de Planck y la química cuántica. Las clases especiales para niños extranjeros son, en efecto, acogedoras y Tania se siente a gusto con sus nuevos amigos colombianos. Sale con ellos a bailar vallenato y cumbias, pero esta modalidad no permite continuar los estudios de prepa; está prevista para encaminar a los chavos inmigrados hacia oficios de tipo aguador, que al primer viaje se aprende. Luego, es obligatorio contratar un seguro privado de enfermedad y accidentes, pero son carísimos, y sin empleo ni ingreso, resultan simplemente inaccesibles. Y para tener derecho al seguro de desempleo, se debe haber trabajado por lo menos un año aquí.

El sistema social ginebrino es como una pista de ciclismo: crees que vas bien resguardado y guiado por las instituciones —dos rayas amarillas paralelas pintadas en el suelo—, pero antes de que te des cuenta, te llevaron en medio de la calle, sin protección, entre el tranvía y los coches, donde desaparecen de repente las rayas, dejándote sólo en medio del caos. ¿Y qué haces? Regresas a la orilla y te campaneas el tranvía, te quedas en el centro y te pitan los carros.

De modo que rápidamente me queda claro para dónde tengo que hacerme: pegarme a la orilla, junto a la coladera, quitarme los moños y olvidarme de mis títulos universitarios y de veinte años de experiencia laboral como economista. Empezar en lo que sea, pero ya. Me inscribo en todas las agencias de empleo que encuentro en el directorio y al cabo de un mes me contratan de secre en una compañía transnacional que se dedica a engullir a todos los pequeños laboratorios de análisis clínicos que se dejan comprar, fortaleciendo su monopolio, que ya dicta sus tarifas en toda Suiza y que incluso

logró que el Estado les prohibiera a los consultorios médicos efectuar sus propios análisis.

Isabel, la responsable de los recursos humanos de la empresa, había favorecido mi estrambótica candidatura porque se identificó de inmediato con mi condición de madre soltera (lo era también), de piscis concedor de todas las aguas (nacimos el mismo día), de nómada (ella se muda de casa cada dos años) y porque presintió que ambas podíamos fácilmente dejar en el vestíbulo ciertas competencias y aspiraciones con tal de cumplir con otras prioridades.

Entre las personas que me entrevistan para ver si correspondo al perfil deseado, está un psicólogo, mentor del director general con quien trabajaría. Me pongo muy nerviosa. Una cosa es que evalúen mis conocimientos de idiomas, de cómputo o mis capacidades organizativas, y otra muy diferente es tomarme las medidas de mi personalidad. Nunca había hablado con un psicólogo. Con un curandero sí, un maestro que supo sanar la amenorrea y el insomnio que padecía tras la separación de aquel bailarín casado. Se inclinó sobre mis pupilas, auscultó mis pesadillas y supo que mi mal era de amor y que se me iba a curar cuando dejara de resistir inútilmente y que aceptara lo sucedido, y por mientras, me devolvió las reglas y el sueño con extractos de plantas. Pero este psicólogo empresarial no me ve para ayudarme, sino para detectar algún defecto de carácter que me hiciera incompatible con el jefe. Me aterroriza la idea de que sea capaz de penetrar en mi subconsciente y de sacar mis inseguridades al sol, pues en este momento mi estabilidad y la de mis hijas dependen de que consiga la chamba. Me pregunta:

—¿Cómo reacciona cuando sus hijas la hacen enojar?

Mi mente se pone en el modo “Window search”, con una linterna barriendo los archivos de izquierda a derecha. No encuentra nada. Enojarme con mis hijas no se aplica a ninguna situación que hayamos vivido. Me pueden sorprender, angustiar, abrumar, entristecer, hacerme sentir impotente, fatigar, disgustar pero enojar, lo que se dice enojar, no se me viene nada a la mente. Confundido por mi

silencio, el psicólogo piensa que le escondo un proceder inenarrable y me sugiere:

—¿Les pega, les grita?

—¡NOOOOOO! Jamás les pego y no me dan motivo para sentir coraje. En general, es muy difícil que algo me haga enojar; se tendría que actuar de mucha mala fe.

Me pregunto qué tiene que ver mi comportamiento de madre con las tareas que desempeña una secretaria, pero quizá en Ginebra sea un examen normal para entrar a trabajar. Un misterio más en este planeta raro.

Con mi contrato recién firmado corro a la agencia inmobiliaria. Ora sí, soy sujeto de crédito y puedo alquilar un departamento en una ciudad dormitorio en el barrio vecino al de mis padres, para que Natalia pueda seguir en la misma escuela donde ya empezó su cuarto año de primaria. La vivienda había permanecido vacía durante dos años, cosa inexplicable con la penuria existente, pero al abrir la puerta por primera vez, entiendo la razón. Un tufo hediondo de pis de gato penetra mis canales olfativos y el piso de plástico imitación mármol empieza a tambalearse por el mareo, mientras que los ojos buscan apoyo en el marco de la ventana pintado, como las puertas y todo lo que es de madera, de un ameno gris penitenciario. Urgida de aire fresco, la mirada atraviesa el cristal de la ventana para terminar su recorrido en la gasolinera de enfrente.

—¡No está mal! —opina mi madre, falsamente jovial—, están en el mejor edificio. No es tan alto como los demás.

A mí no me hubiera importado que tuviera unos cuantos pisos más, con tal de no tener ese olor, ni ese linóleo tan naco, ni esa pintura tan lúgubre ni esa vista tan deprimente.

Así fue nuestro primer hogar. Pero a los pocos meses, mi nueva hermana Isabel me invita a compartir su casa, porque quiere ahorrar en la renta, en preparación de su próximo brinco: la compra de un molino en el sur de Francia. Y aterrizamos en la casa de sueños de Nati, sin mayordomo y todo: un enorme pabellón situado en medio

del antiguo campo de golf donde de niña ganaba mis primeros centavitos recogiendo las pelotas desatinadas y que fue reconvertido en parque con pistas de atletismo y canchas de fútbol y de tenis, junto a un charco de ranas barítono. Desde los ventanales de la sala nos dejamos subyugar por la belleza de los ocasos que se me antojan africanos por lo grandioso del espectáculo; la bola bermeja desciende rumbo al Jura, envolviéndolo todo en un vigoroso halo anaranjado, sobre el cual destacan, a contraluz, los brazos extendidos de los ancianos baobabs, que aquí son robles. Bienvenida a la Mansión Sapo, reza el letrero que colocamos en la puerta de entrada, junto al león-timbre que fabriqué y al que hay que jalarle la lengua de latón para tocar.

Mis ansias justicieras me conducen muy naturalmente a empujar el pesado portón medieval del *Sindicato interprofesional de los y las trabajadore-a-s*, aunque estoy consciente de que es un pobre sustituto de las organizaciones en las que milité en México. Los sindicatos hacen un trabajo necesario pero superficial; como no se plantean un cambio de sistema, sino sólo arrancarle a la burguesía algunas migajas de la riqueza generada por los propios trabajadores, los esfuerzos de años pueden quedar reducidos a polvo en un día. Así, en Suiza los sindicatos patronales de la rama de la construcción decidieron un día de octubre de 2007 ignorar el contrato colectivo, el más antiguo de Suiza, en vigor desde hace sesenta años. Eso les permitió contratar a trabajadores –generalmente extranjeros– con salarios por debajo de los mínimos del CCT, hacerlos trabajar aun en mal tiempo y exigirles horas extras sin pago, pues con la apertura de las fronteras, hay millones de desempleados de toda Europa y de más allá, dispuestos a cualquier cosa con tal de tener un ingreso.

Soy delegada sindical, miembro del Comité Central, pero me fastidian las luchas internas sobre posiciones que no han cambiado desde los años sesenta y que los viejos dirigentes defienden con chantajes y maniobras en asambleas. Un día teníamos que votar acerca de la posición que se iba a tomar frente a la propuesta de una nueva ley sobre el seguro de desempleo, que consistía en dejar a los desempleados en la

calle, sin subsidio, seis meses antes que en la ley vigente, a cambio de vagas promesas de “cursos de formación”. ¿Y si son tan eficaces esos cursos, por qué no los dan de inmediato y así baja el desempleo sin necesidad de cambiar la ley? ¡Como si bastara un cursito de seis meses para que los trece mil desempleados de Ginebra encontraran trabajo! Total, votamos mayoritariamente en contra de la nueva ley. Pues se enojan los cinco secretarios generales, molestos porque no habíamos seguido su recomendación de aceptarla, ¡y ante la asamblea atónita se levantan y declaran que renuncian en bloque! Quién sabe qué habrán negociado con el Estado a cambio de su sumisión a la malvenida propuesta. Al parecer, el sindicato, que ya administra parte del seguro de desempleo, podía obtener más fondos para cubrir el costo de los nuevos cursitos e incluso organizar algunos ellos mismos. Durante una semana, nuestro sindicato quedó acéfalo, hasta que los dirigentes, magnánimos y conciliadores, retornaron a sus tronos declarando que siempre no renunciaban a la dirección del sindicato pues no querían perjudicar a la lucha sindical.

Las mismas manipulaciones se dan en el Partido Verde Ecologista al que me afilié. Tenemos a dos representantes en el gobierno ginebrino; el secretario de finanzas y el de la planificación urbana. El primero no tuvo empacho en bajarles los impuestos a los más pudientes y en hacer recortes en todos los rubros, incluso la salud, el seguro de desempleo y a las jubilaciones, y el segundo entregó el territorio a grandes promotores que lo único que les interesa es construir horribles torres de jaulas de conejos para sacarles multimillonarias ganancias. No hay una visión ecologista, de desarrollo con uso de energías naturales, zonas verdes y peatonales, empleos cerca del alojamiento, ni nada. Así que también allí sólo voy a las asambleas a cuestionarlos y a tratar de sacudir a toda esa verdura de su modorra. Pero es agotador y desmoralizador.

Al año me despide el director general del holding de laboratorios. Estaba sumamente perturbado al anunciarme su decisión y había necesitado de una sesión previa de asesoramiento de parte de su coach,

el psicólogo que me había preguntado cómo reaccionaba cuando me hacían enojar. Ahora entiendo que era en previsión de esa eventualidad, para proteger a su paciente de reacciones violentas. El pobre hombre era extremadamente introvertido (una característica que le volvía dificultoso su papel de mando) y se había dado cuenta de que yo estaba al tanto de su relación amorosa con un colega, por un tierno mail que éste le había enviado a mi jefe y que abrí, junto con todos los demás correos, por encargo de mi director que estaba entonces de viaje. Antes de tomar la decisión de deshacerse de la desafortunada testigo accidental, lo torturó durante una semana la idea de que pudiera revelar su secreto a alguien más. No se había percatado de que radio pasillos se había encargado de difundir los episodios de su historia amorosa desde un inicio. Pero nada. En Ginebra los géneros, las razas y las culturas se conjugan de los más diversos modos y la homosexualidad, como cualquier religión o filosofía, es simplemente considerada como una opción más.

Al mismo tiempo, quiebra el restaurante que el amigo de Isabel administra, propiedad del estado de Ginebra y del cual depende nuestra casa, pues es la vivienda destinada al gerente. Nos expulsa sin piedad la señora alcaldesa, insensible a mi plegaria de madre soltera responsable de tres hijas, recién llegada del extranjero y ahora desempleada. El asunto se lleva a un tribunal, donde los jueces le dan la razón. Lo absurdo del caso es que el nuevo gerente (soltero y sin hijos) no necesita la casona y nuestra Mansión Sapo se quedará vacía dos años. O sea que sólo se trató de una demostración de fuerza de parte de las autoridades del cantón (mayoritariamente socialistas, para acabarla de amolar) y de la aplicación de un principio, aunque les haya implicado pérdidas, pues yo les hubiera seguido pagando la renta que ya pagaba regularmente.

De modo que estamos de vuelta en el punto de partida: sin techo ni chamba. Se acabó la sopa de fideos; nomás quedó la de jodeos. Mi vida es una espiral en la que cada cierto tiempo me da la ligeramente desagradable sensación de revivir situaciones *déjà vues*. Si debemos

sacar lecciones de todo lo que nos pasa, hay materias que repito pero cuyos mensajes escondidos obviamente no termino de captar, mucho menos de procesar.

A mi caótico currículum se le agrega pronto una nueva *misión*, ecuménico nombre para decir chamba, en el nuevo vocabulario desarrollado por la Oficina del Desempleo, destinado a venderse mejor en un mercado laboral saturado.

Me da pena confesar mi apostasía. Volteé la chaqueta, entré de *associate* al Foro Económico Mundial para colaborar en los preparativos de la cumbre de Cancún, organizada por Fox, recién electo, para presentarle su nuevo gabinete al mundo con toda simplicidad y modestia, en el marco del Foro Mundial, el club de encuentros de los más ricos y poderosos del planeta. Me he cuestionado mucho acerca de mis motivaciones para aceptar semejante papel, en completa oposición a las convicciones con las que intento darles cierta coherencia a mis peregrinajes y andanzas. Vilmente, creo que es porque me pagaban el viaje a Cancún, quince días en la playa y la oportunidad que ello representa de que Nati vea a su papá. Una amiga empezó su tesis de doctorado en psicología sobre el tema de la trasgresión de las fronteras morales y éticas, los objetivos de vida y valores que uno cree haber establecido, y que en un momento dado se echan por la borda, a cambio de un soborno material o de una cuota de poder. Pero además, pensaba yo, si estoy metida en el Foro, podré conocer al monstruo desde adentro y el conocimiento del enemigo permite combatirlo mejor. El momento crucial —analiza Adri— es cuando se justifican los medios por el fin. Ahí empieza el deslizamiento hacia el otro lado.

Mientras mis casi trescientos colegas están en la gran misa anual del Foro Económico en Davos, donde los sacerdotes del poder deciden cómo se van a repartir la riqueza industrial, natural y financiera del mundo, afectando la vida cotidiana de millones de seres humanos, yo, en mi oficina de Ginebra, con vista al lago, me dedico a contactar a los oradores, invitados y espectadores de aquella otra misa menor, del

reparto de México entre funcionarios y empresarios, nacionales y extranjeros. Se habían ido todos, incluyendo a los técnicos informáticos, con todo y el servidor central. Aparte de los guaruras que cuidan el edificio, pues siempre hay amenazas de ataques por parte de los globalifóbicos, como los bautizó Zedillo, me encuentro completamente sola. La Whitney Huston y sus *body guards*.

A fines de febrero estamos reunidos, Natalia su media hermana y su papá Gabriel, todos los gastos pagados, en un lujoso hotel del bulevar Kukulkan; sofisticadas albercas sinuosas con islitas-bares, recámara tamaño sala, bufetes imperiales, y asistimos impotentes y horrorizados a la tremenda friega que los robocops les ponen a nuestra gente, los altermundialistas, ahí, enfrente del hotel, con gases lacrimógenos, golpes de macana, tanques militares y helicópteros, por el delito de pedir un mundo más justo.

Regreso a Ginebra con náusea existencial, asqueada por lo que vi, de mí, de lo que no denuncié, de mi complicidad silenciosa. Y se termina mi deleznable *misión*.

Prometo enmendarme en mi próxima vida, y la oportunidad para ello se me brinda pronto con un puesto de coordinadora del departamento de formación en una ONG de derechos humanos.

—Hay quienes matarían a padre y madre por tener un trabajo así —afirma la Caro, que no sabe a quién ofrecerle sus servicios como recién egresada de la facultad de estudios internacionales.

Durante cuatro años me dedicaría a organizar e impartir cursos sobre la utilización de los mecanismos de la ONU de protección de los derechos humanos y de denuncia de sus violaciones.

En cada sesión se escuchan historias espeluznantes sobre las mil y un maneras que tienen los gobernantes de maltratar al prójimo, económica, social o físicamente. Les ayudamos a los activistas a denunciar los crímenes de que son objeto sus compañeros y sus pueblos, ante los distintos foros de la Comisión de Derechos Humanos.

Implementamos un seminario en Tijuana, que reúne a activistas, abogados, empleados de la Procuraduría estatal de los Derechos Hu-

manos, e incluso a algunos agentes de la policía local, para detallar las obligaciones que tiene el Estado con respecto a la protección de los derechos humanos, en virtud de las convenciones internacionales firmadas por México.

Ramiro, miembro de una ONG local, denuncia que aquí, como en todo el país, los periodistas son sujeto de violencia e intimidaciones que les impiden trabajar y que limitan su libertad de expresión. Hay incluso casos de asesinatos de periodistas –nunca esclarecidos– que habían revelado asuntos incómodos para las autoridades. Pregunta Ramiro cómo operan los diferentes mecanismos de la ONU que podrían utilizarse en este caso. Pero entonces, al enterarse de las cláusulas en las que puede sustentarse una denuncia en el foro internacional de las Naciones Unidas, se les para la fibra nacionalista a los agentes y a ciertos funcionarios más interesados en solapar a sus jefes que en proteger los derechos de los ciudadanos, y nos increpan, tachándonos de entrometidos, de difusores de ideas “extranjerizantes”. Insisten en la predominancia de la legislación mexicana sobre la internacional (no les importa que las convenciones hayan sido ratificadas por México) y en que nadie más que los propios mexicanos tiene el derecho de juzgar lo que se está haciendo o no en el país. Defienden el derecho de la nación a escudarse detrás de su soberanía para evitar el escrutinio internacional de sus fallas. Y en un intento por aliar a su causa al resto de la audiencia, un porta-voz de los nacionalistas enuncia con mucha solemnidad el famoso lema del benemérito de la Patria; “el respeto al derecho ajeno es la paz.” ¡Por Dios, estos tipos estaban haciendo una completa reformulación de la jurisdicción internacional!

Durante la reunión del G8 en Génova (otra reunión de los encumbrados), nos llega la terrible noticia de que la policía italiana le había disparado a un joven manifestante, Carlo Giuliani, rematado por una camioneta militar que avanzó deliberadamente sobre el cuerpo baleado, después de haber impedido a sus compañeros y a los médicos aproximarse. No satisfechos con esta cuota de sangre, arremetieron en plena noche contra la escuela Días, único lugar considerado aún

seguro por los manifestantes, centro de las oficinas de prensa y en la que dormían un centenar de desobedientes civiles. Y a los muchachos acostados, inermes, les propinaron una paliza a macanazos que tiró dientes y desfiguró a no pocos. Cintas, fotografías y videos fueron confiscados, aparatos rotos. En el cuartel de policía siguieron las torturas; no hubo atención médica para los heridos, ni agua para los sedientos, ni posibilidad de cerrar el ojo bajo las luces permanentes: los interrogatorios se sucedían a intervalos regulares, los obligaron a observar series de imágenes donde la pornografía alternaba con retratos de Mussolini y del ejército nazi en acción. Se me enchina el cuero. Mi hija Ayari, que ha tomado mi relevo en las barricadas de las justas causas, está ahí, presente, en las marchas anti G8 de Génova.

Cuenta a su retorno que desde antes de la cumbre toda la ciudad estaba ya sitiada por el ejército y la policía; que empujaron a los manifestantes hacia la orilla del mar donde por un lado les apuntaban hombres armados de fusiles desde barcos militares y lanchas, y por el otro los cañones de los tanques militares. Helicópteros sobrevolando a los “prófugos” a unos cuantos metros de altura, atizaban el pánico colectivo. Que la táctica consistía en rodear a pequeños grupos de manifestantes pacíficos para gasearlos profusa, sádicamente, mientras que de los camiones militares salían hombres enmascarados, que les prendieron fuego a los carros estacionados, sin ser molestados en lo más mínimo por la policía. Que en la noche del asalto al dormitorio donde habían estado alojados, una voz intuitiva le urgió a Ayari irse de Génova en uno de los trenes puestos a disposición de los manifestantes por los ferrocarrileros simpatizantes de su causa, para escapar de la ciudad sitiada. Y se encaminaron ella y su compañero rumbo al sur de Italia.

En miles de cartas enviadas a las embajadas de Italia, ciudadanos de todo el mundo piden justicia y exigen la renuncia de Berlusconi. Los testimonios de las víctimas llegan masivamente a nuestra ONG, que procesa ante la ONU las denuncias en contra del gobierno de Berlusconi.

Pero nuestro trabajo está entorpecido por tensiones internas. En casa del herrero, azadón de palo. El fundador y director de la organi-

zación la maneja desde sus inicios, hace veinte años, de una manera bastante patriarcal; hace un uso discrecional de fondos y donativos diversos y trata al personal, sobre todo a las jovencitas, con autoritarismo y desdén. En la historia de la ONG había una rotación muy elevada del personal y varios habían tenido que recurrir al psicólogo para reestablecer su machucada autoestima, después de un trato particularmente denigrante. Pues bien, ese verano, contando con un equipo bien cohesionado, tomamos la defensa de una colega hostigada, lastimada por las palabras hirientes del jefe y le armamos un lío al Comité Ejecutivo, que en todos estos años había hecho como que le hablaba la Virgen, remitiendo siempre el problema denunciado por una víctima a las manos del director acusado, para que él lo resolviera. Para colmo, tenemos ya un déficit equivalente a seis meses del presupuesto, y con ese pretexto nos amenaza el director con cerrar el changarro y despedirnos a todos.

Escogimos el Día Internacional de los Derechos Humanos, el 10 de diciembre, para denunciar públicamente, en una conferencia de prensa organizada por el sindicato, la situación que se había vuelto más compleja de lo que ya era, a raíz de la decisión del Comité Ejecutivo de despedir a más del cincuenta por ciento del personal, después de haber fingido escuchar nuestras dolencias. Me eligen portavoz y esa noche salgo en el noticiero local, denunciando violaciones a los derechos de los trabajadores... de una organización de derechos humanos. Al otro día aparecemos en la primera plana del *Courrier*... ¡Y vas, patitas pa' fuera otra vez!

El hecho de que alguien pueda desecharme de esta manera, quitarme otra vez mi identidad apenas recuperada como trabajadora, partícipe de la sociedad, y desestabilizarme tan fácilmente me da mucho coraje y despierta mi fibra justiciera. Me pongo a estudiar los estatutos del personal, los artículos de las leyes laborales sobre los motivos válidos para despedir a un trabajador; platico con expertos del derecho laboral sobre la cuestión, con otros empleados de varias ONG, con la presidenta de la nuestra. Pido y obtengo una cita con el Secretario del

“Empleo y la Solidaridad” de Ginebra. Esta vez no me voy a limitar a enviar mis ofertas de trabajo a diestra y a siniestra. ¡Ya basta! El paso siguiente será ir a Berna, a la capital, a exigir una solución para los desempleados de largo tiempo que ya no tienen derecho al subsidio ni a nada. No pueden tirarnos al caño así nomás.

Me junto con otros desempleados añejos para preparar una estrategia de acciones mediáticas y políticas. Saco mi pluma de redactora de *Iskra* (la chispa) de mi cajón y analizo, comparo, hago estadísticas, estudio el tema bajo distintas ópticas, para revelar la verdad de lo que está pasando, con el fin de sacudir a nuestros legisladores y autoridades y ponerlos frente a sus responsabilidades...

Como cada año, celebramos el día de muertos tal y como manda la flaca. Pongo un largo altar cubierto de flores, calaveras de chocolate y de alegría pelando sus dientes de cacahuates, velitas, retratos de nuestros antepasados y de personas cuya vida y muerte me había impactado de alguna manera, como Digna Ochoa, abogada de campesinos ecologistas acusados de subversivos y que se “suicidó” de un balazo en la nuca, Rachel Corrie, joven pacifista norteamericana, arrollada por un bulldózer israelí cuando intentaba impedir la destrucción de una casa de Gaza y también Gregory, fallecido a los 24 años, de muscoviscidosis, una enfermedad degenerativa del pulmón, y que cantaba con una voz y un carisma de ángel sobre el sentido de esta vidurria, que él sabía iba a ser tan efímera... Escuchamos música mexicana (un amigo de Radio Educación me había grabado una docena de casetes de sones, jarabes, huapangos y canciones de la revolución), hubo muchas risas, champurrado, algunas borracheras, tinga, pollo con mole y dulce de calabaza, y todo un fandango bajo las tiras de papel picado y la mirada hueca de Coatlicue, presidiendo el altar, Diosa de la tierra que da la vida y la retoma cuando ella así lo decide.

Dos semanas después, mi papá fue trasladado a la clínica estatal, con el pulmón lleno de agua, ahogándose literalmente en sí mismo. Llamé a mi hermano, que vive en Berna, para que viniera a despedirse de él. No lo había visto desde hacía más de veinte años, cuando se

alejó de mis padres (y luego también de nosotras, sus hermanas) tras una serie de disputas entre su esposa y mi mamá, por razones que creo nadie recuerda muy bien. Pero el rencor es tenaz y ninguna de las dos partes ha tomado nunca la iniciativa de hacer las paces.

Toma mucho tiempo aprender a pedir y a otorgar el perdón. El orgullo y el ego son obstáculos tenaces. Me platica Elisa, mi compañera de faena en la recogida de las pelotitas de golf, que hace poco se enteró de que su mamá la había dejado, a una semana de haber nacido, en una casa cuna adonde la iba a visitar solamente el domingo. El papá, de origen marroquí, no sentía que le atañeran ni la nueva responsabilidad de padre ni tampoco las conyugales. Elisa siempre había tenido un sentimiento de abandono sin explicarse el por qué, pues al divorciarse sus papás, cuando ella tenía 8 años, se quedó con su mamá hasta la mayoría de edad. Pero ahora, aunque haya entendido el origen de su sentimiento y aunque esto haya sucedido hace cincuenta años, no puede perdonar a su mamá. Es más, dice que no le sirve de nada que su mamá le haya pedido disculpas y le haya explicado su versión: “Fue para que tuvieras los mejores cuidados, pues tenía que trabajar y no podía ocuparme de ti”. Cada una se atrinchera detrás de su verdad, de su vivencia y ni la madre puede aceptar que tenga algo que ver con el malestar de su hija, ni puede Elisa digerir su dolor, muy real pero pasado, sin correlación con la etapa actual, para que vivan juntas y bien el trecho que les queda.

Lo mismo le pasa a Daniel. Pretende que si son la única pareja, de entre nosotros cuatro, que sigue unida desde que se conocieron, en el colegio, es gracias a no tener ningún vínculo con la familia. Tampoco visitan a la familia de ella. Será por el viejo y conocido mecanismo psicológico que permite unir a una nación ante la amenaza del enemigo externo. Después de treinta años de matrimonio, al parecer le sigue funcionando la artimaña. Daniel y Eva viven en su burbuja, una rutina muy parecida a la de mi abuelo, empleado bancario en el mismo establecimiento, desde mozo hasta la jubilación. No tuvieron hijos, salen poco y dentro de un radio que no rebasa las estrechas

fronteras suizas. Nunca se alejan tanto como para no poder volver a su casa de noche.

—Voy a pedir un día libre la semana que entra —propone.

—Será demasiado tarde. Vente mañana.

Llega, en efecto, al día siguiente, igualito a como se ve en la foto donde carga en brazos, tieso y adusto, a mi beba Tania, recién nacida. Lo llevo al cuarto donde yace mi papá. Sale a los cinco minutos, cohibido, sintiéndose torpe.

—Es que no sé qué decirle, se disculpa.

—Cualquier cosa, no hacen falta grandes discursos. Escucha tu corazón, va a poner en tus labios las palabras que estás buscando e indicarte los gestos que necesitas.

Esta vez se queda media hora. Sale, platicamos un rato, el último reporte médico, saluda a Eva de mi parte y repórtate de vez en cuando, me daría gusto y se aleja, rígido en su traje oscuro de funcionario federal. Reconciliado con su hijo, se murió mi papá al día siguiente, en los brazos de mi madre. Yo le había dado de comer a mediodía, un yogurt de fresa. “¡Es bueno el cocinero!”, bromeó. Su último alimento. Su último chiste. Se lo comía despacio, despacio, los ojos cerrados, alargando las pausas entre cada cucharada. Está haciendo el aprendizaje de la eternidad, pensé.

—Nunca hablamos mucho —le dije quedito—, pero nos comprendemos. Y él asintió: nos comprendemos.

Al salir del trabajo me detengo en el centro comercial. Quiero aturdirme con las luces y decoraciones navideñas, y con el gentío apurado en compras febriles. Me llama mi cuñado para darme la noticia. El ajeteo alrededor mío se detiene, se vacía de contenido. Así que esto es la nada; un espacio ruidoso, luces, voces y agitación pero donde la ausencia lo ocupa todo. Nunca más escucharé tu voz tranquila comunicándome confianza, todo saldrá bien; ya no vendrá a mí ese andar mesurado ni me sonreirá esa mirada de una bondad infinita azul-gris piedra de luna, entera, armoniosa.

Busco el sosiego en la paciencia serena de lo inorgánico.

—¿Crees que tienen vida las piedras? —le pregunto a Yves-Pierre⁶, suponiendo que por su nombre, ha de ser pariente suyas.

—¡Claro! La vida es transformación y las rocas respiran, tienen memoria, se desplazan, se multiplican y se disuelven. No nos damos cuenta porque nuestro ciclo de vida es como un suspiro al lado del de ellas, pero están hechas de energía, de luz, como los seres humanos.

Me rodeo de piedras. Su reserva me transmite quietud, me alegra su humilde belleza. Cuadros de rocas, librero de granito, alfombra como empedrada, sofá con respaldo en forma de rocas apiladas, velas, piedras del camino, de los muchos caminos recorridos por mis conocidos, a los que les pido me traigan de recuerdo un pedazo de silencioso mineral.

Y este mismo año, sin conocerlo, llego por casualidad al reino de las rocas, en la isla de Cerdeña. De sus maravillosos paisajes se desprende una gran placidez, un sentimiento de equilibrio perfecto entre agua, cielo y tierra, producto de una meditación lograda. Las costas de Cerdeña están sembradas por rocas gigantescas esculpidas por el viento y el mar, como cementerios de seres prehistóricos descomunales.

Sentada en la espalda redonda de un dinosaurio, frente al sol diluyéndose en reflejos anaranjados y turquesas, sabes que todo está en su lugar, todo es perfecto, no te falta nada.

Y pasan cosas extrañas, vivencias de una intensidad rara. Parada en medio de un semicírculo de menhires, o bien frente a un pozo sagrado, de perfecta manufactura, dedicado a la diosa madre Tanit (también llamada *Oum* por los cartagineses) en el que el sol se reúne con el agua por un hoyo en la bóveda, durante el equinoccio, o en una “casa de hadas” (tumbas del neolítico cavadas en rocas) se siente uno invadido por un gran respeto hacia los conocimientos, la sabiduría de nuestros antepasados de hace siete mil años. Y se me hace que hoy en día nos desgastamos en correr tras metas absurdas, cuando lo que en realidad se busca es algo muy simple, algo tan sencillo, tan evidente que la mayoría nunca ve, por correr demasiado aprisa.

⁶ Pierre (Pedro) quiere decir “piedra”.

Casi al final de nuestro viaje, en la *Costa Smeralda*, la más bella de toda la isla, tuvimos un accidente que nos recordó que la frontera entre la vida y la muerte es muy tenue, que hay que concentrarse en lo esencial y no perderse en vanidades.

Manejo despacio, cegada por el sol en el ocaso. En una curva en S veo de repente una bola gris, fulgurante, acercarse hacia mí a toda velocidad. Medio segundo más tarde, un choque estruendoso, olor a quemado, el carro avanza unos metros más y se para en medio de la carretera. Miro mis manos, mi cuerpo, al parecer todo está intacto, no siento dolor alguno. Volteo hacia Nati a mi lado, que me dice que está bien. Salimos y veo junto al carro una serpiente verde enroscada. Pasamos encima de ella cual si fuese una inofensiva hiedra y ella se alza, me mira y me saca su lengua partida.

No entiendo por qué no funcionó el reflejo del miedo ante el peligro, ¿será que el haber pasado indemne por un primer grave peligro lo anestesió? La serpiente. Mensajera entre el cielo y la tierra. Le ayudó al Principito a regresar a su planeta. Durante todo el viaje me había sentido en contacto estrecho con este otro mundo, el de todos aquellos que nos han precedido en este planeta. Y estuvimos a un dedo de alcanzarlos, en el otro lado del espejo.

La bola que había destrozado por completo la parte delantera del carro era la llanta de un remolque para barco larguísimo, que no había seguido la curva del carro que lo jalaba y se había quedado en nuestro carril.

Y lo que nunca en la vida: choco casi una vez al mes después del accidente. Nunca nada grave, sólo hago acordeón la carrocería. Y sé perfectamente que es por falta de atención, porque estoy pensando en las dos cosas desagradables que me perseguen desde mi llegada a Ginebra: que me hayan corrido de mi trabajo y que me hayan sacado de mi casa.

Parece un mal cuento. Pero es la verdad.

Me expulsan nuevamente del departamento que Ayari nos había encontrado después de la saga de la Mansión Sapo. Resulta que sin mi

princesa mayor, que se fue a vivir en comuna al ocupa del *Rhino*, ya no tengo derecho al departamento de tres recámaras, subsidiado por el estado aunque propiedad de DuPont de Nemours, una transnacional gringa de farmacología. La Oficina de la Vivienda me había avisado que me iba a anular el contrato, de acuerdo con la cláusula de “subocupación” que exige rescindirlo de inmediato cuando hay más cuartos que personas, para poder otorgarlo a una familia más grande, lo cual me parece un principio muy loable y socialmente justo. Les informo que puedo liberar el departamento a finales de diciembre. Mi mamá me había ofrecido lo que había sido su “departamento de verano” en la planta baja de la casona familiar, donde mis papás acostumbraban estar durante el día para tener acceso directo al jardín. Pero en diciembre me demanda el propietario, exigiéndome tres meses de renta, por “haberme ido fuera de plazo” que según ellos era en marzo, y por no haberles propuesto a un nuevo inquilino (cuando es prerrogativa del Estado) porque ellos dizque no habían encontrado a nadie. Esto es simplemente ridículo, pues la crisis de la vivienda está en su apogeo; hay más de tres mil solicitantes esperando un techo, según me lo comentaron los empleados de la Oficina de la Vivienda, responsables de seleccionar a la familia a la cual le van a rentar el departamento, según ciertos criterios sociales.

Y empieza un enredo de lo más absurdo, totalmente kafkiano. Los dueños de una de las transnacionales más rica y poderosa del mundo, que goza de un ingreso neto de más de mil millones de dólares por trimestre, según la revista *Fortune*, persiguen jurídicamente, durante cinco años, con el apoyo de varios abogados y la intermediación del Estado, a una ciudadana que aceptó mudarse porque tiene conciencia social, madre soltera desempleada, obligando a cinco magistrados a reunirse en tres ocasiones, con la finalidad de recuperar una suma de risa para el gigante de la química, ridícula frente al tamaño de los esfuerzos y recursos desplegados y por lo demás injusta puesto que el desalojo había sido a petición del Estado. ¡La caricatura del imperia-lismo a nivel microorganismo!

Sintiéndome como la reina destituida María Antonieta, sola frente a los Jueces de la Historia, le pregunto al presidente del jurado:

—¿De qué soy culpable? ¿Por qué me castigan?

—Señora, no es un castigo, es un arreglo. Los dueños del departamento están siendo muy conciliadores; en vista de su situación, disminuyeron sus exigencias.

—¡Esto es un vil atraco en despoblado! Entonces si un asaltante le pide su cartera con cinco mil francos y viendo que no los tiene, sólo pide tres mil, ¿ya no es un robo sino “un arreglo”?

Entonces, a falta de argumentos, el juez cambia de táctica –muy obsequioso hacia los importantes y bien trajeados abogados del gigante de la química, y juega la carta de la compasión.

—Entiéndame, señora, tiene que hacer también un esfuerzo, ellos ya lo hicieron por su lado. Y usted los llamó “atracadores”, es una palabra muy fea, ofensiva. Si no acepta el trato, me voy a sentir muy triste al regresar a mi casa esta noche.

No puedo creerlo. ¿Se referirá a esto lo que los socialistas arrepentidos llaman “humanización del capitalismo”? ¿Que los poderosos expresen sentimientos de desolación, con todo y lagrimitas de azuquitar, frente a la renuencia de los explotados a dejarse desplumar?

Entonces, en una serie de lapsus de impotencia, destrozo una y otra vez la carrocería del elegante Toyota heredado de mi papá.

Un día, leo en un mail de la Paty, de esos de filosofía de masas que se forwardean a toda la libreta de direcciones: “Si dejas de alimentarlos, tus problemas morirán”.

Bien. Decido dejar de ver mis malas películas en circuito cerrado. Una cosa es analizar un problema para hallarle una solución y otra es revolcarse en él hasta el mareo. A partir de ese instante asumo plenamente mi transitoriedad. Sí, he pasado por muchas experiencias muy variadas. Sí, he trabajado para muchas entidades públicas, empresas y ONG, ocupando diversos puestos en la jerarquía, a veces con responsabilidades, a veces como simple peona, y haciendo tareas que van desde la perforación de agujeros, la elaboración de

perfumes o el alquiler de carros, hasta la enseñanza para la tercera edad, el dibujo arquitectónico o la diplomacia. Llegué incluso a ser difusora de la Palabra Divina. Me he mudado de casa dieciséis veces. Casi ningún cambio fue por decisión mía. Pero bueno, basta cambiarse de papel, pasar de víctima de la voluntad nefasta de otros a espectador divertido, cómplice de otros espectadores o cambiar de plano de escenario.

Repasando los numerosos tramos de mis andanzas, no sólo encuentro muchas cosas positivas en cada uno, sino también en el hecho en sí de ser una bohemia profesional. Esto me ha dado muchas oportunidades de conocer diversos mundos y de enriquecerme con nuevas amistades, experimentar múltiples formas de resolver problemas, aprender nuevos conocimientos de todo tipo, saber cómo se siente estar arriba, abajo y a un lado de la escala social. Y veo cuán afortunada soy de haber vivido tantas vidas en una.

Estamos de paso. Es el viaje lo que importa, no el arribo. Soy misionera. Soy el personaje principal de mi teatro, que elegí que fuera siempre nuevo, siempre sorprendente, tal como es la vida misma. Tal vez sea sólo el sueño de alguien. Tal vez su instrumento. En fin, lo asumo plenamente, sí, soy saltamontes, avanzo y retrocedo a brincos. Mi nave no tiene un recorrido lógico ni previsible, tengo múltiples funciones y disfunciones, ¿y qué? *C'est moi*. En consecuencia, no me queda más que esperar los nuevos lances. ¡A otra cosa mariposa y bienvenidas las nuevas chocoaventuras! A ver qué nueva comisión me encomienda mi estrafalaria estrella.

Para facilitar mi transición a esta nueva fase de no resistencia, me meto a clases de meditación con un grupo de origen budista, que organiza eventos medita-deportivos en todo el mundo llamados "Peace run", hasta que la palabra "paz" fue considerada como subversiva por el gobierno de Bush, opuesta a la democracia que los bombarderos americanos estaban sembrando heroicamente en Irak. Entonces, las carreras fueron rebautizadas con un nombre políticamente correcto: "Harmony run".

Con mis compañeros de meditación descubro asombrosas formas de rebasar barreras mentales y físicas. Un día remé durante siete horas, junto a una chica inglesa que atravesó nadando de un extremo al otro el lago de Zurich, de cuarenta y dos kilómetros de largo. Casi llegando a la meta final de la competencia, nos atoramos en una corriente muy fuerte y por más que jalábamos yo de mis remos y ella de sus brazos, siempre quedamos a la misma altura que cierta iglesia de campanario redondo, en la ribera vecina. Agotadísima, la chica tuvo que renunciar y se alzó llorando en la barca, izada por su papá y por Sonia, de mi mismo centro de meditación de Ginebra. La consolamos como pudimos, admirando su valentía y su fuerza de voluntad, por haber continuado a pesar de que ya estaba muy cansada desde hacía tres horas y de saberse entre los últimos retardatarios.

Otro día fuimos a escalar uno de los picos más altos de Suiza, el Matterhorn, en los Alpes.

Llegamos al albergue de Zermatt el viernes por la noche después de un viaje de tres horas en carro y tren (el último trecho de media hora se hace en tren porque Zermatt es un pueblo enteramente peatonal) que pasó de volada entre charlas y canciones. Me había tocado el carro de la que sería mi compañera de cuarto, Adarini, lo que quiere decir “transformación”. Y en efecto, esta mujer no deja indemne a quien convive con ella, así sea por un fin de semana; se es diferente después de haber escuchado los relatos de su vida, sacados de una novela del surrealismo real. Así empezamos esta jornada, con historias como la de Adarini a los veinte años (fina muchachilla de ojos pícaros y cabello cobrizo) saliendo iracunda a las dos de la madrugada en el Queens, en Nueva York, para ir a romperle la jeta al vecino, un enorme tipo borracho, porque ponía música a todo volumen en la calle y no la dejaba dormir. La policía no se había movido a pesar de varias llamadas, aun cuando Adarini les preguntó a gritos por teléfono que si era necesario matar a alguien para que intervinieran. De modo que salió a arreglar el problema por sí misma. Ya a punto de lanzarse furibunda sobre el tipo, rodeado por sus cuates tan borrachos y mas-

todontes como él, llegó por fin la policía pero la arrestaron a ella y al responsable del ruido. Pasó la noche en el bote, esposada junto a su enemigo. Iba a escuchar historias más locas que las otras, durante todo el sábado, pues escalamos juntas el pico de 3 500 metros de altura.

Cuando quise prepararme para escalar la montaña al día siguiente, me di cuenta de que se me habían olvidado los zapatos de montañismo. Lo único que llevaba eran unas sandalias diseñadas por un artesano de Oaxaca. Tampoco había traído suéter para el frío de la tarde ni protector de labios ni crema antisolar ni toalla. Eso sí, en el fondo de mi mochila encontré una bomba para inflar la bici.

Llego puntual a la cita del sábado por la mañana con el resto de los casi cincuenta miembros del grupo, provenientes de toda Suiza, todos equipados con material de vanguardia especial para montañismo. Miran entre asombrados y reprobadores a mis pies, de los cuales está sujeta una suela de goma con unos hilitos trenzados tipo sandalia romana. Adarini no me mira los pies, ya sabe. Me mira a los ojos y me pregunta:

—¿Y tus lentes de sol?

—Adivina.

—¿Los olvidaste también?

—¡Eeeeh, sí!

Me asombra mi capacidad de poder sorprenderme a mí misma. De plano, estoy loca de remate; querer hacer montañismo como si fuera a dar una vuelta por el jardín. Me resigno. Ni modo, tengo que asumirlo. Por lo menos, así iría ligera y me cansaría menos.

Hacemos un pequeño acto conmemorativo delante de la placa puesta por el fundador del centro de meditación, Sri Chinmoy, que dice: “Con su vasto silencio, su belleza y su potencia, el Matterhorn nos brinda una sensación de paz sobrecogedora, recordándonos la fuente de la creación... La cualidad de la paz, basada en el amor y en el sentirse parte del todo, ayudará a la humanidad a crear un mundo de armonía entre todos los pueblos. La paz interior, que empieza en el

corazón de cada uno de nosotros, cambiará el destino de la humanidad. La principal necesidad del ser humano es sentir la paz interior.”

Muy bien. En eso estoy.

Caminamos hasta el último refugio del Matterhorn, desde donde se tiene una vista impresionante sobre una cadena de picos nevados a trescientos sesenta grados.

Un músico suizo, Christian Zehnder, supo comunicar en sonidos la gloriosa alegría que se siente allá arriba, en medio de las águilas y las marmotas, en particular con la melodía “*Schnee*” *minör* o *mjandrio*) en su página web: <http://www.stimmhorn.ch/deutsch/download.html>.

Pienso en Julio César, que atravesó los Alpes con sus tropas, calzados de sandalias, para invadir a los Helvetas. Si ellos pudieron, yo también. Me siento como dice la placa: parte del todo, próxima a la tierra, a la vez que sin peso encima. Una sensación maravillosa. Caminamos durante nueve horas. Ahí ya no puedo más, a menos de ir a gatas o de espaldas, en reversa. Pero nos íbamos a tardar otras dos horas. En ese momento sale de no sé donde un carrito eléctrico que se para a unos metros de nosotras. Su conductor tenía un asunto que resolver en un hotel y, si queríamos esperar unos diez minutos, nos llevaría hasta el pueblo. ¡Salvadas! Llegamos justo a tiempo para escuchar un concierto de arpa, cítara y flautas del grupo Silencio de las Montañas, de compañeras del centro de meditación, muchachas que parecen angelitas, no sólo por los saris blancos que llevan sino también por sus voces, etéreas como el aire que respiramos.

El domingo vamos a aspirar energías del glaciar más largo de Europa. Frente a este río descomunal de millones de metros cúbicos de hielo que avanza por entre dos cadenas montañosas, se absorbe una fuerza segura, invencible (con fondo de musical de *stimmhorn*: *triohatala*).

Et voilà. De vuelta a la casi normalidad. Casi, pues por adentro confirmé que no soy del todo normal. A nadie más se le ocurriría trepar uno de los picos más alto de los Alpes con sandalias de romano, sin lentes de sol ni crema protectora ni nada, salvo una bomba de aire para bicicleta.

Dicen que las penas alimentan el arte, que la felicidad es estéril pues solo se vive y ya. Pero yo creo que el parto creativo también puede darse sin dolor, cuando nace de la armonía y la plenitud.

Con la disponibilidad de tiempo, les abro la puerta a todos los inventos que me han venido a visitar, de collares hechos con decoraciones navideñas de hielitos, muebles de cartón, bolsas hechas de reproducciones de cuadros, hadas de fieltro, ocurrencias que por fin puedo convidar a pasar a la realidad. Lo cual implica tener el piso recubierto de pedazos de tela, de lana, de perlas, y las cubetas inutilizables porque están llenas de pintura o de papel maché. En fin, nadie me pide cuentas ni orden ni horarios y eso le encanta a mi alma de gato libertario. Empiezo también un mural de mosaicos en el jardín, con azulejos rotos y alfarería mexicana hecha triza en un mal logrado viaje. Me relaja meterme de lleno en mis rompecabezas de piezas de cerámicas, ensamblándolos con colores de tonos parecidos y según un dibujo que encuentra su forma a medida que va avanzando, acomodándose el pedacero según el entorno.

Y también socializo más. Tengo de vecina en el departamento de al lado a mi hermana Sofía, mi comadrita de desayunos, paseos y vacaciones comunes, dispensadora de consejos prácticos y de bromas oportunas.

Para las vacaciones de febrero, nos vamos a un pueblito montañoso, de chalés de madera, en el Oberland “el país de arriba”, de notoria atmósfera protestante. En todas partes ponen biblias a disposición del cristiano urgido de inspiración divina, hasta en los baños del teleférico. El corolario en materia de civismo es que reina una patente confianza de los unos en los otros. Me maravilla que la mochila, los esquís, los zapatos se dejen en un local abierto, sin vigilancia, y no que pase nada. Tienes la seguridad de encontrarlos allí mismo al día siguiente, donde los dejaste.

Estamos en el pico del mundo. Cimas centelleantes alrededor nuestro, sol, pistas despejadas, huesitos descansados, listos para una carrera en trineo en medio de un paisaje de sueños. Un día espléndido. Pero antes, mi sobrino Maxime tiene ganas de una hamburguesa y

papas fritas. Hay varios sillones libres en la terraza del restaurante. Nos sentamos los tres y al rato se van Sofía y su hijo a buscar su platillo. Se acerca un grandulón macizo, ranger de raza aria, se sienta en el último asiento y deposita su casco en el sillón de Sofía.

—Lo siento —le digo en suizo alemán—, está ocupado.

—No hay nadie por lo tanto no está ocupado —insiste. Tomo el casco y se lo pongo en el suelo.

—Le estoy diciendo que ahora viene mi hermana, que fue por su comida.

Rambo avienta de nuevo su casco en el sillón al lado mío y me grita que lo ocupa él, puesto que estaba vacío. Cuando llega Sofía le aviso que el tipo sentado junto a su sillón venía en plan guerrero. Sin inmutarse ella, toma el casco de su asiento, lo deposita junto al gorila y se sienta, saludando cortésmente a su vecino. Gruñe el otro. Muy amable, Sofía abre la conversación:

—¡Bonito día!

Las cejas del barón de las nieves se arrugan un poco más. La boca se le tuerce.

—Podemos charlar —prosigue mi hermana, muy desenfadada—. Usted habla en suizo alemán y yo en francés, así los dos practicamos el idioma del otro.

Para mostrarle a mi hermana con quién tiene la osadía de meterse, le informa el señor:

—Yo hablo francés sólo en la cama. Sofía mira su reloj.

—¿No es algo temprano aún para ir a la cama?

Ahí noto que había marcado un punto. El *french lover* no puede guardar su máscara de maloso y se le alzan a pesar suyo las orillas de la boca. Enojado consigo mismo por esta traición de sus músculos faciales, ruge:

—¡Chingada madre, puta mierda!

Lo mira Sofía con una perplejidad de lexicóloga frente a una novedad idiomática.

—¡Esas son palabras espesas! —exclama, traduciendo al suizo alemán que no domina bien “groseras” por “espesas”.

Estallan las risas en la hilera de asientos del escalón de arriba del nuestro, desde donde observa la escena toda una galería de espectadores divertidos. En ese momento llegan los colegas de nuestro centurión, llamándolo desde una mesa a unos metros de distancia. Totalmente derrotado ahora, nuestro vecino les responde con un “sorry” contrito, por no haber logrado colonizar los sillones, y abandona el campo de batalla con la cola entre las patas, sin haber logrado borrar la nueva sonrisa que le había provocado el vocabulario excéntrico de mi hermana.

—Y si lo volvemos a encontrar —le digo a Sofía—, le preguntas por la cita de lingüística de esta noche, que si es en su casa o en la tuya. ¡No te puedes perder una oportunidad así de aprender el suizo alemán!

Estar liberada de las ataduras del trabajo asalariado me permite también pasar más tiempo con Ayari. Ciertamente, somos muy cercanas, y no sólo en la escritura, en la que es muy diestra. Me pide que la acompañe a Ikea a comprarse una silla para su escritorio y una lámpara. Me confía que el otro día fue al barrio de las prostis a depilarse el bikini.

—¿El bikini? ¿O sea *todo*? ¿Con cera? ¡Aaaargg!, ¡iiiiiiii!, ‘tas loca, mija. Me duelen hasta las pestañas nomás de pensar en cómo... ¡ay, nooo!

Estamos atacadas de la risa en medio de la neutralidad nórdica de sillones beige y crema.

—La propietaria del negocio dijo que no sabía hacerlo, pero que me lo iba a hacer la encargada, una brasileña ella. Pero la encargada no tenía la menor intención de hacerlo así que se fregó la dueña, que como nunca lo había hecho, ya te imaginarás.

—Por dios, mija. ¿Cómo se te ocurre? ¿Eres masoquista o qué?

Ahora son las camas de baldaquinos las que le hacen eco a nuestras carcajadas. Los clientes nos voltean a ver.

Le platico de la página web que me encontré al tratar de descubrir qué pasajes eróticos de la Biblia le leía mi papá a mi mamá. Un sitio en donde se explica que la Biblia recomienda que las mujeres se depilen el pubis para que “la unión de los cuerpos sea más directa y el placer mayor”.

— Sí —confirma Ayari—, era una tradición entre los egipcios depilarse todo el cuerpo, incluso las cejas y raparse el cabello. Pero ¿y para los hombres no tiene prescripción la Biblia? ¡Se ve que no dejaron a la mujer participar en su redacción!

El domingo salimos a caminar Sofía, Máxime, mi ‘amá y yo a una reserva natural cerca de Ginebra. Veo al Jura y a las demás montañas que nos rodean desde un ángulo de donde nunca antes las había mirado. Singular sensación de pérdida de puntos de referencia, el estar en un lugar conocido y extraño a la vez. Amenizan el pique-nique una orquesta de pájaros campestres, corren de puntitas temerosas liebres. Adivinamos la presencia de zorros, oímos el cantar de las ranas entre los juncos. Luego caminamos por los campos de colza, amarillos como ellos solos, y nos contamos cada una nuestros cuentos.

Dice Sofía que su nuevo amigo Richard (que vive en un pueblo del otro lado de la frontera, en Francia) se deprime porque no soporta que ella no esté todos los días con él y que prefiera quedarse en su departamento de soltera cuando le toca estar con su hijo (que se quedó con su papá cuando se divorciaron), un fin de semana de dos. Como de por sí es depresivo, de esos que ahogan su depre en un trabajoholismo intensivo, se vuelve además nervioso, enojón y refunfuñón. Así que a ella menos le dan ganas de quedarse con él en las tardes-noches, y entonces, en una penosa espiral de bajada, él se frustra aún más, anticipando que ella ya no lo quiere y que lo va a dejar, idea insoportable pero que él le impone a su realidad imaginada, hasta volverla efectiva...

Cuenta mi madre que muchos años atrás, cuando vivíamos en un pueblito suizo alemán, estando muy pequeñines nosotros, la vecina de arriba, institutriz ella, le daba a entender a mi mamá que tenía el despreciable papel de proveedora de materia prima para escuelas (los niños) sin hacer nada fuera de las tareas del hogar. Y me acordé de que a mí me dijo exactamente lo mismo cuando le enseñé mi currículum, que constaba de varias páginas por los muchos empleos que habían llenado mi trashumante vida laboral en México. Sin siquiera echarle un ojo, había exclamado:

—¿Acaso hiciste otra cosa aparte de parir hijas!

Me sorprendió y me dolió mucho. Ahora entiendo. Para ella, este papel en que se resume un recorrido profesional era como un cuchillo en su propia herida. Se estaba repitiendo para sí misma la afrenta de la maestra aquella.

Dice también mi mamá que a pesar de que ella en efecto siempre fungió como simple ama de casa, planchando, cocinando, trapeando, nunca jamás la ofendió o la denigró mi papá, médico él, con puestos de mucha responsabilidad. Jamás le hizo sentir que ella valía menos o no lo merecía.

Miré al cielo y le agradecí a mi papá el haber amado así a mi mamá. Me dieron el don de ver a la vida con confianza, pues soy hija del amor.

EL AMOR ESTÁ EN LA PÁGINA 52

Hagamos una pausa larga en los momentos de desencuentros,
busquemos en nosotros la causa de tantos silencios impuestos
a los momentos pasados de encuentros y sonrisas vividas.

Detengámonos a pensar si en verdad vale la pena la distancia,
que establecemos entre las experiencias vividas y sentidas.

Descubramos que somos tan sólo personas que necesitamos
la mirada de quienes han sido parte esencial de nuestras vidas.
Atrevámonos a ser siempre distintos en medio de lo repetitivo
de una existencia que nos obliga a ser siempre recurrentes
en conductas cotidianas cargadas de vacíos y reincidencias.

Permitámonos reencontrarnos en silencio a cada instante,
aun en los momentos concientes y voluntarios de alejamiento.

Hagamos una pausa aunque sea relativamente corta y casual,
que permita en una breve mirada descubrirnos en silencio,
y ofrecernos sonrisas más frecuentes y ausencias menos largas.

OBED JUAN VIZCAÍNO NÁJERA (Venezuela)

Mis hijas mayores terminaron sus estudios. Y llegó el día en que permanecer en retoño fue más doloroso que florecer. Me estoy deshidratando.

Tania no aguantó los fríos climáticos y humanos de aquí y se fue de trotamunda en pos de luz y de calor con su econovio, Sylvain, tan cuidadoso de no emitir más óxido de carbono de lo estrictamente necesario, que se rehusó a tomar el avión para cruzar el Atlántico. Se fueron de aventón a México, en un velero, pero dándole primero la vuelta al Mediterráneo.

Cuando Tania rompió ataduras y alzó la vela de su barco, tuvo que luchar contra corrientes adversas y paralizantes que querían infundirle miedo a lo desconocido. En el proceso, encaró de frente situaciones difíciles y le agarró sabor a la aventura, con todo e incertidumbres.

Surfeó sobre olas inesperadas y descubrió que hacer lo que a ella le gustaba, en el orden que sea e independientemente de lo que esperan de ella los demás, era de lo más placentero y gratificante.

Y finalmente se curó nuestra Tropicaña de sus persistentes retortijones al darse cuenta de que tiene las capacidades necesarias para “autosustentarse”, y que lo hace bien y con gusto. Lo que necesitaba era saberse capaz de comerse la vida con apetito y no a medias.

Y ahí vamos, cuenta, como plumitas viajando y viajando con el viento, deshaciendo y rehaciendo nuestro nido y nuestras formas de funcionamiento, según el entorno y las circunstancias.

Este verano me invitó mi amiga Verónica a acompañarlos, a ella y a su esposo, a un viaje por Andalucía, Portugal y Madrid. Comprobé que la distancia geográfica no disminuía los afectos. El reencuentro con mis amigos me confirmó que si el lazo de la comunicación no se rompe, una relación puede desarrollarse maravillosamente aun a distancia. Verónica se ha convertido en una de mis más cercanas hermanas del alma, gracias a la escritura, que por cierto ella investiga ahora desde el punto de vista de su desarrollo histórico.

Fue un fantástico viaje en el tiempo, con un paseo por los jardines perfumados de la Alhambra, visitas a los elegantes alcázares (palacios de los moros) y las armoniosas mezquitas. Una parada en la taberna de la plaza del Potro, donde el Quijote y Sancho descansaron después de haber librado una dura batalla contra unos molinos de viento. “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida”, dice la placa en su memoria. Un rodeo por Salamanca, donde se fundó la primera universidad de Europa, en 1218, y por el casco viejo de Ávila, rodeado por una muralla entrecortada por torres, del siglo XI, la más grande después de la muralla China. Me encantó y regresé con pilas recargadas para rato.

Dice mi colega Penny que los que visitan la Alhambra encuentran novio. Yo no sé mucho ni entiendo bien estas cosas del azar y las co-

razonadas. Sólo sé que encontré a un tal Mateo-no-sé-qué quien me declaró que “el tiempo lo arregla todo”.

Y le cuento a Penny que una noche, mientras observaba la catedral de Sevilla, con sus absurdas capillas católicas apiladas sin orden ni sentido en el recinto de la mezquita, se paró un hombre a mi lado, apreció el desastre arquitectónico y le restó importancia, diciendo que el tiempo lo arreglaba todo, afirmación que me dejó perpleja e intrigada... después de lo cual se alejó y ya empezaba a extrañarlo cuando volvió para invitarme a cenar con su hermano y su cuñada. Que ni quería decirme su nombre ni saber el mío, pues no tenía la menor importancia. Que lo que más le interesaba en ese momento era encontrar un lugar donde cenar bien. Que la tortilla española seca que nos sirvieron lo puso de malas, como si culpabilizara por el mal trato que se les da a los viajeros en Andalucía. Que me declaró que no le interesaba en lo más mínimo la política. Que en el camino de regreso me la pasé platicando con su cuñada. Que no me pidió mi teléfono sino que me dio el suyo o sea que la decisión de volver a vernos o no estaba enteramente en mis manos (cosa extraña, normalmente es al revés; es él quien la llama a ella; ésta era una inversión interesante de la situación). Y luego, al final de nuestro circuito, Madrid, donde vive él. Lo llamé desde el hotel pero no tomó la llamada sino que la devolvió unos minutos después. Claro, como no era importante saber mi nombre, preguntar por mí a la recepcionista del hotel fue todo un reto.

Fuimos a pasear por la niñez de nuestros hijos, en el Parque del Retiro y vi a mis nenas aventándoles palomitas a los patos de Chapultepec, él a sus dos hijos, aquí, enfrente de la Casa de Cristal, ensayando el equilibrio en su primera bici, entre globeros y mimos. Me llevó al Prado y me enseñó a mirarle la luz a los cuadros y la expresión de sus moradores.

Así empezó esta historia nuestra. Me dijo que le gustaría que fuéramos a Venecia, ciudad de atmósfera etérea, propicia para emprender el vuelo.

La cita era dos semanas después. Nos pasamos cuatro días en perdernos por entre los canales y los palacios, nuestras interminables charlas reflejadas en pulsaciones de colores ocres sobre acuarelas azul-verdes.

Recorrimos nuestros laberintos internos, perseguimos a sus monstruos, cruzamos puentes, nos encontrábamos de repente en algún recodo del alma mientras en el exterior andábamos totalmente desorientados. Cuando volví, no supe qué contarle a mi familia ansiosa de anécdotas y precisiones turísticas ¿Cómo narrar un viaje interior?

Dice Neruda que hay que alegrarse de poder echar de menos a alguien, porque eso nos recuerda lo bien que nos la pasamos juntos. Me alegré desde la sala de espera y peor en el avión. Se me erizaba la piel y aumentaba el ritmo cardiaco de imaginar el encuentro que hubiéramos tenido esta noche y que no será. Me tardé las dos horas que duró el viaje en leer un solo episodio de mi libro, de cuando la mujer y sus amigos llegan a Timimun en medio del desierto argelino, y cenan cuscús en la casa de un rico berber, propietario de plantaciones de dátiles, mientras yo seguía perdida en el calor infinito de unas dunas ondulantes, encendida mi piel por el roce de la arena, puesta la atención en lo fresco de un oasis, en medio de la espesura del palmeral, sintiendo cómo despegaba la alfombra mágica. Tuve que regresar no sé cuántas veces a cenar cuscús, sentada en flor de loto, y a escuchar las explicaciones del distinguido anfitrión sobre la historia de las distintas etnias que se habían acabildado desde hace miles de años en Timimun.

Una noche después de la meditación, Sonia de Eslovaquia, de cuerpo de escultura soviética, heroína del esquí todo terreno (dibuja unos zigzags impecables en campos de nieve vírgenes) me pregunta:

—¿Cómo te va? ¡Estás muy silenciosa últimamente!

—Todo bien, perfecto, me siento como en una nubecita.

—Pues entonces ¡bájanos unos pedacitos de felicidad para repartirla!

Tres semanas después, Mateo vino a Ginebra. Me dijo que lo deshojé como alcachofa. Somos complementarios; a mí me gusta preguntar, hurgar para conocer, y él es de una asombrosa franqueza, cuenta sus cosas más hondas con la naturalidad y la sencillez de un niño.

Y me acuerdo de nuestra gloriosa comunión del domingo. ¡Mira, qué atinados, el día reservado para acercarse a lo divino! Estábamos todos en la sobremesa del desayuno: Mateo, mi mamá, mi fértil amiga

Isabel, ahora madre de siete hijos y estudiante en psicología, Natalia y yo, y a medida que Mateo se iba allegando a mi mamá, con la cautelosa mediación de Isabel, se me bajaba la tensión que había acumulado por miedo a que mi madre cometiera alguna de sus acostumbradas impertinencias en contra de Mateo o de Isabel.

Cuanto más respeto y comprensión percibía entre todos ellos, mis amores, más sentía flotar alrededor nuestro una tranquila ternura con olor a café con leche del domingo por la mañana, de esa que se saborea largamente, en la intimidad de las pijamas. Fue una liberación. Me imagino que así han de sentirse los fieles después de comulgar; quitados de todas las penas.

El espacio que dejaron los monstruos evaporados se llenó con unas enormes ganas de abrazarlo, de sentirlo. Lo miraba y me entraban unos deseos terribles. Salimos a visitar locales que alquilar, para que Mateo pudiera traer sus caballetes, lienzos y pinturas, y trabajar aquí. Y así pasamos la tarde, él, yo y el Misterio que nos juntó, explorando posibles futuros en hangares travestidos de talleres de artistas. Después de un día de preliminares, el deseo se había vuelto ola arrolladora y cuando por fin su pecho se aplacó contra mi espalda, a la luz de la farola reflejada en la almohada, se desató un tsunami, inundándome de placer. Al recordarlo siento latidos, pulsiones en la orilla de la fuente, mensajeras de placeres brotantes venideros, como en la tarde de aquel día, que, presentía, era de preparativos para una fiesta inolvidable de los sentidos alborotados.

Sus preludios son tan naturalmente atinados, espontáneos, inocentemente subversivos del orden microcelular, que adquieren una potencia insospechada de liberadores de contenciones y diques.

Ya en la noche, su calor fundido contra el mío me llevó de inmediato a alturas vertiginosas, próximas a la locura

Cosmonauta intergaláctica, en plena ingravidez, largamente
y de repente la fusión con el inimaginable fulgor del astro solar
morir en una explosión de Big Bang

y tiempo después, resucitar río abajo, asombrada de las hazañas de las que es capaz nuestro cuerpo.

Y el mantra ése que se dice durante las ceremonias de unión con lo celestial, el Amén, adquiere de repente todo su sentido. Nos está ordenando: ámense. Me parece que estamos cumpliendo divinamente con el mandamiento.

Luego me tocó a mí ir a su terruño, en Madrid. Me gustó más la ciudad entonces que cuando la recorrimos este verano. Para empezar, ya no olía a orines. Y se pobló de amigos. Poetas, pintores y otros nómaditas artistas de la vida, amigos de Mateo. Los madrileños son unos murciélagos; viven de noche. ¡Es impresionante la cantidad de gente que atasca los bares y restaurantes a partir de las nueve de la noche y hasta la madrugada! A Mateo lo saludan en todas partes pues ha sido dueño de varios bares y restaurantes muy concurridos.

La cita siguiente fue en Berlín, donde pasamos cuatro días, asombrándonos en cada esquina. Es una ciudad de extremos, de yin y de yang; lo más terrible y lo mejor del ser humano imbricados el uno en el otro. Ruinas de una iglesia bombardeada al final de la segunda guerra mundial junto a una iglesia moderna, cuyas paredes en círculo están hechas de vitrales azul nocturno, apacible, con estallidos de chispas rojas y anaranjadas que rompen la noche en ciertas partes. En la iglesia vieja, una cruz hecha de dos enormes clavos de hierro forjado que habían sostenido el techo de una iglesia londinense, destruida por los alemanes unos días antes de su capitulación. En represalia, los ingleses habían bombardeado Berlín intensa, metódicamente. Y junto a esa cruz, un dibujo al carbón de una Virgen protectora, envolviendo amorosamente a su hijo, hecho por un médico alemán en un campamento militar establecido en la Unión Soviética, cuando los hombres de ambos bandos se hacían pedazos con una furia desesperada. A la entrada, un letrero invita al visitante a reflexionar sobre la importancia del perdón, a no considerar estos objetos de otros tiempos como piezas de museo, sino como testimonios de lo que es capaz de hacer el

hombre cuando se le olvida su misión esencial: amar, cuidar de toda la Creación con sus diferentes “naciones”, incluyendo a la nación del plancton, de las aves o de los baobabs, como dice Thameur, el filósofo.

A mí me interesa en particular la visión actual que tienen los berlineses de lo que fue la República Democrática Alemana; la parte comunista de Berlín, separada de la zona capitalista por un muro construido por los soviéticos en 1961, después de que muchos profesionistas muy calificados, formados en el Este, se pasaran al Oeste capitalista, desangrando de recursos a la parte comunista. Entré al museo de la RDA y al del Muro. Me deprimió ver la desconfianza de los dirigentes comunistas hacia el pueblo; todo lo querían vigilar, espiar, censurar. Un estado policiaco que encerró a muchos disidentes en los mismos campos de concentración donde los alemanes habían exterminado a rojos, judíos, gitanos y resistentes. ¡Qué tristeza! Al parecer, la imaginación, la creatividad eran mal vistas. Las telas de la ropa eran pavorosas; los cuadros representaban todos el mismo tema: los trabajadores; los edificios todos iguales, horrendas ciudades dormitorio de puros bloques como cajas de zapatos. ¿Pero qué les pasó? ¿Como fue que un pueblo capaz de hacer una revolución contra la dictadura de un zar se dejara manipular de esta forma? ¿O será que todo es mentira? ¿Que estos museos sólo nos muestran la parte de la historia que les conviene a los pro capitalistas? Tal vez algún día habrá un museo del capitalismo con la historia de los banqueros y sus lacayos políticos corruptos chupándose todos los recursos de la sociedad hasta aniquilarla.

Unos meses después, mirando a las favelas de Río, un alemán del Este me recordaría que la historia la escriben los vencedores. ¿Privilegios? ¡Mira esto! Hoteles de lujo adosados contra laberintos de casuchas amontonadas. Gente que se gasta en un día lo que los otros no van a ganar en todo el año. En Alemania del Este, un “privilegio” era poder ir dos veces a la semana al restaurante en lugar de una. Pero todos tenían acceso a los mismos bienes. Te inscribías para comprar un carro y te tocaba por turno, a como iba saliendo la fabricación. Y como todos estaban inscritos, hasta mi abuelita, cuando querías tu

carro, no faltaba quien te cambiara el turno del carro por el de un refri, así que todos tenían lo que necesitaban. ¿La policía secreta? El setenta por ciento de la población recibía un dinero extra a cambio de “informaciones”. Y todo el mundo sabía que su primo, su amigo, también participaba de esto que se había convertido en un juego. Te encontrabas, manifestando en una marcha para tirar al muro, al que sabías era informante, que a su vez sabía que tú sabías... y no pasaba nada.

Y seguimos nuestra relación por tierra, por aire y por mails, teléfono y telepatía, construyendo un hermoso cuento de príncipe negro. Viste siempre de playera, suéter y chamarra negra. Que porque es más fácil escoger lo que te vas a poner en la mañana y no cuesta trabajo combinar la ropa. Nuestro sueño es tener un día una casa tamaño Arca de Noé donde quepan tooood@s nuestros amores, l@s visitas, Isabel y sus siete enanos, el cuyo Müsli y Puchi el perro de Tania, y l@s amigo@s que están por conocer. También tendrá espacios para talleres de pintura, cerámica, escultura, decoraciones, costura, joyería y de inventos aún no inventados.

Para celebrar los ochenta años de mi madre, nos subimos a la máquina de remontar el tiempo y vamos a comer al pueblito de Suiza central donde viví los primeros años de mi vida. Con mi hermano Daniel, recorreremos las calles desde la escuelita donde iban él y Olivia, hasta la casa donde vivíamos y en todas partes brotan recuerdos y risas. Daniel se saborea con la remembranza de las galletas militares que nos regalaban los soldados acantonados en el gimnasio del colegio. Olivia celebra la victoria de su tropa proletaria –los niños del edificio– contra los ricos de las villas de arriba, en la memorable batalla de lipsticks. ¡La jefa de los burgueses derrotados sigue viviendo en la misma casona! Mi mamá ve a Olivia sacudiendo como tapete empolvado a su hermanito para que bajara del columpio. Yo huelo el perfume del pasto seco enroscado en nidos de pájaro, en los cuales chillábamos los polluelos para que mamá pájara nos trajera gusanos. Enfrente de la Apotheke (la farmacia) me acuerdo de los magníficos sacapuntas en

forma de maquinita de coser que nos regalaba el encargado porque a veces mi mamá trabajaba allí en las tardes. Pero entonces a Olivia y a Daniel se les eriza retrospectivamente el pellejo: a la hora de la campaña de vacunas los niños esperaban su turno afuera y escuchaban aterrados los gritos de la víctima que estaba siendo inyectada. Subimos el cerro detrás de la casa hasta el bosque, punto de llegada del paseo dominguero, donde mi hermano casi se mata al envenenarse con unos como tréboles muy ácidos y tuvieron que llevarlo de emergencia al hospital. Y en ese mismo camino al bosque, mi mamá se ve bajo la luna llena, envuelta en una nube de nieve, deslizándose en una loca carrera de trineos organizada por la empresa donde era investigador mi papá. Quizás nos habrán dejado ya dormidos en la casa, al cargo de una vecina benévola.

En fin, estábamos a dos horas de Ginebra y a medio siglo de hoy, felices de estar juntos, reunidos en el punto de partida, donde nuestra historia empezó.

Y claro, sentimos que mi papá estaba con nosotros. Llamamos un taxi para ir a la estación y llegó una Toyota Camry, igual a la que tenía mi papá. Entre todas las posibles marcas, fue precisamente esa la que apareció y nos llevó...

No cabe duda, la magia opera donde sea, en cualquier momento.